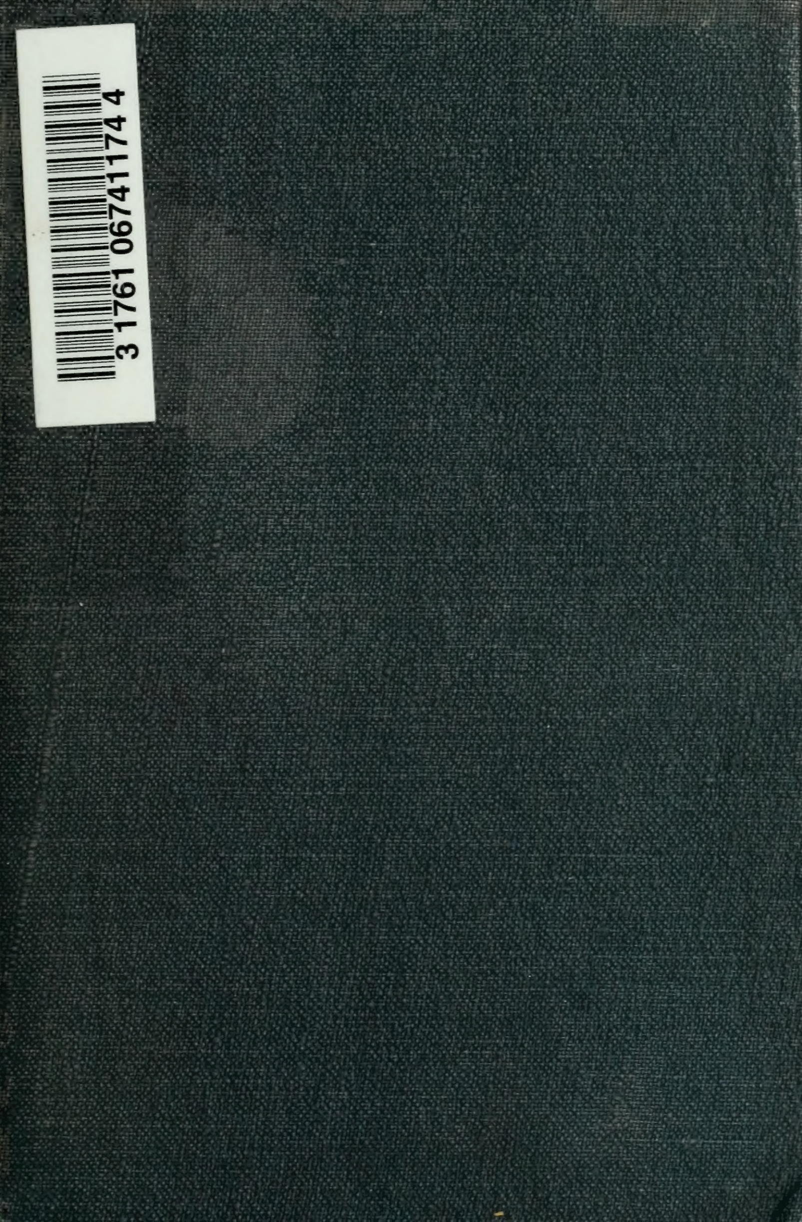
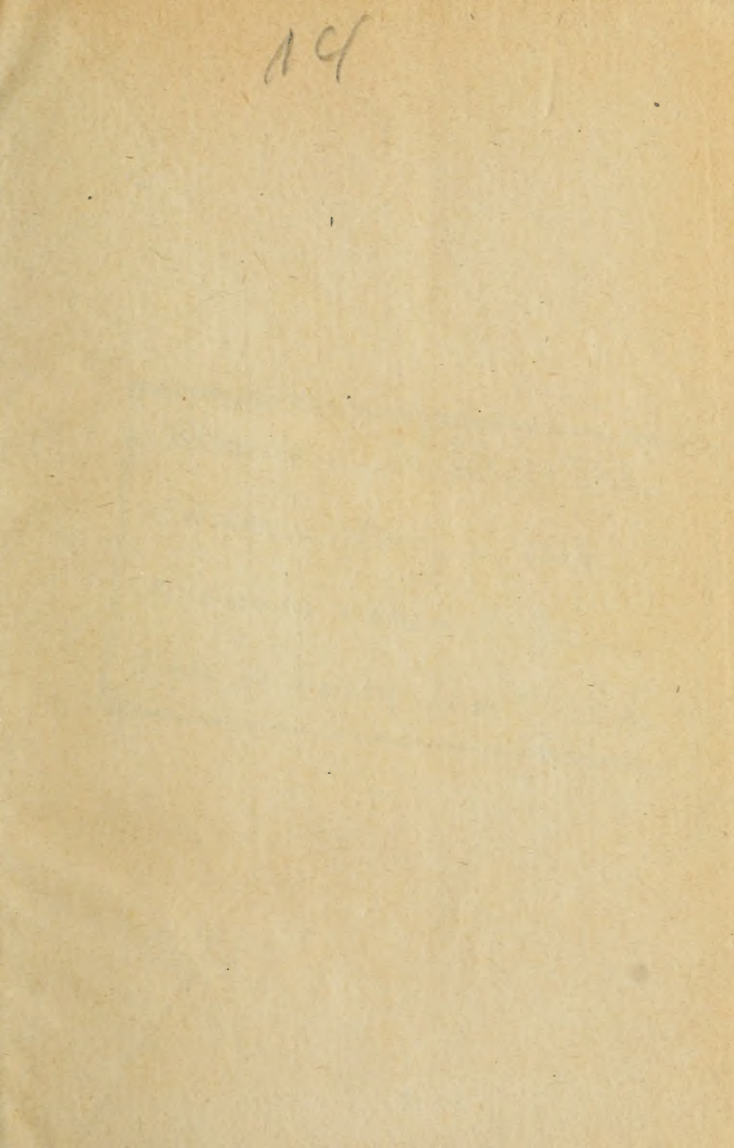

3 1761 06741174 4


14

EN LA PLAYA

(ACUARELAS)

OBRAS DE DON AMÓS DE ESCALANTE

Ave Maris Stella.
Costas y Montañas.
Del Ebro al Tiber.
En la playa (acuarelas).
Del Manzanares al Darro.
Poesías.

6 PESETAS CADA VOLUMEN.

AMÓS DE ESCALANTE

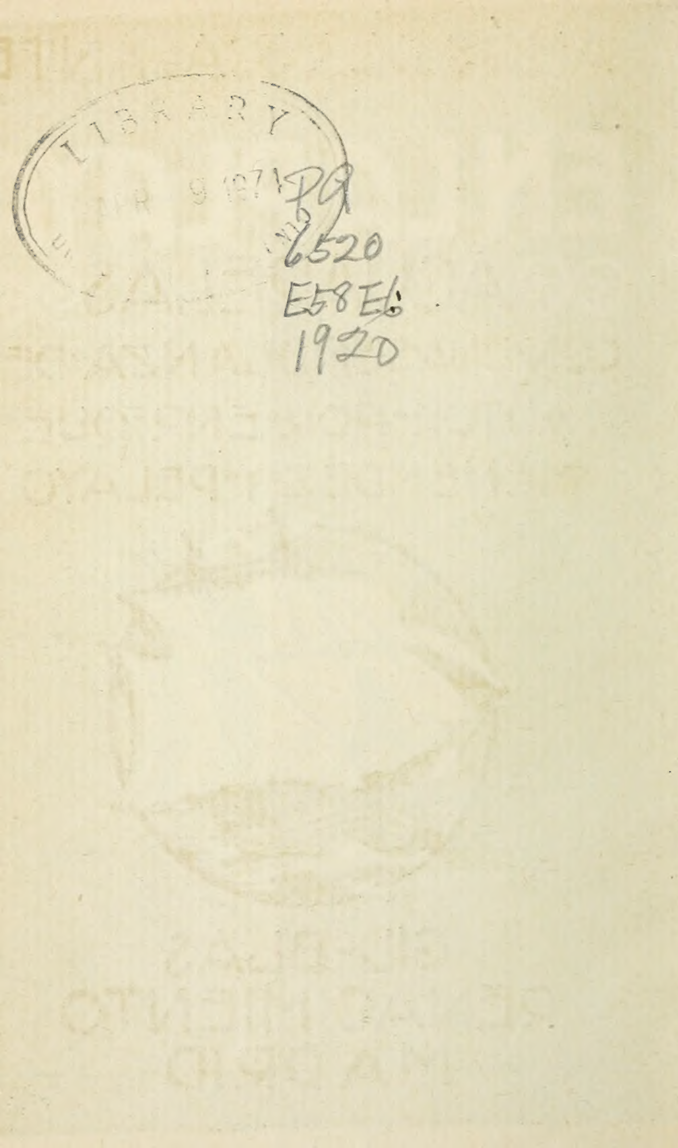
EN LA PLAYA

ACUARELAS

CON UNA SEMBLANZA DEL AUTOR POR ENRIQUE MENÉNDEZ Y PELAYO



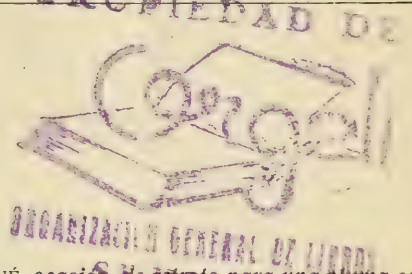
GIL-BLAS
RENACIMIENTO
MADRID





SEMBLANZA DEL AUTOR







UÉ *ocasión de retrato para una pluma castiza y hábil, de las que de pluma saben pasar a pincel en cuanto la mano se lo manda! No alcanzo, en verdad, qué pecados hayan podido traer a varón tan exento de ellos a caer entre las puntas de la mía.*

Mucho más cuando no hubo menester nadie lograr su amenísimo trato, ni la honra de visitar su casa, para saber de Juan García *(1) y, sabido, decir de él. Porque todo él está en sus escritos.*

Ya sé que al decir esto rompo con el juicio de muchos, que le creían avaro de sí, de su modo de sentir y pensar, y espectador único del fondo de su espíritu. Yo pienso, en contra de ellos, que Juan García *ha dejado en sus libros lo mejor suyo, lo más*

(1) *Seudónimo que, en vida, usó don Amós de Escalante.*

íntimo y secreto, lo más difícil de dejar en palabras, la esencia entera de un alma nobilísima.

No es ciertamente hombre aficionado a contar lo que hace, cómo escribe, si va o viene, si le aplauden o le olvidan, ni es suya ninguna de esas páginas, hoy tan en uso, en que, a las veces, disfrazada de modestia, es la vanidad quien habla. Ni se desprecia ni se encarece en papeles: se guarda de continuo, como aconsejan la prudencia y el buen gusto; y a la hora de salir en sus líneas, que a veces la traen exigencias del cuadro que traza, aparece lo menos que puede, velado y con disculpa, parecido a todos los demás no siéndolo, para que nadie con la comparación se duela de la inferioridad propia, que es discreción que muy pocos tienen. Pero si no habla de sí en esta forma externa y clara, ni de sus actos en la vida y en el mundo, ¿qué no dicen sus exquisitas páginas de las tendencias generales de su pensamiento, de su peculiar modo de ver y de juzgar las cosas? ¿qué no cuentan de su corazón y sus preferencias?

Digo, pues, que se le ve en sus obras, y quisiera acertar a decir cómo se le ve.

Juan García es un caballero antiguo, en todo cuanto este adjetivo tenga de encomiástico. Español hasta el fondo de su alma, en ella guarda todos las energías y respetos de los españoles de antes—de los españoles, que se pudiera decir sin más aditamento—: su piedad profunda, su moral austera, su hondo amor y nunca quebrantada obediencia del hogar, aquella cortesía con los viejos y los sabios y rendimiento con las damas, rendimiento y cortesía llenos de respeto y que no nacen en los labios, sino adentro, sin que hagan los labios otra cosa que vestirlos, al pasar afuera, con la dicción noble y correcta, tan lejana de la afectación cuanto de la vulgaridad.

Tanto como español es montañés. Apegado estaba al solar como la idea al cerebro en que nace; pagado de su alto linaje, no para otra cosa que para no obscurecerle y para probar con obras y pensamientos cómo se funda en algo la devoción de las gentes a un apellido, a un escudo, a una casa; prendado de su tierra, no con amor irreflexivo y ciego, sino avivador del alma y de los ojos, que no lleva a escarnecer la ajena, sino sólo a elogiar la propia y poner en su servicio lo mejor del entendimiento y del corazón...

¿Cómo hay quien piense que no está Juan García *en sus libros?*

Aun en Ave, Maris Stella*—el diamante negro de su corona de escritor—que es la obra que por su labor de novela parece menos a propósito para que el autor se quede en sus páginas, acierta mi atención a verle todo entero. Todos sus personajes* claros, *todos los que quedan en la parte de luz del inimitable cuadro, tienen de él; que bien se conoce cuándo los personajes tienen del autor, y qué cualidades de entre las que los definen han ido a estudiarse fuera y cuáles estaban en casa. De casa son, a no dudar, la sabia caridad y prudencia de* Fray Rodrigo, *el alma enamorada de su hermano el soldado, la caballerosidad y cortesía del hidalgo de Binueva, la lealtad de los que en las Juntas votan con su Rey y señor sin atender a que el mandato halague o hiera, y hasta la actividad corporal y exacto conocimiento de la tierra puestos en el valiente* Rebezo.

Flotando entre las nieblas que visten el paisaje allí pintado, colgando entre las ramas, sollozando con el arroyo, ardiendo con la lamparilla de la Virgen, que el Rebezo y Don Alvaro ven por la «estrecha saetera», ha quedado, para quien quiera leer bien, el espíritu de Juan García.

Y de este otro bello libro que ahora de nuevo se imprime, ¿en cuál paraje no asoma, por cuál página no vuela el alma de quien le compuso? Del mar y de su encanto aparecen llenas

esas hojas: salobre es su aroma; amargo—sin amargor de hieles—su gusto; marinas su profundidad y su transparencia. Mas asi como el mar se tiñe con el color del cielo que le cobija, asi refleja también y retrata el alma que en él se mira, y asi en este libro suena y se agita nuestro mar cántabro, pero con la voz y la pasión de quien le hizo fidelísimo, aunque discreto, intérprete suyo.

Porque cantó para pocos. No armó estrépito en la plaza, convocando con gárrulas llamadas a las muchedumbres para que le oyeran y, luego de oirle, le ensalzaran. Cantaba solo, a la vera del agua, o por las sendas del monte, desde donde no se veia gente... Pero ¿en qué ribera no habrá tristes?

Pasando, le oyeron éstos: eran unos que se salen a llorar fuera de poblado; unos que, desdeñados, siguen amando, que no saben contar sus pesares y que saborean una pena de amor porque, pena y todo, al fin viene de quien aman. Oyéronle, y dejándose tomar por el dulcísimo halago de aquella voz, le hicieron su poeta para toda la vida.

¿Sabéis todos lo que es esto? Es hacer de un libro un confidente y contarle lo que no se cuenta, los amores no logrados y el dolor que no se cura. Y el libro responde en cada caso con la precisión de un consejero vivo que oye y piensa. En los libros de este escogido no hay sino buscar la página, pues en una o en otra estará lo que buscamos, y en la suma de ellas la totalidad de las tristezas, a veces dulces, de la vida.

Es que sobre estas páginas se vertió entero un espíritu que, cautivo en ellas, nos aguarda siempre para consolarnos y darnos un abrazo de hermano...

✠

Ya he dicho del amor de Escalante a su Montaña que no era ciego. Como amor noble y bien nacido, no le llevó a no poder

dejarla cuando otros anhelos lo pedían, ni atarse a ella de por vida como el desconfiado a su prenda. Y, movido por necesidades de su educación de noble o de sus ansias de artista, visitó tierras y admiró monumentos, anduvo en corte, ocupó largo tiempo preferente puesto en estrados y salones, ilustró empresas literarias y colaboró en afamadas publicaciones.

Vuelto al cabo a su tierra, como después de guerrear volvían los caballeros de otro tiempo a la suya, nunca olvidada ante las bellezas de otras ni ante el tráfago y afanes de la vida, el insigne escritor vivió alejado de la sociedad y casi ajeno a la parte activa de la literatura, dedicado en su venturoso hogar a la más noble empresa en que corazón y talento pueden emplearse, única ante la que no se puede pedir cuentas a autor ninguno, aun valiendo lo que éste, por su ausencia del campo literario; la educación de los que al heredar tan buen apellido hubieron de heredar cuantas virtudes van a él anejas y el secreto de hacerle valer cuanto hasta entonces.

Y en estos últimos años de su vida hallábale quienquiera como siempre se le había hallado, cortés sin adulación, discreto sin igual, ni aun parecido, agudísimo y grave a un tiempo, tan sutil en razones como claro y fácil en palabras.

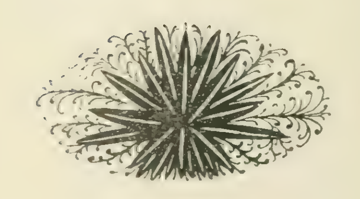
Distinguía igualmente al escritor que al caballero, lo mismo a Juan García *que a don Amós de Escalante, un sello de perfección y originalidad, de superior en lo exquisito y lo noble, una marca especial que le definía y determinaba con rara exactitud.*

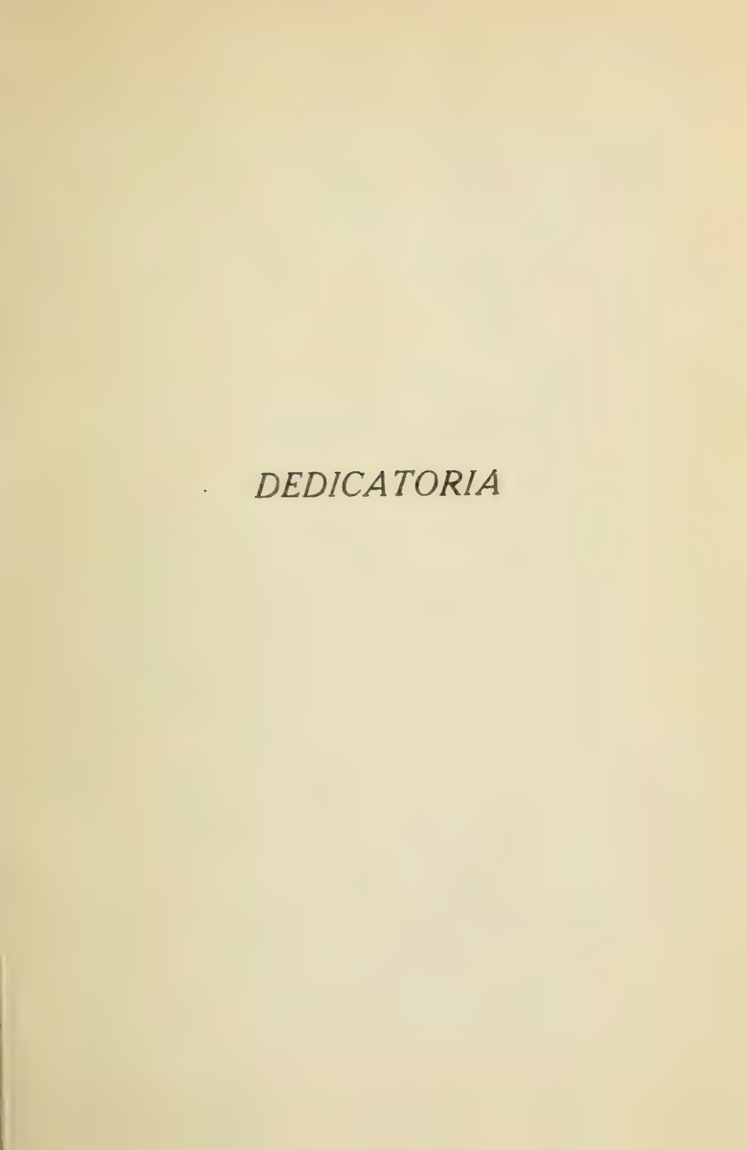
¡Con cuánta razón y agudeza dijo de nuestro inmortal amigo, mi llorado hermano, que la elegancia era en él una segunda naturaleza!...

Varón excelso, en fin, gloria de la Montaña como escritor y honra suya como hombre, fué don Amós de Escalante; espejo de caballeros, ejemplo de ciudadanos, guía de ingenios, adoración de sus conterráneos, imán de los de fuera, luz de las letras

castellanas, que justamente se regocijan ahora con la reimpreción de estos libros destinados a la inmortalidad, no por la cristiana modestia y señoril apartamiento de su autor, mas por la voluntad de Dios, que tan acabados y perfectos hubo de inspirárselos.

ENRIQUE MENÉNDEZ PELAYO.





DEDICATORIA



A UNA ESPAÑOLA

ESTE *libro debió ser dedicado al mar de Cantabria, en cuyas orillas germinó su pensamiento. Una ola impensada de mi vida lo arroja a vuestros pies, mísero despojo de náufragas ilusiones, vana reliquia de vanísimos sueños.*

De su origen y destino primeros, heredó acaso mi obra lo indeciso y vago, lo mudable, proceloso y triste. Yo le diera también lo misterioso e inefable, la atracción irresistible que sobre las almas el mar ejerce, con poner aquí un nombre que ese mar murmura desde que sintió posarse vuestros infantiles ojos en sus olas; desde que, agradecido y cariñoso, dió a vuestros suavísimos pensamientos el casto lecho de sus tendidos y azulados horizontes.

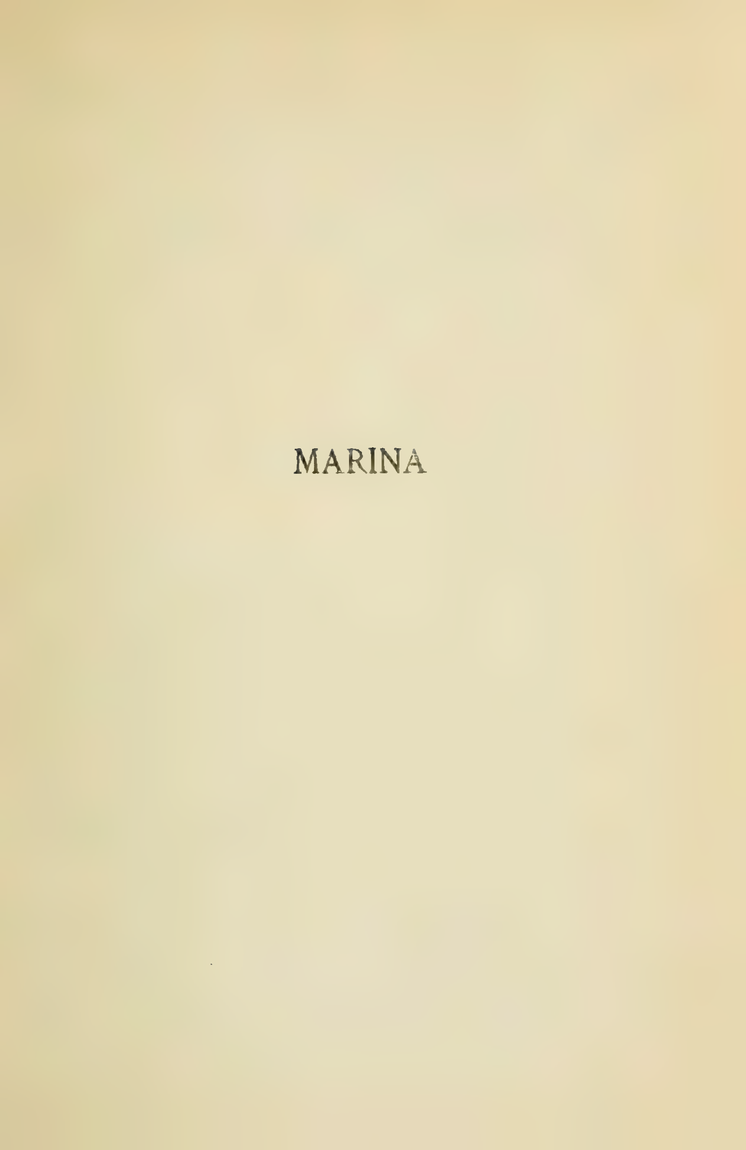
Licencia seria, sin embargo, dificultosamente consentida aun

a ingenios mejores y dueños de hacérsela perdonar, disimulando su audacia entre los vivos esplendores de propia y legítima gloria.

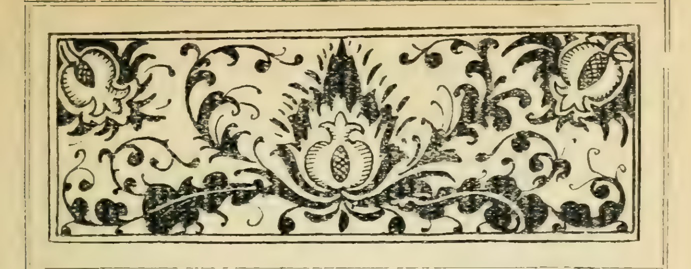
Venga, pues, silenciosamente a luz mi pobre libro, desnudo de galas, huérfano de amparo, fiado más en azares que en merecimientos, y quédese el nombre como tesoro de avaro para las soledades de un alma que no han de revelarlo jamás.

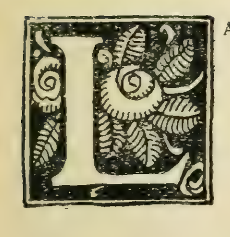
AMÓS DE ESCALANTE





MARINA





A bravía costa española que sube desde el seno gascón ganando altura con sus quebrantados cantiles y rumbo al Noroeste, trayendo de la gigante mole pirenaica sus tendidas capas de roca y deformes promontorios, después de dar cimiento a la férrea tierra de los vascongados, y antes de ofrecérselos al clarísimo solar de los astures, carga su robusta espalda con el duro peso de los indómitos montes cántabros.

Al mediar los términos de la marina titulada con el apellido de la épica comarca, entre uno y otro desagüe de dos de sus torrentes famosos, el Ason, que sirve de fosos a Santoña, y el Pas, que bautiza a los rústicos montañeses pobladores en sus enriscados manantiales, se aconcha y redondea para dar paso

a las corrientes fluviales que cavaron la bahía de Santander, formando atrio espacioso y magnífico al celebrado puerto.

Y haciendo gala de novedad y riqueza, amontona a Levante de la ancha gola, las torturadas y rotas formas de la piedra, doblados cabos, ceñudas islas, fantásticos escollos, mientras tiende a Ocaso, hospitalaria y mansa, el blando piso y los rubios arenales de ambos *Sardineros.*

No hay para qué preguntéis por qué así se llamaron. Cuando veáis al frente de la playa y derramada sobre el azul de las aguas una escuadrilla de ligeras lanchas, inmóviles al parecer, puesto que el blando vaivén con que las mece el ondeo del mar apenas se nota desde tierra, desnudas de toda jarcia y aparejo, y que por punto general, al mediar la tarde, como movidas por emulador impulso, u obedientes a misterioso mandato largan una en pos de otra sus anchas velas, y puestas en demanda del puerto lo toman y entran en bahía: cuando siguiéndolas por agua o atajándolas por tierra veáis u os cuenten que ayudándose con la marea abordan a las rampas del muelle, donde muchedumbre de mujeres las aguardan, y tras minucioso recuento se apoderan del cargamento que traen, que son sardinas, las cuales parecen rociar de plata redes, barcos, manos, barba y traje de los que las manosean, desmayan y encestan, salpicándolas de menudas y lucientes escamas: cuando veáis que la expedición se repite cotidianamente, y a veces se dobla cada día, que nunca va más lejos de aquella altura en que las visteis la vez primera, y que jamás su presa es otra

que el vistoso y delicado amén de histórico pescadillo, que tentó tan al vivo la incipiente gula del gran Carlos V al desembarcar en Asturias, y ofendió después su imperial soberbia, al saber de su abundancia y el precio ínfimo en que era estimado (1): cuando aprendáis de esta manera que aquellos lugares son predilecto asilo donde la sardina se ofrece a las infatigables redes del marinero santanderino, ha de pareceros natural cosa e incontestable que los lugares se hayan de llamar *El Sardinero.*

Abrense los arenales en curva media luna al rumbo Nordeste, del cual viene, enfilado a ellos, el viento marino del mismo nombre, perpetuo mitigador de los ardores caniculares; el *viento azul* de cierto humorista, que no iba descaminado en su frase, puesto que nunca, bajo influencia de meteoro alguno o corriente atmosférica, como al reinar el Nordeste, parecen en la costa cántabra tan hondamente azul el mar y tan vivamente azul el cielo.

La punta meridional del arco ceba en el atormentado monte Hano, que combatido por los mares de fuera y las corrientes de dentro, permanece y vela sobre la boca del puerto que defendió con cañones y hoy señala con banderas (2). Y la punta que

(1) Es sabidísima tradición costeña, que desembarcado el emperador en Villaviciosa, como le pusieran de comer sardinas, las celebró hasta el punto de mandar le fueran servidas diariamente en su mesa; mas oyendo de boca de alguno de los naturales el ningún caso que de ellas se hacía en la tierra, y que a veces se daban de limosna a los mendigos, dispuso con no menor imperio que no se volviesen a mencionar en su presencia.

(2) Es estación semafórica del telégrafo marítimo internacional.

sube al Norte avanza encima de las aguas con nombre de Cabo Menor e intentos de tomar el meridiano de la barra, como si procurase registrar cuanto por ella entra y sale.

Mar afuera y pegado a ella, Cabo Mayor la domina recortando en el ambiente azul su perfil extraño al que los zumbones en días de *la francesada* titularon *la nariz de Wellington;* que ni lástimas ni desdichas agotan el cáustico y chancero humor de las latinas razas, ni tienen número las formas con que la fama conserva en los siglos el nombre y la memoria de sus predilectos.

La arena menudísima semeja blando tapiz para delicados pies de mujer; el agua cristalina, dorada por el sol del cielo y el color del suelo, parece teñida con ámbar para aromado baño de náyades; el susurro de la limpia espuma sorbida por la arena y por el aire apenas nace, y tornada a nacer apenas el aire y la arena la sorbieron, es música que llama a sumergir y ahogar fatigas y dolores, que convida al sueño de los pesares y pensamientos oscuros, al dulce y pasajero letargo de saludable reposo, del cual alma y cuerpo se levantan restaurados, ligeros, vigorosos, igualmente prontos a tomar de nuevo el ordinario peso y grandes cuidados de la vida, que a recibir serenamente sus inesperados y desconocidos azares.

Aquí en la orilla, es el baño arrullo y caricia; más lejos y donde no ya el pie, pero ni aun los ojos pueden sondear el fondo; donde no susurran ligeras espumas, que se alzan y columpian soberbias olas; donde no viste el agua ambarinas tintas, sino enérgico y sombrío color de indefinibles tonos; donde, en fin, no juega el cuerpo humano con los mansos caprichos

del mar, sino que se abandona y entrega a la merced de sus portentosas y desconocidas fuerzas, es el baño viril ejercicio en que se ganan vigor y destreza, que templa el nervio, sacude la sangre, suelta el brazo, fortalece el pecho, y como derivación y complemento de este equilibrio y concierto de la materia, trae al espíritu incomparable y dulcísimo sosiego.

Es, sin duda, que tiene también misterios el mar, que no revela sino a quien va a buscarlos lejos de la tierra, solo y desnudo como se llegaban al antro misterioso los consultores de ciertos oráculos antiguos; secretos que solamente descubre a quien interroga con fe el murmullo sordo de sus grandes movimientos, a quien hace cuenta del desdén con que el soberbio elemento mira la pobre presa de un cuerpo humano, o más bien a quien sabe fiar de su magnánima grandeza, tan evidente aquí donde no encubre traidoras sirtes, ni mueve engañosas corrientes, ni alberga monstruos voraces y carniceros.

Es que llegan aquí las olas desde los senos boreales, plegándose y tendiéndose con movimientos de serpiente, tan serenas y claras, tamizadas por el sol y el viento, que parecen traer consigo la más pura esencia de la inmensa y recóndita vida, encerrada dentro de sus mismas inquietas profundidades, y en su comunicación solitaria con esa vida misteriosa, vedada a los ojos del mayor número de nuestros semejantes, adquiere elementos y fuerzas nuevas la propia vida del cerebro humano.

Es que en tanta soledad y apartamiento de los hombres se goza algo parecido a la quietud y silencio de la noche sin sus

tinieblas y tristura, la noche con sol, el sueño de las pasiones tristes o calenturientas, del rencor y la codicia, de la emulación y la soberbia.

Es que allí donde ni la mano puede asir, ni el pie puede pisar, se siente el hombre más en absoluto poder de aquella voluntad omnipotente que rige su destino y apaga la llama de su existir, lo mismo que la encendió en hora y punto desconocidos e inaveriguables a la razón y mortal discurso.

Es, en fin, que cuando tendido el hombre sobre las blandas olas, reclina su fatigada frente en el inmenso cabezal capaz de todos los dolores y todos los cuidados humanos, parece reclinarla en el brazo paternal de su Dios, y que siente sobre sí la mirada augusta y protectora del infinito ser y junto a su pecho el aliento soberano que hace latir las fibras del universo, aliento y espíritu de cuanto siente y vive.

Pero si sordos a la tentación de ese deleite natural y fácil, o por necesidad, o por recelo, o más seguramente porque no acertéis o no queráis poneros á imaginar sus reales beneficios y delicias, rehusais probarle, dejad vagar vuestros ojos, y que ellos solos, si no es engaño mío, os busquen y os traigan la paz y el contento que de continuo solicita el pasajero en estos lugares.

Yo no sé cuándo me parece más hermosa la playa del Sardinero, si de noche o de día, a la mañana o a la tarde, sola u ocupada por la voz y movimiento de animada muchedumbre.

Loco amor de patria quizás, vana superstición de espíritu

febril o enervado, pasión insensata de corazón solitario y descaecido.

Yo la he visto a todas las luces del cielo: al rayo del sol, al amor de la luna, a la paz de las estrellas, al vivo destellar de los relámpagos: la he visto yerma y fría en invierno, abrasada y bulliciosa en estío, azotada por el temporal de equinoccio y blandamente requerida por la creciente marea de los días tranquilos, y en toda hora e instante, en cualquiera estación y tiempo, ha sido para mí lugar donde nunca encontraron hastío los ojos, ni cansancio el alma; donde más viva que en parte alguna, aparece con su eterno verdor y su novedad eterna, la creación siempre igual y siempre varia, perpetuamente joven vigorosa y magnífica; ancho seno en que caben y se desahogan todas las confidencias, todos los pesares, todos los remordimientos, y del cual se recogen en cambio todas las esperanzas, todos los olvidos, todos los consuelos.

Espejo suyo es el mar, asilo de espíritus solitarios, centro de misteriosas esperanzas, cuya pintura no cabe en frases, a cuya glorificación no basta la rica, varia y poderosa música de la palabra humana. Espejo de esa creación maravillosa, espejo de la tierra y del cielo que en él se miran es ese mar soberano que con igual serenidad y augusta calma recibe y guarda el ancho caudal del opulento río, las alborotadas aguas del torrente montañés y las cristalinas perlas de la fuente que brota silenciosa en la marina; que con igual compás mece sobre sus vastos lomos la nave soberbia que boga a descubrir continentes, ganar estados y desbaratar imperios, y el átomo liviano de polvo arrancado por el viento a ignotos lugares, y que

vaga y vuela llevado sobre sus alas hasta cansarlas y caer.

La cólera, pasión de los hombres, lo humaniza y empequeñece; airado se le atreven poesía y pintura, y al remedar su pavoroso estrépito o copiando las lúgubres centellas y cárdenos matices de la borrasca, triunfa el arte y finge con verdad pasmosa. Mas no pidáis a metros y colores el retrato del mar en calma; ese modo de ser de lo sublime y excelso, de lo divino y omnipotente, que no muda porque es eterno, que no teme porque no desea, que no se inmuta porque no recela choques, que no se irrita porque no prueba resistencias; estado de dioses, ante el cual se asombra y sobrecoge la humanidad, y siente engrandecerse el pecho en ansias de algo desconocido, inmenso, más dulce acaso de ser imaginado que poseído.

Nunca me sentí yo solo, absolutamente solo en estas riberas, ni ¡quién pudiera sentirse tal a no ser aquel desdichado héroe del gran lírico inglés, fugitivo de la humanidad en los desiertos alpestres, harto de los días vividos, y más hecho a contemplar la faz sombría de la noche que el rostro de sus semejantes! (1).

Vívese sobre la tierra, de ajenas vidas tanto cuanto de la

(1) MANFRED. ¡Accursed! What have I to do with days!
They are too long already.

(Scene I.)

The night
Hath been to me a more familiar face
Than that of man.

(Scene IV.)

(BYRON. "MANFRED." A dramatic poem.)

vida propia, y no hay existencia que acierte a aridecerse y esterilizarse de absoluta manera, como no hay en estas marinas roca, aun aquella perpetuamente sumida en agua y en sombra, privada de halagos de aire vívido y fecunda luz, que no sienta y repita en sus yertos y escabrosos senos los ecos de vida de extraños seres que allí se abrigan y nutren; que no mire engalanarse sus ásperas puntas y roídos filos con rozagante pompa de vivaces plantas y peregrinas flores.

¡Quién no lleva consigo afectos y memorias, imágenes y recuerdos que, como las raíces desenterradas de la yedra, en vez de secarse abandonadas al viento, se mueven y arriman y alargan a asir substancia que las sostenga y alimente, piedra o tronco, para continuar siendo sustento firme de la planta madre y de su verde lozanía!

Ni cuando esto era despoblado, donde innumerable bando de aves marinas mudaba el color de la playa, y oíase en la noche gañir la arisca nutria por las márgenes del arroyo que aquí desagua, no tan caudaloso ahora ni tan cristalino como entonces corría, podía quien no fuera de ánimo esquivo o soberbio apartarse de la humana familia, y romper por momentos comunicación con ella.

Porque traíansela a la memoria rastros de guerra, grandeza dolorosa y cruda de la humanidad: los vestigios de la fortaleza antigua derramados en la costa por calas, cabos, montecillos, desembarcaderos, ensenadas, promontorios y arrecifes, erguida en una parte atalayando y soberbia, oculta en otra y ace-

chando: pegada aquí al suelo sin mostrar al enemigo más que el achatado perfil de la tronera, provocadora allá y desenvuelta con almenas y homenaje; armada boca de fiera acosada, pronta a morir en desesperada defensa de su cueva y de sus hijos, después de harta de sangre de sus cazadores, y de haber cercado su solar salvaje de despojos y muertas reliquias de los más audaces.

No hubo aquí en sus días entrada sin batería, ni escollo sin cañón, ni rincón sin aspillera; era la costa un reguero de pólvora enjuta, al cual arrimado en cualquiera de sus extremos el fuego de una embestida, súbitamente corría y lo inflamaba, ciñendo al áspero contorno del continente un cinto fulgurante de centellas, estampidos, y blanco y denso humo, que el viento marino apenas tenía bríos para disipar.

No había cima sin guarda, ni hondonada sin presidio, quiebra sin posta, ni arriscado peñón sin centinela. ¡El centinela!, de quien tan valiente pintura dictó Cervantes a don Quijote (1), como maestro viejo en el oficio militar y sus aventuras, como quien tantas veces en el campo o en la nave, guardando el sueño de su bandera y de sus camaradas, había sentido dentro de su alma valerosa las inquietudes, los sobresaltos, las alarmas, las tristezas, las ansias sin cuento del hombre cercado de cautelosas amenazas e incógnitos peligros que ha de prevenir y adivinar, y una vez adivinados aguardarlos sin temor ni desfallecimiento, sin buscar más escudo que el de su corazón, ni haber más defensa que la de llamar a sí el ímpetu de

(1) Parte I, cap. XXXVIII.

las armas contrarias, ofreciéndose el primero a ellas, o con su cuerpo que se dibuja impávido y solo sobre el rebellín o la trinchera, o con su voz que no recuerda a los dormidos compañeros sin señalar al enemigo dónde ha de apuntar para no errar el tiro.

¡Cuál hora de la vida humana supone tal suma de cuidado y de zozobra, de padecer y fatiga como la hora de la centinela! Al azote de la lluvia y de la escarcha, al peligro del plomo y del hierro, donde si por suerte libra la vida en una sorpresa nocturna, se la quita la ley castigando su poca vigilancia, solo, desamparado, ¡cómo irán los pensamientos del soldado, fugitivos de las tristezas sus inmediatas compañeras, a tomar asilo en las dulces imágenes de días tranquilos y placenteros, en las memorias amorosas, en los egidos de la aldea y sus hurtados encuentros, en la fuente de la ciudad y sus regaladas pláticas!

Acaso hizo aquí su primera guarda de noche un recluta, criado lejos de la marina y extraño a la vista del bravo mar y sus mudanzas y sus tormentas rigorosas. ¡Cómo latiría su corazón novicio al escuchar en las tinieblas el temeroso son de las olas, creciente con el flujo de las aguas, más cercano cada vez y más ronco; poderoso con el zumbar del viento a ahogar y extinguir no ya su voz única, solitaria y débil, sino el robusto clamor de la legión entera fiada a su custodia! ¡Qué monstruos imaginaría ocultos en tal fragor y tamañas sombras, que tanto pueden ser defensa contra un enemigo, como emboscada que disfrace su cercanía y su amago!

Y si el escombro del desmoronado parapeto nada os dice de militares sucesos y sangre vertida y de recónditos dolores del alma de que fué confidente y testigo, ¿qué no os dirá de animosas empresas y trances de muerte, y padecimientos y catástrofes y glorias aquel horizonte inmenso, ya lo veáis surcado por bajeles, ya desierto y oscuro cerrado a toda quilla por la noche del temporal y la embravecida cólera de las tormentas?

Camino inseguro y falso, y por inseguro y falso tentación más viva de intrépidos y generosos; camino inseguro y falso, por donde antes que gloria, fama y riquezas, se arrojaron lo hombres a buscar satisfacción a la insaciable curiosidad inquieta de su corazón hazañoso, ¡cuántas lágrimas ha recogido, cuántas vidas ha devorado, cuántas pasiones humanas ha reflejado de tantos ojos fijos en sus aguas con expresión diversa, impacientes o regocijados, frenéticos o moribundos, sublimados por el valor, encendidos por la codicia, dementados por la desesperación o velados por la agonía!

¿No recordáis que sobre esas olas caminó la intrepidez española, y caminó sin temblar ni hundirse como el apóstol, porque era sólida su fe que en el discípulo de Cristo vacilaba, a descubrir y civilizar un continente; que más de un piloto oscuro salió de estas riberas a encontrarse en el remoto mar americano con una nación que obedeció a su palabra y acató su autoridad; que sobre esas olas caminó la cruz a tender sus brazos más allá de las siriacas cimas del Calvario, y que todavía sobre esas olas manda pródiga la generosa Europa a sus renegados hijos americanos el pan del corazón y el pan del

cerebro, la caridad y la ciencia, la sublime hermana hospitalaria y el libro?

Desde los días mejores de la prepotencia romana, en que el espolón de la trireme de Agripa partía y echaba a pique las barcas de cuero de los cántabros, hasta los días de nuestra era, en que los buques del inglés sir Hope Popham forzaban la boca del puerto para desalojar al francés invasor, ¡cuántas naves y escuadras han henchido sus velas en el viento que riza esas aguas; cuántas han pesado sobre sus lomos; cuántas enmendaron su rumbo y se gobernaron por los inmóviles perfiles de esa costa y las trémulas estrellas de ese cielo!

Ahí bogó la ambición del aventurero descubridor, destinado a perecer olvidado en el indio mar, o a eternizarse poniendo nombre a alguna de sus desconocidas tierras; ahí el mercader inquieto al partir con lo dudoso de la travesía y la contratación, inquieto al volver por la suerte del oro granjeado que le acompañaba; ahí el proscrito que huye de la patria, disimulado el rostro, fingida el habla; ahí el salteador de mares, ser tremendo que, a modo del ave sin pies, de incesante vuelo, nunca fondea ni duerme, nunca carga las velas ni descansa, pirata de día, fantasma de noche, transfigurado en la imaginación popular; aparición siniestra, en cuyo tajamar no solloza el agua, en cuya jarcia no silba el viento, a cuyo bordo no maniobra tripulación ni se ve capitán, ni timonel, ni soldados, y sin embargo, navega, cruza, vira, aborda, dispara, hace presas, sumerge barcos, arranca vidas, sin que venganzas ni justicias le alcancen

y detengan en su extraordinaria y temida carrera; ahí, en fin, el común poblador de las oceánicas inmensidades, el marinero, vida oscura, frágil y perpetuamente amenazada por el golpe de mar que le arranca de cubierta y le sume en el abismo, por la ráfaga de viento que le sacude y suelta desde la gavia, por la centella que le deslumbra y marea, y desploma desde el bauprés o la serviola, por el hambre que le extenúa, por la sed que le desespera, por el escorbuto que le disuelve vivo, por el fuego y el hielo, por la guerra y la tempestad, por la muerte, en fin, bajo formas sin número y con armas sin cuento, de las cuales es la menos cruel y afilada la del naufragio súbito que le recoge dormido sobre su mísero petate, y sin despertarle siquiera le traspone y lleva del pasajero sueño de la vida al eterno dormir de la muerte.

Por eso parece insensible, huésped de cementerio, albergado entre sepulcros, de quien es la muerte visión constante y compañía, mientras llega la hora de hacerlo suyo y poseerlo; por eso es sobrio en palabras y gestos; diríase que tiene el espíritu atezado como su rostro, y rudo como sus manos; por eso es limosnero y desprendido; por eso cree en otra vida, porque en su instintivo amor a la justicia que gobierna el orden y concierto de todo lo creado, se dice a sí mismo que si vivir no ha de ser más que una peregrinación sin descanso, una labor sin sosiego, una tristeza sin lástima, un constante llorar de los ojos, gemir de los labios, anhelar del pecho, padecer y atribularse tal y como es el vivir suyo, su mente leal tenazmente asida al bien, no alcanzaría a penetrar la razón de su existencia propia, a darse cuenta del por qué de su nacimiento, del cómo de su presente, del adónde de su porvenir.

Mar indómito y bravo que desde el día primero del mundo baja de las regiones boreales a embestir al continente español como auxiliar vanguardia de enemigos atropados en sus remotos golfos, a cuya provocación y alaridos respondieron marineros y soldados españoles, largando el trapo de sus valientes naos y haciendo rumbo a encontrar al escondido enemigo, volando al duelo con el inglés en sus aguas de Irlanda, al choque con el bátavo en sus dunas, al socorro del aliado o del compatriota, héroes de aquellas inmortales campañas, tan ricas en desventuras militares como en soberbias proezas de ardimiento y generoso desprecio de la vida. De ellos eran aquellos que siguiendo el pendón de Pero Niño, autentizaban en la fértil imaginación francesa los prodigios y caballerías de Amadises y Esplandianes; de ellos aquellos inmortales de Flandes que antes de arremeter hincaban las rodillas en tierra «espacio de un Pater Noster y un Ave-María» (1).

¡Hombres de incontrastable fe y corazón animoso! ¡Qué les hacían a ellos riesgos del mar, amenazas del fuego, peligros del hierro y del plomo! Sentían dentro de sí el esfuerzo de una alma inmortal, dueña de su albedrío, sujeta al premio o al castigo de sus obras; tenían en el cielo un invencible amparo, al cual por camino seguro llevan la contrición y el arrepentimiento sincero, y creían en la misericordia de un Dios que en

(1) Arremetiendo, acabado de hacer oración, como es costumbre de la nación española siempre que combate en escuadrón, hincando las rodillas en tierra el espacio de un Pater Noster y un Ave-María, y lo mismo acostumbran al arremeter a batería.—DON BERNARDINO DE MENDOZA: *Comentarios de las guerras de los Países Bajos;* lib. XL, cap. XII.

la más súbita e impensada muerte deja al espíritu la brevísima tregua necesaria para arrojar en su seno divino el grande peso de las culpas, y solicitar el perdón de ellas antes de separarse del cuerpo. ¡Por eso se arrancaban a dulzuras y halagos del suelo patrio en pos de dudosas y difíciles glorias! ¡Qué es la gloria sino el señuelo sublime que la Providencia muestra al hombre para enseñarle a vencedor y soberano de sí mismo, a despreciar miserias y trabajos, a someter flaquezas y dominar estímulos y regalos de la carne, por algo sobrenatural y excelso, no sujeto a tacto, ni peso, ni número, ni medida, y cuya excelencia y soberano goce están en perseguirlo y buscarlo, cuya corona y premio consisten en las dulcísimas fatigas de merecerlo!

¡Ay de los que se quedaron en el camino de sus deseos a media senda de sus resueltos y deslumbradores propósitos! ¡Ay de aquellos a quienes abrió inesperada tumba el cristalino mar, donde a la par se ahogaron las pulsaciones de un cerebro poderoso, soñador, temerario, nuevo en el dolor de imaginar imposibles, y los latidos de un corazón atrevido y mozo, cerrado a las dudas y virgen de sombras y temores! ¡Ay de aquellos con quienes se hundió en las olas la esperanza, el amor, la virtud, el contento y la fortuna de familias, linajes y pueblos y acaso la futura suerte y los prósperos destinos de la patria! ¡Ay de aquellos que al cabo de días y años de esperar y creer vivir, de imaginar venturas sin cuento logradas a precio del sacrificio de la ausencia y las fatigas de la vida militar y marinera, vieron atajado el paso, ahuyentadas sus ilusiones y esperanzas, inmediata, fatal e inevitable, la muerte traída por la masa

inmensa, lúgubre y mugidora, de una ola sin oído ni entrañas, ante la cual son estéril defensa el brazo y el ruego, el pecho y las lágrimas!

¡Oh! no extrañéis que tan amarga el agua del mar os sepa cuando toca vuestros labios; no extrañéis la ardiente sal que deja en vuestra piel cuando os moja, y con la cual ofende vuestro paladar si penetra en vuestra boca. Es la sal amarga de tantas desesperadas lágrimas como han caído en su seno; es el caudal que esas lágrimas abrieron en tierra en los ojos de los que esperaban y ya no esperan, de los que dijeron adiós y sólo en Dios han de encontrarse, de los que se abrazaron hasta la vuelta y quedan separados para siempre.

Movible y vago mi espíritu como esas ondas serenas del mar, dóciles a la luz y al viento, tomando color y forma e impulso del rayo y de la ráfaga que las tiñe o las toca, obedece a la impresión sucesiva de imágenes o ideas, no tan definidas entre sí ni tan claras para quien las sigue desde la tranquila quietud de su ánimo, como para el ánimo mismo donde se engendran, que las mira aparecer, desenredarse, brillar y lucir dejando el paso a otras ideas, cada una de las cuales se sucede y asoma y cobra su forma cabal antes de que la predecesora suya haya desaparecido por completo en la esfera sin término de la imaginación.

Son las nieblas, sin cuyo caprichoso juego con que a veces embozan, a veces velan como transparente gasa la marina, no fuera completo el concepto ni el retrato de su hermosura. Son

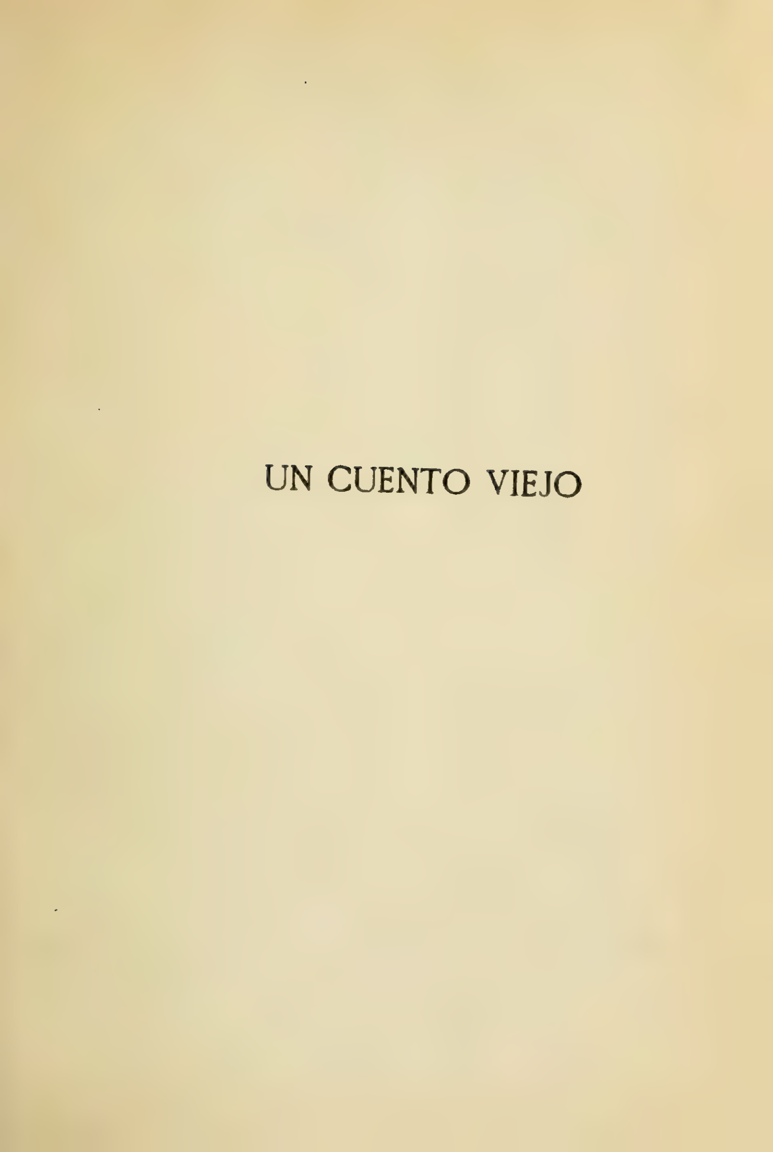
las nieblas, cerrazón a veces lóbrega y espesa que amedrenta al más aventurero y lo condena a la esclavitud del áncora y al reposo del puerto; cálima otras, que le niega la costa y sus azares y sus abrigos, y le obliga a bordear en las vastas soledades del océano, sin esperanza de hora inmediata de claridad y de descanso; vapor otras veces, que suelto en jirones como nube desgarrada en invisible lucha de dioses, cae y flota sobre el agua, o se agarra al aislado peñón y lo circunda, o se recoge a yacer en las abiertas brechas por donde entran al mar los esteros y bajan a endulzar su salobre caudal las aguas interiores de los ríos.

Entre esos jirones de niebla asoman a veces trozos de paisaje cuyos contornos es grato retratar; entre esas gasas de que se desprende el cielo, y traen acaso vestigios de la vida no bien imaginada e incorpórea que en el cielo se vive, aparecen de cuando en cuando sombras humanas, a las cuales es grato poner nombre y vestir las apariencias de terrena vida; de ese paisaje y de esas sombras, que vivieron, sintieron y pensaron, con ligera mano y claro y transparente color no destinado a duración ni fama, sino al breve bien de halagar fugitivamente algunos ojos, lleno yo mis blancas hojas, sintiendo intenso placer en mi trabajo, y hacia ellas el afecto triste que inspira todo lo destinado a pasajero existir y temprana muerte. Si aquellas descoloridas sombras no llegaron en obras adonde mi narración las lleva, viéronse a la luz pocas veces tranquila, más a menudo violenta y cegadora, de sus pasiones, en caminos y con deseos de realizar propósitos parecidos, que al cabo la vida efectiva y práctica de los hombres no es sino la forma y

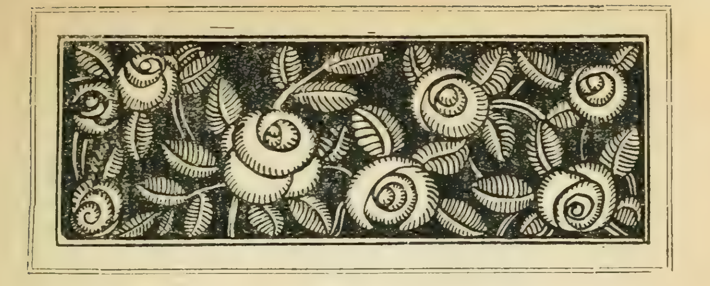
consumación de pequeñísima parte de todo cuanto su alma infatigable sueña, forja, discurre, agita y resuelve.

Con ellas y conmigo, sean el amor y compañía de los buenos, la luz del cielo diáfano, las caricias de las auras marinas, la paz inefable, consoladora y benéfica del mar tranquilo.





UN CUENTO VIEJO



I



E esto que voy a referir, hace ya muchos años. Hace tantos, que ya los párvulos de entonces peinan barbas; y de las niñas, que a la sazón eran traídas en brazos, más de una habrá sido ocasión y causa de sucesos parecidos al recordado en esta hora.

Era cuando sobre el terreno que domina las arenas y donde ahora posan rústicos bancos de césped, se alzaba una airosa tienda de campaña de lienzo listado azul y blanco y armazón de hierro, izadas en los extremos de su cumbre dos ligeras grímpolas españolas.

Era cuando Julián Romea, antes del triunfo de cada noche, antes de sacar de quicio al sosegado público santanderino en *Otra casa con dos puertas* y *La segunda dama duende,* venía

aqui a espaciar su genio contemplativo y triste, y pasaba la última hora de la tarde arrimado a uno de aquellos hierros, siguiendo con los embebidos ojos las mudanzas del tormentoso cielo, para que al siguiente día un periódico local, *El Despertador Montañés,* publicase su hermoso soneto «*A una nube*», que figura en la colección de sus poesías.

Era cuando el pobre Albuerne, tan impensadamente muerto no ha mucho, uno de los hombres que menos justicia debió a la opinión de sus contemporáneos, imaginación viciosa, espíritu jovial, ingenio exuberante y fantástico a pesar de su postiza trivialidad, estudiada llaneza y aparente desengaño; con dejos de Góngora cuando rimaba en castellano y melancolías de Ossián cuando escribía en *bable,* dialecto patrio suyo; rondador incansable, reflejo vivo del Mercucio de Shakespeare, cuya facundia amortecida y exhausta bajo techado o el yugo de las obligaciones de un cargo público, estallaba verbosa, pintoresca, inagotable en la calle abierta, al vivo sol y al aire libre; corazón aventurero y fácil, dispuesto a encenderse en los primeros ojos que le mirasen risueños al pasar, y pronto a entregar su voluntad, su independencia, su vida y su suerte al albedrío de una mujer desconocida, mereciéselo o no lo mereciese; cuando el pobre Albuerne, pues, al cabo de una mañana calurosa y limpia de voltejear en bahía, desembarcaba de un bote harto conocido, el cual largaba en uno de sus topes bandera con dos manos asidas por blasón y divisa, y pidiendo papel y lápiz borrajeaba sobre la mesa del Suizo una

barcarola, con cuya lectura y dedicatoria pagaba generosamente la travesía a sus amigos marineros, y arrullaba acaso más dulces inclinaciones.

Era cuando las porfías y competencias entre ese y otros botes, señores entonces y orgullo de las aguas cantábricas desde Sofía hasta Langre, desde Pedreña a Campojiro, tenían por precio una merienda, la cual era guisada y comida antes de la apuesta, con el sabio propósito de limpiarla de ceños de vencidos y prepotencias de vencedores, con lo que en todos los convidados era igual el humor, y tan despierto el diente y vivo el apetito, siendo su artífice y guisandero cierto Cristou, que la servía en aquel mismo terreno, al Norte de la tienda, y dentro de un espacioso barracón de tablas, donde estableció su acreditada hostería para reparo y confortativo de estómagos flojos y nadadores desfallecidos.

Era, en fin, cuando nos asomábamos a la vida. Y el horizonte del mundo, como el de ese mar transparente y sereno, se abría ante los ojos infinito y vago, preparado a poblarse de gentes y paisajes, a animarse con ruidos y sucesos; tela sin término en que el más fecundo, poderoso y rico de los pintores, la fantasía juvenil, con velocísima e incansable mano, con inagotable y varia y espléndida paleta fingía y borraba, y volvía a fingir y volvía a borrar su futura y a trechos prevista y a trechos soñada historia, lauros y peleas, viajes y fatigas, amores, aplausos, venturas, dolores viriles compensados por la reputación y la fortuna, tristezas íntimas rescatadas por la glo-

ria y la fama; y aquella final victoria sobre la vida y sus asperezas, aquella corona suprema del día en que llegado a sazón cabal el entendimiento, entrado el juicio en la plenitud de su vigoroso y suelto ejercicio, siéntese el hombre dominador y árbitro de la esfera en que su pensamiento y su acción obran, y la naturaleza no le reserva otros secretos sino aquellos de que él no siente curiosidad e inquietud, y a su voluntad y a sus propósitos certeros y maduros, responden obedientes o forzados los demás hombres, convertidos ya de obstáculos o enemigos en otros tantos ecos que reflejan sonoros las pausadas ondas de su resuelto albedrío, cómplices sumisos y obreros oscuros del edificio soberbio de su engrandecimiento, de su poder y de su nombre.

II

Son los recuerdos, a modo de fuegos fatuos, emanaciones fosfóricas que surgen y vuelan inflamadas sobre un campo de muerte, alumbrando el camino andado por el hombre e iluminando el cuadro sombrío de la innumerable legión tendida al paso y al filo de la vida. Quien de cansado o abatido o dudoso de ir más allá vuelve la cabeza, ve a lo lejos reanimarse con falsa apariencia esta o lo otra faz, ya de tiempo descolorida y yerta, sobre la cual pasó al azar del aire la pálida y vagabunda llama.

El capricho del aura, desigual e inconstante, guía aquella luz fantástica, que nadie sabe cómo se encendió o de qué materias arde, y ella escoge entre la muchedumbre, exánime y fría, el cuerpo, al cual, por breves instantes, imaginará nuestro espíritu restituída el alma para hacerle blanco de su ansia constante de expansión y simpatía.

¿Por qué en tal hora de tristezas y nubes, es la visión del recuerdo una criatura de fisonomía plácida y venturoso destino? ¿Por qué en tal otra llegan afligido gesto y lastimeras voces a perturbar francas y locas alegrías? ¿Por qué unas veces aparta del mal y otras desvía del bien? ¿Por qué tan pronto es esperanza como remordimiento? ¿Por qué inspira y embota;

por qué vigoriza y enerva; por qué agita y calma; por qué corrige y pervierte; por qué ofusca y esclarece; por qué envilece y sublima; por qué acobarda y anima; por qué mata y crea; por qué pierde y salva?

¡Quién descubre el misterioso enlace de la idea presente y la remota! ¡Quién sigue los caminos de la gota de agua caída en la alta cumbre, sorbida por la tierra, y que filtrando por la ruda corteza del planeta al cabo de pasos y estancias diversas› ahilándose unas veces, derramándose otras, ya deslizándose elástica y sutil, ya calando lenta y dividida en invisibles átomos, penetra dentro de la cóncava gruta hasta cuajarse en piedra, agregándose a la inmóvil estalactita y marcando un período del secular crecimiento de la roca!

Ni esta vida de escribir sería vida sin el recuerdo que la inspira y mueve, que la condensa toda y entera, siendo a la vez principio y fin suyo y su causa y objeto.

Cuando sentís animarse el texto, latir la sangre dentro de la estampada letra, serpear la pasión entre los glaciales trazos de la escueta palabra, de suerte que los ilumina y colora y presta formas tales que os pintan acabados y perfectos, criaturas, hechos, cosas, lugares, discursos y sentimientos, allí está la huella vivaz del recuerdo, el destello de otra luz lejana y al parecer irrevocablemente extinguida, la cual viene a herir la luz de la mente propia, fijando su vacilante rayo, y los matices de su incolora llama.

Ella pinta paisajes y figuras, la naturaleza y el hombre; forja

tipos y caracteres, dicta máximas y chistes, himnos y blasfemias; ella ríe, llora, canta y también se interrumpe a veces y eclipsa, señalando en el papel impreso giros tan vagos, caprichosos e inciertos, como los señala la pavesa de fuego en el papel abrasado.

Y cuando se conviene y liga con esa perseverancia imperturbable en que consiste el genio, la obra del común esfuerzo resulta perfecta, y tan admirable y cumplida, que en ella se mira y reconoce la humanidad entera; hácela suya propia y la apellida inmortal. Lisonja del entusiasmo y loca hipérbole del agradecimiento, que mal puede asegurar de la muerte lo que es perecedero; mas en ello se significa y ensalza la fidelidad del claro cristal de la privilegiada fantasía.

Inmortal será, pues mientras hombres vivan vivirá la obra, y cuando no haya en quien ejercite su ministerio lúgubre, ¿qué será la muerte? Las generaciones infatigables gastarán saber y vida en descifrar el libro y entenderle, y cada vez que la tenaz perspicacia de un sabio descubra en sus hojas rastro humano, cada vez que pueda alzar la voz segura diciendo: «Este gemido, gemido fué que se escapó del pecho de quien escribía; aquí lloraron sus ojos, aquí latió su pulso por la pasión oprimido; esta es facción de hombre, este retrato de mujer, ahí pasan gentes en quienes empleó su corazón y su cerebro, ése fué su enemigo, aquél su envidioso, tal su madre, tal su amada, así le ofendieron, del otro modo le ampararon, estas manos le sacaron de la miseria, aquellas palabras le sedujeron, estas otras le cegaron, esas le trajeron a la gloria y esotras le llevaron a la tumba», pueblos y razas aplaudirán gozosos y será día

fausto en la historia de la humanidad, el día que supo leer pocos renglones más de la vida real de su grande ingenio, esparcida y sepultada en las releídas hojas.

Tales son la fama y los gloriosos destinos. ¿Para quién escribe el hombre sino para sus semejantes, y cuál asunto ha de ofrecerles que con más aguda voz los llame y más apretado interés los ligue que el hombre mismo, sus obras y sus palabras, sus exaltaciones y sus caídas?

III

Entonces no había casas en el Sardinero.

Entonces no había Casino con frescas galerías, azoteas y pabellones de austera arquitectura. No había Grande-Hôtel donde Barbotan, por medio de un hábil cocinero, aderezase a gusto del paladar quejumbroso o hastiado de los forasteros los varios e incomparables peces del Cantábrico, las suculentas carnes nutridas en los páramos y puertos castellanos, y las frutas deliciosas de nuestros valles. No había fonda de París cuya cocina con aquella rivalizase, ni había Pequeño-Hôtel donde el solícito Coterillo albergase gentes con tal cabal contentamiento de sus huéspedes, que cuantos gustaron la sal de su mesa, ya no supieron el camino de otro alojamiento.

Ni Zaldívar había levantado su alterosa fábrica desde cuyas ventanas enseñorea la vista los horizontes y el soberbio paisaje de la marina.

Ni blanqueaban esparcidas sobre las verdes laderas tantas viviendas, nidos que convidan al retiro y al sosiego, donde vienen a abrigarse apartadas y solas existencias maltratadas por la vida, misterios de dolor o de infortunio, almas heridas que fatigosamente encierra y contiene el quebrantado cuerpo, pidiendo entrambos a la paz del sitio su restaurador ambiente y

manso clima; a la compañía consoladora del mar y del cielo, a la conversación sin frases de las olas y las nubes, el fingido vigor y la paciencia breve que necesitan para llegar a su descanso y postrer ocaso, sin desesperadas lágrimas ni dolor cobarde; graves y silenciosas como desciende el sol en la gloriosa esperanza de su resurrección futura, a sumirse más allá de esas tendidas aguas en cuya contemplación se abisman.

Tampoco existían esas pasajeras fábricas de estío, de angosto espacio y leves materiales, que apestan el aire con el craso vapor y el humo de sus fogones, especialmente en los días de fiesta o romería, y que invasoras del frondoso pinar de la Alfonsina, lo han apropiado con franca lisura y desembarazo al disfrute y estrepitosos regocijos de sus parroquianos y comensales.

Es verdad que entonces no había pinar, o por lo menos las que ahora son redondas copas de apretada verdura erguidas sobre sueltos y nudosos troncos, eran entonces débiles brotes que tímidamente asomaban entre los terrones de la reciente cava. Ni la vasta heredad en que el pinar radica llevaba el nombre arriba puesto, ya que aún no era nacido el príncipe, en cuyo obsequio fué apellidado cuando de la posesión y pertenencia de su dueño pasó a los de doña Isabel II de Borbón, por donación y presente de la provincia y municipio de Santander. De esa donación conversaba cierto día y en estos mismos parajes con mi excelente padre un varón respetable que ya descansa en el Señor, el cual habíase ilustrado en la política y el

gobierno de la patria. Y comentando las fallidas esperanzas de los que fiados en frágiles promesas suponían que el nuevo dominio transformaría la rústica propiedad en regio sitio, decía: —«¡Ay, amigo mío, a los príncipes una flor, y esa de su propio jardín!»

¿Hablaban por sus prudentes labios la experiencia o los desengaños? Tan exacto parece en su esencia el político aforismo del venerable patricio, como bella y atildada era la forma con que su culto ingenio lo vestía.

No han menester los príncipes de regalos de haciendas, sino de regalos de almas. No necesitan bienes, cuyo precio son inhábiles para estimar, ignorantes por necesidad y principio del precio del trabajo y del valor material de las cosas, como conviene que sean si han de mostrar siempre aquella largueza y gallardía de ánimo propias de su estado. Necesitan, en cambio, y con necesidad más tirana que otra criatura alguna, voluntades ciegamente ocupadas en su servicio; noble lenguaje, generosos propósitos y prudente y desinteresado consejo en la hora de gobernar; corazones resueltos y pechos a prueba de tentaciones y flaquezas en la hora de combatir.

Faltáronle éstos a la última poseedora de la Alfonsina, o no los tuvo en número suficiente para que su sangre redimiese el caudal de las culpas añejas y rescatase la patria de la cruenta vía de expiación por donde los juicios severos de Dios la condenaban a entrar.

Y va la desdichada patria siguiendo su vía dolorosa, ludibrio

y compasión de extrañas gentes, desterrada sin hogar, dejando en los ásperos linderos jirones de sus ropas, la gloria y la altivez antiguas, el perdido honor y la muerta grandeza; matrona sin hijos, en cuya prole acabóse la raza de los esforzados y los buenos, y prevalecen sólo los imbéciles, los bastardos y los parricidas. Y no hay ojos que divisen el término de su jornada penitente. No hay alma meditabunda y predestinada que con la exaltada voz y el ímpetu invencible de la fe consumada, prediga la hora en que haya de ser sacia y desarmada la cólera divina, y que anime al sacrificio con la palabra consoladora de la esperanza.

Nadie espera ni confía. La raza caduca acepta el castigo con glacial cobardía y lamentos vanos, no siente el aguijón de la vergüenza ni el ansia generosa de tornar a ser. Y una generación nacida en días en que la Providencia, abriendo su mano pródiga, revelando a la inteligencia humana no sospechados secretos de la naturaleza y de la vida, confirmando ostentosamente la antigua ley de caridad eterna, ensanchando el mundo y cercenando el desierto, rasgando con viva luz las más hondas y escondidas tinieblas, acosando a la muerte y no dejando reposo a la ignorancia, parecía haber renovado su alianza con los hombres, dádoles nuevas prendas de paz y de ventura, y con ellas nueva y más apretada obligación de caminar animosamente a su destino, altos los ojos, brioso el corazón, infatigable la voluntad y pronta la mano; una generación nacida en horas tales, henchidas de tantos risueños vaticinios y promesas, vuelve desmayada su tibio mirar hacia el Oriente, y fijándose en los despoblados páramos donde asentaron poderosas

y temidas, halagadas por la fama y madres de la historia, tribus y naciones, de las cuales queda no más la memoria y el nombre de su solar, y alguna gota de sangre perdida en las venas de un nómada salvaje tan desdeñoso de la fama e ignorante de su ascendencia cuanto desligado de la existencia común de la humanidad civilizada, se dice, y se lo dice con resignación funesta, que en aquellos yermos olvidados está la imagen de la futura España, y en aquel pastor bárbaro y rudo la última reliquia de los que fueron españoles.

Así acaban los pueblos, así desaparecen de la historia desandado el círculo fatal de sus destinos, volviendo a la nada de la cual salieron.

Solitario vaga por el desierto el último y remoto descendiente del padre de razas que vagó solitario por el mismo suelo desierto todavía.

En el intérvalo de siglos transcurridos entre ambas existencias, nació la familia, se extendieron sus vástagos, construyeron, poblaron, riñeron, se reconciliaron, ocuparon la tierra vaga, invadieron las gentes vecinas, fueron nación, tuvieron nombre y bandera a cuya sombra una mitad del mundo se acogía, mientras la otra mitad temblaba; fueron árbitros de vidas sin cuento y haciendas sin número, apuraron el poder, agotaron las fuentes de la opulencia y la gloria, pusieron el pie en la suma cima adonde alcanza el orgullo humano; y de allí, empujados por la eterna ley de vida que es la ley del eterno movimiento, comenzaron a descender, entraron en la baja región de las miserias mortales, se enemistaron, se dividieron, gastaron su vigor y enervaron su brío en estéril pesar y querella de lo

pasado, enflaquecieron, mermaron. Aquí huyeron de la soledad temerosos, de allá los ahuyentó la improvisa ruina. Y un día viéndose ya pocos se contaron, y su número cabía no ya en la vasta y robusta mente del varón maduro, sino aun en la movediza y turbia memoria del niño. Y no tardaron en ser todavía menos; pero todavía podían hablar su lengua, y en ella vivía la tradición, la historia, la sombra animada de sus abuelos, hasta que en fin sobrevivió el postrero de la castigada estirpe. Y luego que dió tierra al anteúltimo de su linaje, para no estar solo en la vida, para no perecer de hambre y de abandono sobre el desierto solar de la raza, tuvo que aprender la lengua de los extranjeros y olvidó la suya, porque no tenía hijos a quien enseñarla. Y aunque su pensamiento discurría todavía en dulces frases nativas, sus labios, faltos de ejercicio, no acertaban a modularlas. Y cuando se extinguía en el infinito ambiente el último sonido de aquella lengua que había sido la lengua en que hablaron a la tierra la justicia, la autoridad, el ingenio y la voluntad omnipotente de un gran pueblo, se extinguía su vida, se apagaba su espíritu, finaba su ser como se extingue y se apaga y se desvanece en lo infinito desconocido el suspiro postrero de una alma que fué en vida esa maravillosa fábrica inteligente y sensible que se dice hombre.

IV

Tampoco había entonces iglesia en el Sardinero; no existía esa capilla erigida de limosnas, que ahora sobre su planta bizantina, su portal románico, su cimbrada cúpula y su linterna de pintados vidrios, levanta en esta playa el cristiano símbolo, la cruz hecha a oir voces harto más tristes que el desesperado grito de las olas, a sosegar tormentas más pavorosas que cuantas aquí la estremecen con el azote desencadenado de los vientos y la mojan con la arrebatada espuma de su cólera.

Ese solar y asiento de la reciente iglesia pertenecía a un pedazo de terreno que se llamó en anteriores días ROBINSON.

Y había tomado o recibido más propiamente su nombre de un solitario que lo cultivaba y vivía dentro de una choza de tierra por sus manos amasada.

¿Quién era Robinsón? Aún viven sus contemporáneos, y ya la leyenda envuelve y desnaturaliza aquella figura extraña, que no hay vigorosa yedra y musgos que tan pronto cubran y vistan ruinas y troncos, robando a los ojos sus aristas, perfiles y formas, como la imaginación popular, cebada en aquello que hirió de vivo su infantil anhelo.

Robinsón era extranjero, según dicen; era un rezagado del ejército francés que peleó en vano contra la independencia es-

pañola desde Mayo de 1808 hasta los primeros meses de 1814. La causa de su rezago no es fácil de adivinar. Acaso le pesaron sus armas cuando las vió vencidas, y que ya no eran en el mundo, como lo fueron tantos años, causa de espanto y universal respeto; acaso quedó en un hospital herido o enfermo; abandonado en la retirada por sus camaradas, no tuvo alientos para seguirlos y cobrar la patria, y quedóse enajenado en la contemplación del cielo, cuya dulzura y tibieza le habían vuelto la salud; acaso le ataron a la tierra cántabra dos ojos de tanto poder y fuego, que le hicieron tornadizo de los suyos y renegado de su bandera.

Fuese como fuese, voluntario o forzoso, espontáneo o impuesto su destierro, Robinsón no era feliz, porque el hombre feliz es el resignado a la vida, a aceptarla con ánimo sereno, agradecido a sus bienes y paciente con sus amarguras. El decidido a ser prójimo de sus prójimos, satisfaciendo y cobrando la recíproca deuda de servicios que liga a los humanos, no va a vivir apartado y solo sobre un áspero muñón de la costa, pidiendo a la ingrata labor del descuaje, a las misantrópicas o vagabundas horas de la caza o de la pesca, el pan del cuerpo y el sosiego del alma.

No quiero quitar su novedad al personaje, que acaso un día tiente el ingenio de los autores montañeses, moviéndoles a estudiarlo, sondeando las recónditas venas de la tradición, y sacando de sus tesoros la joya de una narración interesante y bella.

Y acaso averiguada un día la verdadera condición e historia del sujeto, su relato exceda en lo extraordinario, novelesco e increíble a las imaginaciones de poetas y soñadores, que nunca la realidad de las cosas humanas se dejó vencer por maravillas concebidas en ánimos fogosos: ya que el mísero entendimiento humano cuando más blasona de creación e inventiva, se reduce a copiar o remedar modelos de que el eterno espíritu de vida agitador del mundo le ofrece inagotable y varia copia.

V

En aquellos días, pues, tan lejanos de los presentes, que como veis, puesta el alma a divagar dentro del dilatado tiempo que entre unos y otros media, y a detenerse en las diferencias y mudanzas que los separan, parece no tener atajo y haber de todo punto olvidado y dejado huir de sí sus propósitos primeros; en aquellos días digo, por fin, tampoco rodaba tal número de carruajes desde la ciudad a la playa y de la playa a la ciudad, ni iban por aquella vía de álamos recta y tendida, a que algún ortodoxo timorato, ofendido del título gentílico que debía al nombre del alcalde que la hiciera construir, catequizó mudándoselo en el de *Paseo de la Concepción.*

Aquellos ómnibus que entonces nos carreteaban, capaces de doce o catorce viajeros cada uno y tirados por tres mulas de frente, *o en limonera*, que dicen los tecnicistas, subían por el áspero zig-zags del camino antiguo, donde ahora levanta a un lado su múltiple chimenea la fábrica de bujías llamada *La Rosario*, y abriga en su *chalet* pintoresco sus plantas únicas y raras flores uno de nuestros más aplicados negociantes, entendido hortelano en sus huelgas.

En este agrio y peligroso paso se parte la jornada entre ambos términos del camino, porque aquí se cruzaban los dos co-

ches partidos a igual tiempo de ambos extremos, del Sardinero uno, del Mercado nuevo otro, de cuyos puntos arrancaban cada media hora, desde las primeras de la mañana hasta las primeras de la noche.

La capacidad de los coches daba lugar a una razonable tertulia, y no se descuidaban de formarla las gentes entre sí amigas o simpáticas, citándose a una misma hora para hacer el viaje juntos.

Un hombre de paciencia y celo cuales el puesto exigía, llamado Pellicer, llevaba el registro y asiento de los viajeros, abonados e inscritos para no perder su hora y su derecho con anticipación de días, semanas, quincenas y aun meses.

Había horas llenas y horas con vacantes, horas de expedición alegre y horas de carretada taciturna. Los convoyes matutinos eran, por lo común, de gente madrugadora, laboriosa, doliente, confiada en la eficacia de la medicación salobre, y fervorosa en practicarla y seguirla; de conversación poco entretenida al ir, puesto que versaba principalmente sobre las peripecias pasadas del baño anterior, y las contingencias futuras del baño inmediato, temperatura del agua, violencia de la resaca, ímpetu y número de las olas, efectos sentidos, diagnóstico del médico y parecer del interesado. Menos entretenida al volver, puesto que entonces la conversación era nula, los viajeros y viajeras arrecidos, transidos, se ocupaban únicamente en envolverse y abrigarse del aire, cubrir la respiración, vigilar para que algún chico o algún temerario no co-

rriese uno de los cristales del carruaje, y manifestar, más con gestos que con voces, su espanto e incomodidad, cuando tamaño desafuero acontecía.

Desde las nueve y media a las doce eran las horas de los bañistas jóvenes de uno y otro sexo, jaraneros, bulliciosos, más ocupados en lucir trajes o hilvanar aventuras que en comentar resultados de inmersiones, chapuces y abluciones.

A esas horas, encontrándose los que de la ciudad venían con los que esperaban el momento de regresar a ella, se reunían todos bajo la tienda más atrás descrita, y solía ser tan sazonada la conversación y tan abundante, que al interrumpirla el cochero con su acostumbrada frase: «Señores, la hora», no se apartaban los bañistas sin citarse para la tarde, y realizaban la cita, siendo ocasión de que las tardes en el Sardinero fuesen más amenas aún y regocijadas que las mañanas.

VI

Era centro y alma y dominadora de una de esas tertulias reunidas a hora determinada del día bajo la airosa tienda, una dama forastera, a quien llamábamos Laura.

Fría de entrañas, soberbia de espíritu y vestida por Dios de incomparable hermosura, exquisita en sus modales, suelta y graciosa en su decir, atildada y pulcra en todos los pormenores de su traje, como criatura que, dada por entero al amor de sí misma, no tiene mayor ni más caro y continuo desvelo que el cuidado y compostura y mejor parecer de su persona, Laura ejercía prestigio inmenso sobre la gente moza que la rodeaba.

Ganábase la voluntad de las muchachas, improvisando fiestas, disponiendo alegres paseos y meriendas por mar y tierra, y atraía a los muchachos dándoles ocasiones frecuentes y placenteras de verse y hablarse con las niñas de su elección, y de entablar a mansalva sus amorcillos y correspondencias.

No se la aficionaban tanto las gentes maduras y sosegadas; las mujeres, a causa de la disonancia completa entre el añejo y pacífico modo de vivir a que estaban acostumbradas, y el novísimo, jovial y bullicioso traído por la forastera: los varones expertos y curados de seducciones y engaños femeniles porque no creían en la inocencia de tamaña cordialidad y afec-

tuosa solicitud, ni en el desinterés de quien tanto parecía afanarse por el recreo y alegre pasar de la juventud.

No se engañaban, por supuesto, los recelosos. Mujer nacida con instintos de dominación y tiranía, criada en modo de que tales dañosos instintos, lejos de ser aplacados y sujetos, recibían pábulo y fomento de su cotidiana satisfacción y constante lisonja, es presa y juguete constante a su vez de un ansia insaciable, la de prevalecer y sobresalir dondequiera que está, la de apartarse de la corriente común de los usos locales, la de ser única y sola en hábitos y costumbres, sedentaria donde todos se agitan y mueven, bulliciosa donde todos callan, esquiva y misteriosa donde preside la franqueza, sociable, amena y mundana, donde el trato es solemne y ceremonioso y la comunicación de las gentes poca, fría y dificultosa.

Laura obedecía a esa necesidad de brillar, de diferenciarse de cuanto la rodeaba, de darse en pasto incesante a la conversación, de ser tema necesario de conjeturas, discursos y suposiciones. Y obedeciéndola, daba ocasión a su vanidad de satisfacerse con homenajes y adoraciones.

VII

Es gala que la dama de mundo no se excusa la de tener a su mandato y devoción un hombre, amistad sin más origen ni causa que la libre elección y que no solicita ni obtiene otra sanción ni licencia que las de la costumbre y el tiempo. Sea cual fuere la naturaleza y estrechez de esta amistad, es preciso que la opinión la tenga por criminal y no se hable nunca de ella sino con aire reticente y malicioso.

El predilecto de Laura en su círculo del Sardinero era un hombre de familia notoriamente mezclada en la política española, en cuyos azares y tormentas había ganado posición, caudal y concepto. Su nombre, Rodrigo; su apellido, Vivero.

Habíase, pues, criado en Madrid, excelente escuela, si no de corazones, de entendimientos; donde Palacio le había enseñado a disimular, las mujeres a no temer, los negocios a insistir, la política a no desmayar y el trato común y la cotidiana experiencia a esperarlo todo de sí mismo y poquísimo de los demás; a no ofenderse por desaires, ni curarse de desdenes; a no pagarse de promesas, ni abatirse por desengaños; a perseverar en suma, ciencia de la vida, sin desviarse, a pesar de los necesarios descansos del camino, de sus propósitos, ni perder de vista el blanco de su interés. Con lo cual y su buen ingenio

y modales, palabra cortés y culta, y más que regular presencia y suelto porte, juntaba sobrados medios para hacerse buen lugar donde quiera que se presentaba.

Laura y Vivero se conocían, como se conoce en Madrid todo el mundo; pero no se habían tratado, como sucede también en Madrid, donde personas de idéntica clase suelen frecuentar círculos distintos y entre sí completamente apartados. Mas apenas se vieron en Santander y hubieron estudiado el teatro de su casual encuentro, comprendieron que a entrambos convenía unirse y ligarse para ejercer en él la soberanía de la elegancia y de la moda. Acercábalos además recíprocamente esa inclinación ingénita que hace amigos a dos compatriotas lejos de su nación y a dos convecinos fuera de su pueblo.

Aquella unión, sin embargo, que parecía tan estrecha y cordial, y lo era, en efecto, para negocios y causas de mutuo interés, encubría una guerra sorda, discreta, disimulada, de altivez a altivez, de soberbia a soberbia, sobre que siendo ambos árbitros del buen gusto y soberanos de la opinión, cada cual quería a su vez tener al otro sumiso a su mayor poder y superior influjo.

Teníalos la gente por enamorados, y no se querían; imaginaban los curiosos que aquellos coloquios íntimos a vista del mar, de los cuales sólo percibían la elocuencia del gesto y la animada expresión del semblante, encerraban ardientes cláusulas, dulcísimos requiebros y apasionadas protestas de cariño, y en realidad de verdad los tales diálogos eran otros tantos episodios reñidos de la mortal pelea empeñada entre dos caracteres resueltos a no dejarse vencer, y en cuyo egoísmo su-

premo cada prenda soltada, cada concesión cariñosa había de ser precio de una ventaja ganada al egoísmo contrario, de un paso más hacia su definitivo vencimiento y conquista.

¡Cuán de veras se conocían entrambos adversarios! ¡Cómo se medían recíprocamente y adivinaban sus golpes! ¡Cómo los paraban y respondían! Tan iguales eran las armas y los bríos, la pericia y la destreza, que parecía imposible cosa presagiar el vencedor, estribando la suma táctica y cuidado de cada uno de los contendientes en mantener intactos su prestigio y buen concepto, sin descubrir flaqueza, ni mostrarse inferior en materia alguna y decaer en la opinión de su contrario.

Mas en el mecanismo social como en los mecanismos físicos, cuanto más delicado es un equilibrio, cuanto más perfecto un engranaje, basta una causa menor, imperceptible casi, a desbaratarlo o entorpecerlo, y la comunísima imagen del grano de arena que da ocasión a grandes ruinas y famosos desastres, pocas veces tiene aplicación más oportuna y cumplida que en casos de amores parecidos a los de Laura y Vivero. Digo amores, hablando desde el punto de vista del público ante el cual representaban ambos su comedia.

VIII

No se engañe el lector imaginando ahora que esta minuciosa exposición y retratos sean preludio de interesantes enredos y dramáticas intrigas. No soy autor de novelas ni hago otra cosa que detallar con menudencia, enojosa acaso, los modelos expuestos ante mis ojos.

Y sucede con la criatura humana y su estudio lo que con las estrellas del cielo: fíjanse los ojos en un punto del firmamento que parece desierto y oscuro, y a poco la insistencia del mirar va penetrando las sombras y descubriendo en su fondo una, dos, más y hasta infinitas luces de claridad diversa y destellos móviles o fijos. Pónese el espíritu a seguir las fases de un alma, a ver cómo obedece a sus afectos y pasiones, y la dirección que toma y el giro que da a sus actos menores, influída y guiada o arrastrada quizás por instintivos e invencibles movimientos, y ya no acierta a distraerse ni ocuparse en otra cosa mientras un azar no hace que el modelo se mueva y desaparezca, o el orden común de la vida no trae sucesos nuevos y nuevos personajes y los interpone entre el modelo y los ojos que lo estudiaban.

Aun después que el modelo ha desaparecido, quedan allí el paisaje y los lugares, su centro, decoración y fondo; tan empa-

pados a veces de la humana esencia, tan hondamente señalados por ella, tan *gastados,* si es lícito hablar de este modo, por lo que la prestaron y dieron, favoreciendo y no pocas veces originando sus obras y propósitos, que metida en su dibujo e iluminación, cree todavía la distraída mano trabajar en la iluminación y dibujo del ausente modelo.

Por eso no tienen término mis digresiones. Voy siguiendo la vida, ya hacia oriente, ya hacia ocaso, por estos parajes queridos, y la encuentro tan diseminada y esparcida, que salta mi espíritu siguiéndola de la piedra de la costa a la hoja del árbol, de la soledad a la fiesta popular, del público foro al hogar doméstico, del vivo al muerto, del extraño al amigo.

Yo sé que no te cansaría mi lectura, alma que acompañas a la mía, si ella pudiera animar a tus ojos, tales cuales los ve, esos átomos de vida, que siente y mira bullir afanosa, inquieta, desalada en todo cuanto ahora recorre, mira y procura pintar.

IX

La romería del Señor Apóstol Santiago, patrón de España y terror de los moros, la celebra Santander en sus alturas de Miranda, en el crucero de los caminos del Alta, de Miranda y del Sardinero, sobre una cima que tiene a Occidente la perspectiva de la ciudad situada en hondo, con sus casas esparcidas entre verdes copas y grupos de árboles que hermosean la vista y no permiten adivinar ciertas contingencias poco limpias, que a su sombra pasan.

Porque, ¡cosa rara!, la población advenediza y obrera que a Santander han traído el tráfico de su puerto y el desarrollo de sus industrias, hase apostado y establecido a boca de todas sus salidas, de manera que las cierra y apenas deja una por donde el pacífico y laborioso vecino salga a gozar de la hermosa campiña sin que su olfato fino, sus ojos y sus pudibundos oídos padezcan gravísimas ofensas. *Suburbios* de estos hay donde la traza del ajuar puesto al sol, las voces descompuestas, raez estilo del diálogo y desnudez completa de los rapaces, traen a la memoria rancherías y tribus de aquellas a quienes el lento progreso de los tiempos mantiene todavía inmediatas al antropomórfico origen que les atribuye la opinión de ilustres sabios.

Más allá de la ciudad asoma su calvo y singular vigía, Peña-Castillo, y luego cierran el horizonte las admirables cordilleras de Sejos y Peña-Sagra, coronándose con los picos sublimes que se llaman de Europa.

Por la parte opuesta descubre la romería de Santiago el horizonte marino, las playas del Sardinero y la ancha rada abierta desde Cabo Menor a Mouro; la costa de Langre y sus rocas y rompientes, y los peñascosos arenales de la Magdalena, Cerda y boca del puerto.

Ni el sitio lleva nombre que recuerde la antigua devoción española, ni hay en sus contornos santuario o memoria alguna que diga relación con ella, ni con el agradecimiento tradicional de nuestros mayores hacia su glorioso amparador y capitán en Clavijo.

Mas hubo un tabernero, cuya tienda y casa fué la que hoy se ve ruinosa y hendida entre los caminos del Alta y de la Concepción, mal guardada por un perrillo, y acompañada a veces de una cabra atada, que se encarama por sus piedras, lo que la soga consiente, a podar y morder las zarzas y los jaramagos que nacen en sus grietas. El cual tabernero, llamándose con el nombre del Santo Apóstol, y discurriendo modo de conciliar su respeto al patrono y los cuidados de su hacienda y comercio, halló el naturalísimo de establecer una romería donde los romeros, sino encontraban ara en que orar ni cepillo para sus ofrendas, encontraban mostrador y figón en que alegrar su espíritu, satisfacer su estómago y aliviarse del peso de los cuartos.

La romería de Santiago es romería de tarde.

Los bañistas, en su matutino tránsito por el crucero, ven a la sombra de los chopos los sitios tomados por los vendedores de distintas especies. Una mesa volcada, una silla caída, un cesto cubierto, una prenda de ropa, chal, falda y aun un par de zapatos, son padrón de dominio y posesión temporal que acreditan el derecho del primer ocupante al terreno donde hará muestra y escaparate de su mercancía.

A esa hora las guisanderas atizan sus carbones y menean dentro de sus sartenes con pies, la rojiza y sustanciosa pebre en que han de bañarse los manjares diversos que cuelgan de los troncos o yacen sobre la hierba, degollados pollos, destripados bonitos y desollados corderos; ya junto a la zaga del carro desyugado que llevó un par de panzudos odres de tinto catalán o riojano, se ha establecido un círculo estrecho de camaradas que inauguran las libaciones al Santo; porque es sabida cosa, aunque no explicada, que la sed madruga antes que el hambre, y que a nadie importa hacer que ésta aguarde si aquélla ha recibido ya gusto y satisfacción cumplida.

Y vense llegar por los caminos de la ciudad y del campo las fruteras aldeanas, y las pasteleras y reposteras urbanas con sendas cestas en la cabeza unas y otras, acompañadas las de la ciudad de uno o más chicos que traen el ajuar supletorio, cuál el banquillo, cuál la herrada, cuál la garapiñera y algunos el niño en brazos, liado en pintado pañuelo alcarreño, puesto su gorrillo blanco de ancha guarnición que flota al viento y orea el rostro del muchacho.

Cada cual se establece en su puesto, y se van dibujando a

lo largo de las carreteras por una y otra orilla las líneas desiguales de mesas, manteles, cristalería, bancos, sillas, cestas, carros, vendedores y marchantes de todas edades, sexos, trazas y pergeños.

Las poncheras despliegan su batería de vasos y botellas, mediados con algunos limones verdes, a que sirve de pedestal un vaso valenciano boca abajo; cubren los flancos de su quebradiza tropa con una bandeja de pasteles y otra de azucarillos, sobre los cuales, y además de una sábana de papel que los defiende, pasean su oriental mosqueador, penacho de recortes de imprenta atados al cabo de una varilla.

Camina el día, y poco después de mediado crece y comienza a menudear la concurrencia. Ya se acerca y toma asiento junto a una mesa algún marinero catalán melenudo y barbado, que asombra al mismo sol canicular con el traje de navegante polar que viste, como si viniera de las regiones árticas o se hallase en lo más glacial del enero; espesa camiseta de lana azul o roja, apretada y ceñida al cuerpo y brazos, encima de otra de algodón listado, pantalón de doble paño, botas de alta caña y cuádruples suelas, y para conservar la transpiración y defenderse de corrientes frías, ancho pañuelo de colores vivos añudado al cuello.

Otro sujeto extraño a la tierra y su raza ofrece a la romería la vecindad del concurrido puerto. Es el inglés; calzado tan de invierno y mar como el catalán, y punto menos abrigado de ropa; pero los perniles del pantalón de este otro campanean al compás del caminar encaramados a buena altura de los pies por dos tirantes, que nunca merecieron mejor su nombre, pues

tiran y ajustan y moldean la prenda que sostienen a las rotundidades carnosas del cuerpo, de manera que parece a punto de estallar y abrirse, y se abriría si no fuera su trama tan sólida y bien tejida como lo tiene acreditado la industria de aquella gran nación. Este hijo del Norte no es tétrico ni silencioso, habla, ríe, vocea, según va echando el descomunal compás de su paso y el dorado e hirsuto cabello le rebosa sobre la frente y orejas por bajo de una gorra chata, cuya afilada visera va puesta en alto, amenazando al cielo.

Después de larga estancia al borde de una y otra mesa de botillería, y de ahitarse el inglés de cerveza, cuando cobra el camino de su barco, no ya tan aplomado de cuerpo, ni tan risueño de ojos y decidor, la gorra ha ejecutado un movimiento de rotación cabal sobre la coronilla, y la visera va mirando a la espalda del inglés y protegiendo su rubicundo pestorejo.

No tarda en sobrevenir el tamborillo de la ciudad—¡dichosos días aquellos en que no constituía un solo y escueto músico la orquesta municipal, que eran dos los tañedores de caja y sopladores de pito con más un atabalero cuyos marciales redobles hacían estremecerse de impaciencia y de gusto las ágiles piernas de todas las zagalas santanderinas!—arrímase a la paz de un árbol, se enjuga el sudor, cuelga el tambor de la sangría izquierda, enhebra en el meñique del mismo lado el anillete de plata, que con una cadenilla asegura su instrumento, y comienza a soplar en éste y a dar con la baqueta a compás sobre el pergamino. Y preludia a su simpática y utilísima tarea de la tarde con un aire que no es de bailar, aunque sí de

oír, grave, melancólico, sentimental, en que el pito gime blandamente, suspira y parece requebrar a una invisible desdeñosa, lamentándose de su dureza. La baqueta le acompaña acariciando más bien que hiriendo la estirada piel. Parece la palabra más serena y viril de un amigo que hace suyas las penas del triste pito, le consuela y anima dialogando los dos apasionadamente buen trecho, hasta que suena de improviso un baquetazo formidable, como si ya el confidente cansado de tanta flaqueza y gemir de su amigo, le reprendiera soltando un taco y animándole a mayor resolución y señorío de sí mismo, y así continúan, sonando de concierto y unísonos e interrumpiendo de tiempo en tiempo el duro golpe de la baqueta, las flautiles y melodiosas quejas.

He ahí el verdadero *convite al baile*, más propiamente intitulado que el del famoso maestro alemán, que llamó así lo que propiamente es música bailable, y bailada cuanto Dios y las orquestas del Universo saben.

La romántica cántiga del tamborilero, con sus pausas y silencios y sus melancolías, y más eficazmente con los sonoros baquetazos que a intervalos desiguales retumban, llama de lejos y convoca buena porción de los primeros y más jóvenes romeros de ambos sexos. Y visto por el honrado artista que es llegada la hora y sazón de dar cumplimiento a su cometido oficial, suspende el preludio, muda de tono y compás y *tañe de baile*.

Inmediatamente se conciertan y colocan las parejas, y rompe el gran movimiento y animación de la romería. Porque a la misma hora y en parajes diversos, sobre el camino o dentro de

los prados, cuyo retoño tardará en brotar, recobrado de tanto menudo y recio pisar y zangoloteo, otras orquestas, cuál de gaita zamorana y pandero, cuál de violín y rústico sistro, o sean *hierros* por mal nombre, animan y acompañan a danzar a porciones diversas de la muchedumbre.

También bailan los señoritos; digamos *la aristocracia*, como se usaba decir entonces, sin cólera ni envidia; y tomo la frase de un honrado maestro de obra prima, conocidísimo en la ciudad, que contando su vida y ocupaciones y cómo en ratos de huelga se entregaba al divino arte de la música, añadía: «porque los domingos toco en los bailes de la aristocracia».

Pero los señoritos, en la romería de Santiago, como ni en las de San Juan, San Pedro, San Roque y otras, no bailan, es decir, no bailaban a cuerpo descubierto, como quien dice, y en plena campiña. Esta gratísima licencia era atributo especial de las romerías del Carmen en Revilla de Camargo, y de la Virgen de Agosto en el Astillero de Guarnizo.

He corregido el tiempo de mi verbo, mudándolo de presente a pretérito, porque esta pintoresca costumbre de los bailes campestres es una de las que el tiempo ha modificado de raíz en nuestros días, cuya mudanza puede servir de noticia y prueba de las mudanzas más hondas e importantes en la gente y población santanderinas, cuya exposición y crítica no son aquí pertinentes.

Hoy el baile campestre existe *por sí*, que diría un metafísico. No es ya efecto, sino causa. No es accidente, sino esencia.

Hablemos claro, dejando las olímpicas nebulosidades del filosofismo, y discurramos en pedestre estilo, el cual no puede menos de ser oportuno y conveniente tratándose de bailes, arte, ocupación o entretenimiento en que tan principal lugar desempeñan los pies.

El baile campestre, pues, en aquellos tiempos pasados, en cuya conmemoración me entretengo, era derivación y consecuencia inmediata de la romería. Suponíase, y a mi juicio con acierto, que la romería llamaría gente; la gente, conversación; la conversación, buen humor y regocijo, aparte de otras incidencias especiales que no son del caso; y que siendo la danza de antiquísimo origen el modo más completo, fácil y claro de expresar el júbilo interior del alma y la cabal sumisión y obediencia del cuerpo a las jubilosas instigaciones y sobresaltos de la emoción interna, convenía ofrecer cómoda ocasión y grata manera de manifestarse a tan naturales y sinceras expansiones del alma.

Y partiendo de tan razonable supuesto, buscábase por aquellas inmediaciones un huertecillo o heredad cerrada, por cuyo alquiler se satisfacía una módica cantidad a su propietario o rentero, y hecho *sorrapear* (1) un buen cuadro, se rodeaba de bancos de madera, que ni aun respaldo tenían. Allí venían seis u ocho músicos, de los cuales era el maestro antes mencio-

(1) *Sorrapear* llaman los hortelanos vizcaínos al hecho de limpiar una senda de jardín, por ejemplo, de la hierbecilla rala y desigual que la afea. Acaso dicho verbo, si no es vocablo vascuence, equivale al verbo castellano *zurrapear*, supuesto que haya semejante verbo en nuestra lengua con la significación de quitar *zurrapas*, que son las briznas o pelillos que se crían en la superficie de los mostos viejos.

nado; solía acompañarles una mujer con agua, azucarillos y el ajuar necesario para dar con ello de beber al sediento, y este era todo el aparato y lujo de nuestros bailes campestres.

A los pies de los músicos, y entre las carteras de sus papeles, no muy copiosos, pues variaban poco su repertorio, y se bailaba mucho mejor con música añeja que con música nueva, a la cual había oídos tardos en acostumbrarse; a los pies de los músicos, pues, se veía un haz de hachones de viento, los cuales tenían su papel en la fiesta, y éste era el de prolongar con su iluminación el baile poco más allá del vespertino crepúsculo, acompañando luego hasta la ciudad a los concurrentes, los cuales, seguidos o precedidos de la orquesta, en recogidos grupos y animados coloquios, se restituían a poblado.

Y no era lo menos delicioso e inolvidable del día esta marcha nocturna *aux flambeaux*, que diría un elegante contemporáneo, la cual terminaba y se disolvía en el muelle, cuando la romería era de las celebradas en las partes de Oriente o Norte, o sea dentro del primer cuadrante, y en la Alameda cuando veníamos de Occidente, Noroeste y Vendaval, o sea de los cuadrantes tercero y cuarto, no sin un postrero episodio de valses y contradanzas sobre los duros sillares o el polvoriento piso de uno de aquellos paseos.

Por supuesto, que no habiendo romería nadie soñaba en baile campestre; a lo sumo, si la romería se aguaba, percance no raro en nuestro clima, trasladábase el bailar a un día inmediato; pero éste ya fué principio de los refinamientos, tildes y galas que el natural progreso de las cosas humanas añadió al primitivo y patriarcal deleite.

De la más grave y transcendental de estas reformas quiero decir dos palabras, porque cambió la faz de la fiesta, mudando su tiempo, y trocándola en nocturna de diurna que era. Ya en la opinión comenzaba a decaer el prestigio de la marcha de antorchas, ignoro por qué causa, acaso porque el ánimo de las criaturas es veleidoso y sujeto a mudanzas, y a la generación nueva no le parecía bastante ni digno de ella lo que a la antecesora suya había servido de perfecta satisfacción e inefable goce. Comenzó, pues, a correr singularmente entre las niñas, y aprovechando la oportunidad de alguna de esas noches caniculares españolas en que claras estrellas, limpia luna y tibio ambiente convidan a permanecer al raso, un parecer atrevido, a saber: que era lastimosa interrupción la del baile, en el punto probablemente de su mayor alegría y entusiasmo, y que habiendo en el local iluminación más suficiente y señoril que la de los mefíticos hachones, no sería imposible impetrar y conseguir de mamás y señores licencia para dilatar la reunión dentro de la noche, algo más allá de los términos tradicionales y acostumbrados.

Dicho se está que idea nueva, predicada entre gente moza e inflamable y por labios tan sonrosados como elocuentes y tan elocuentes como vivamente interesados en la cuestión, había de cundir velocísimamente, tomar cuerpo y entrar, sin gran demora ni obstáculo, en vías de ser implantada, traduciéndose prácticamente en hechos y resultados tangibles.

Y un día que para teatro del baile se había tomado lugar en las tierras del caserío dicho de Azpiazu, el segado cuadrilátero de la pradera pareció a los asombrados y complacidos ojos de

las primeras niñas que llegaron, orlado de guirnaldas de verdura, pendientes de altas pértigas que sustentaban sendos faroles de cristal, provistos de sus correspondientes bujías.

La novedad triunfó sin resistencia de la tradición. Adoptóse en alas del entusiasmo causado por el universal aplauso que la recibía, y ya no hubo baile sin faroles y ramaje, ni que dejase de durar noche adelante más de lo que agradara y conviniese a la porción sedentaria y *quietista* de la concurrencia temerosa del rocío y el relente.

Conocióse aquel memorable baile por el *de los rabos de zorro*. Así lo apellidaron descontentos y mordaces, motejando lo que no habían podido contradecir ni estorbar por haber sido establecido sin previa discusión ni estériles consultas. ¡Oh si de igual manera se pusieran por obra otras mudanzas más graves y de mayor beneficio a la pro común!

Esa lozana y airosa planta que nuestros montañeses llaman *rabo de zorro,* y castellanos y andaluces *cola de caballo,* naturalísima diferencia, puesto que el pueblo cuando denomina o define lo hace siempre por comparación con objetos cuya frecuente vista se los pone fácilmente en memoria, y a que sin apartarse mucho del popular vocablo, apellida el latín de los botánicos *equisetácea,* planta gallarda, vistosísima, que tiene el tallo de la palmera, la hoja del pino, el verde tierno y húmedo del sauce, y crece olvidada y suelta y pródiga de sí misma en nuestros cauces y sombrías arroyadas, era elemento fundamental de la rústica decoración, compañera del novel alumbrado.

Su forma empenachada y elegante ayudaba al éxito tanto como lo atrevido y desusado de la elección.

Era entonces privilegio, no discutido de yedras y laureles, el de vestir arcos y altares, asistir a triunfos y fiestas, trayendo tributo del bosque y la montaña a los homenajes a Dios, a los victoriosos, a las fiestas populares y urbanos regocijos. ¿Quién hubiera dicho poco más tarde al selvático helecho que vendría a embellecer salones, y al odiado *pan de culebra,* respetado por el dalle, que oiría los amorosos discreteos de un sarao? Pero ¡cuándo agotará el hombre el caudal puesto a su goce y uso por la creación, y cuándo dejará de hallar nuevo empleo o desconocido deleite en aquello que, por vulgar y usado, menospreciaba!

De los audaces reformistas e innovadores del baile de los rabos de zorro han muerto algunos. ¿Cómo van a sonar estos ecos juveniles en los oídos de los que sobreviven?

¿Van a distraer de sus útiles y benéficos ocios al diplomático apartado en hora temprana de los azarosos trances de su carrera; al político envuelto en los revueltos mares de los partidos y sus tormentas, y lo que sería más grave, al sacerdote entregado a la pacífica salmodia y obligaciones de su sagrado ministerio?

¡Ah, no! La voz de los humanos afectos no distrae de las místicas elevaciones del espíritu; las memorias de la vida no son importunas en el corazón dedicado a mediar entre los hombres y el cielo; los recuerdos de lo pasado, como viento que

mueven al correr los días, azota blandamente la llama de la caridad escondida en el pecho, y la anima y la enardece.

¿Qué acento suena en las inmortales querellas del rey profeta y penitente, qué numen vibra en sus atormentadas elegías, grito de los humanos dolores que en nombre y lugar de la humana gente repiten cada día al cielo sus espirituales padres y maestros? ¿Qué dice aquel arrepentido, cuya palabra arrancada por el dolor a lo más hondo de sus entrañas será perpetuo ¡ay! de los pechos contritos y lacerados por la propia culpa? ¿Qué hace cuando dice a su Dios y Señor: «contra ti solo pequé; obré mal en presencia tuya, para testimonio de tus palabras y triunfo de tu justicia, pues amas la verdad y me revelaste los secretos y recónditos misterios de tu sabiduría?» ¿Qué hace sino responder al eco real y doloroso de su vida, y llorar como hombre lo que como hombre obraba? ¿Y qué enseña a quien de sus ardientes quejas hace cotidiana oración al cielo, sino compasión y amor del prójimo?

Como viene la esencia del alma a voz de los labios, así de los labios pasa al alma la esencia de las ajenas palabras que los labios repiten y modulan, y las sagradas preces dejan su flor de caridad celeste en los pechos que en ellas gastan sus constantes alientos. ¿Y cómo había de interrumpir las sonoras cláusulas del devoto rezo la voz de un recuerdo, ni más aguda que la del aura que azota las ramas del jardín claustral, ni menos inocente que el pío de las golondrinas que aletean en las altas vidrieras del coro?

Volvamos, que es hora, al filo de la narración, y al cuerpo de nuestro asunto.

¡Cuán diversos los bailes campestres de ahora, de aquellos que a la ligera diseño! ¡Qué poco se parecen al jardín moderno, sus catalpas y magnolias, sus rododendros, laureles y castaños de Indias; al huerto antiguo y sus llanas higueras y sus frutales crucificados en la pared o el espaldar de cañas! Ya no llegan allí las muchachas encendido el rostro por la agitación del paseo, señalado el blanco vestido o el negro calzado por el polvo del camino o el verdín de la pradera, que vienen derechamente del tocador de su casa y hallan aquí otro tocador donde aliñarse todavía y darse el último toque a su afeite antes de presentarse en el salón. Ni se sientan en rústica tabla de pino al amor del sol poniente y de las primeras estrellas, que tienen pintados bancos protegidos del sereno de la noche por listadas telas, y del impensado chubasco por impermeables toldos. Ni se alumbran con la roja y fétida llama de la brea, que les presta su luz el gas, ya encerrado en bombas de cristal, ya salpicado en estrellas, ramajes y otras variadas armaduras. Ni beben de pie un vaso de agua con azucarillo, que tienen a mano una airosa galería de hierro vestida de trepadoras, bajo la cual pueden a su gusto escoger lo que más halague su apetito del momento, en el ordinario surtido de un café bien acreditado y provisto.

En cambio, no es la concurrencia, como era entonces, un solo grupo, casi una familia, que se subdividía en tertulias menores, bandos, y aun castas. Hay *desconocidos*, cosa inusitada en tiempos anteriores; se habla en voz baja, y no se entablan

diálogos, se dan quejas ni se hacen preguntas de una a otra banda del salón. También hay horas, esto es, que no como se hacía, llegan las gentes a la par, y a la par se retiran; unos van hoy temprano por coger mejor lugar, otros van tarde por no ir al mismo tiempo que los madrugadores, y lo mismo que hay gentes que se estacionan y quedan lo que duran la iluminación y la música, las hay que llegan, asoman, se dejan ver, circulan, apenas se sientan y desaparecen.

X

En la romería de Santiago, el lugar de los bailes de la aristocracia, como dijimos copiando al zapatero, era la huerta de Mazarrasa.

Allí entraron Laura y Vivero después de su paseo por la romería, siendo parte de una comitiva animadísima de gente forastera. Colocáronse en uno de los ángulos del cuadro, el más apartado de la orquesta, porque «a la verdad, solía decir Laura, todo es delicioso en estos bailes campestres excepto la música, que destroza el tímpano. ¿No habría medio de suprimirla?» Y por cierto que era chiste muy aplaudido y que repetían con escasa sobriedad el tropel de cortesanos que a toda soberana cerca y que ayunaría de ingenio si no se nutriera de los escamochos y relieves del ingenio de su señora.

No hay que decir si traje, modos y gestos de Laura fueron deletreados y recorridos por ojos y labios de la concurrencia. Ella, por su parte, apenas paró atención en la gente, saludó aquí y allá con inimitable gracia, sentóse, acomodó la falda y el abrigo, y prosiguió en su eterno papel de fingir que se bastaba a sí misma. Otro tanto hizo Vivero, supuestas siempre las diferencias que la diferencia de sexo imprime a todos los actos humanos. Lo que en Laura era coquetería, era en Ro-

drigo varonil desembarazo; lo que en ella tibieza, en él serenidad; lo que en la mujer femenina gracia, en el hombre aplomo y hábitos de mundo.

Aparecía entonces en nuestras fiestas, solemnizando la crisis mayor de su vida, su tránsito de niña a mujer, una señorita, en quien eran prendas de menor cuantía su buena sangre antigua en la tierra y las cumplidas gracias juveniles de su rostro. Tenían sus grandes ojos esa luz que en una mirada trueca alma por alma, su tez esa transparencia suave que la convierte en clarísimo espejo donde se refleja cada palabra oída, y su voz un sonido entrañable y hondo que daba subido valor a cada vocablo. Voluntaria o involuntariamente nunca se pierde una frase de esas voces singulares que parecen salir de misteriosos senos, aun la más tibia y ligeramente pronunciada entre los vivos rumores de la naturaleza o de la sociedad.

Modesta y pura, poco amiga de brillar, por más que no fuera esquiva al común sentimiento que inspiraba, atraía a los hombres con inexplicable hechizo; venía a la sociedad con fama de claro entendimiento y sensibilidad exquisita, y era voz común entre poetas y gente entusiasta, que su influjo en la vida del hombre que amase había de ser irrevocable, decidido y absoluto.

Ignoro si la profecía se ha cumplido.

Genoveva, que así se llamaba, llegó con su familia y amigas después que Laura. Traía un vestido de tela ligera y color

de rosa, cubierta la cabeza con un tul blanco, y atada al cuello un terciopelo angosto, del que pendía una joya sencillísima. Tan ocupados estaban los bancos, que no se columbraba lugar para las recién venidas. Algunos mancebos diligentes lograron hallárselo, sin embargo, y fué tan inmediato al grupo forastero, que Vivero hubo de levantarse, quedando en pie, para ceder su asiento a Genoveva. Y siendo uno de los muchachos que acomodaban a la gente conocido del madrileño, creyó que no podía agradecer mejor la cortesía de éste, que presentándolo a la linda provinciana.

A los expertos ojos de Vivero no se escondió un momento que Genoveva había de ser la reina de la tarde, como se usaba decir entonces; y a los expertísimos de Laura era claro como el día que la vanidad masculina no se excusa jamás la lisonja de mostrarse en la viva luz de un astro nuevo, y singularmente la de aparentar y hacer creer que su influjo aviva el centelleo y fulgores del dicho astro. Visto lo que Genoveva valía y que entre los hombres que la rodeaban no había preferido, Laura pensó que Vivero iba a emplear sus artes y maestría en ocupar y entretener a vista de todos la imaginación novicia de Genoveva. Es de tabla, hablando con locución trivial, que hombres como Vivero acudan allí donde están a la mujer que más vale, así como mujeres de la naturaleza y condición de Laura porfían hábil y taimadamente en traer a sí y robar a las demás el hombre que es entre ellas de mayor prestigio.

No le dolían a Laura veleidades de Vivero: ¡qué firmeza había de exigir quien nunca presumió de firme! Y menos sabiendo la serenidad de corazón e inalterable posesión de sí

mísmo que al político acompañaban. Pero si no ternura que padeciese, tenía aquella mujer soberbia que se irritase, y a los sensibles oídos de su soberbia comenzaron a sonar, aun antes de ser pronunciadas, las palabras que más en lo vivo podían herirla, los comentos de las demás mujeres, la satisfacción de no escasas envidias al ver su abandono y la nueva preferencia de Vivero, y las miradas que la acosarían, y los murmullos y sonrisas, y la implacable curiosidad que sin punto de tregua iba a emplearse exclusivamente en expiar sus menores actos y movimientos.

No acepta el más rigoroso asceta las pruebas que Dios le envió y por Dios sufre con semblante más igual y sereno, que aceptó Laura aquella mortificación horrible de su amor propio. Pero en el alma del asceta responden la serenidad y mansedumbre interiores al gesto humilde y beatífico del rostro, mientras en la mujer ofendida, y en lo más escondido de su corazón, se revolvían y enroscaban todas las víboras de la pasión colérica y rencorosa.

Yo no sé si Laura había leído al gran maestro y fraile mercenario Tirso de Molina; pero era demasiado altiva y glacial para profesar la doctrina que el dramático pone en boca de una de sus damas, a quien dan martelos las mudanzas y ligerezas de un hombre:

Dime, ¿con quién le darás
celos, amargos venenos?
—Con hombre que valga menos
para que lo sienta más.

Aceptada, pues, la prueba, y decidida a no tomar desquite por vulgar y pobre de calidad igual a la del agravio, hizo el íntimo y absoluto propósito de castigar al ofensor imponiendo a su amor propio, grande como suele serlo en hombres de su temple, la humillación mayor y en la ocasión primera que le viniese a mano. Y ahogada la ira con este imaginario consuelo de su venganza, que ya creía realizado, hízose de mieles con Genoveva, encareció su hermosura, ponderó su elegancia y los menores detalles de su persona y traje, y dió cabo a sus arterías con un argumento eficacísimo, el de que no era una ciudad de provincia esfera digna para tantas gracias, que sólo serían pagadas cuanto merecían y estimadas en su punto, en una grande y culta capital.

Los cuentos que de Laura corrían, prevenían el ánimo inocente de Genoveva contra las seducciones de sus labios, y cerraban el camino de tan tierno corazón a la simpatía harto fácil de nacer y dominar en él.

Contentóse, pues, con ruborizarse, sonreir, bajar los ojos, dar las gracias y tomar el brazo de Vivero para un rigodón, cuyas parejas se colocaban en sus puestos obedientes al breve preludio de la orquesta. Vivero leía, sin perder ripio, el drama íntimo de que era causa; pero no hay fiera tan sañuda como el hombre cuando satisface su vanidad propia, y no sintió compasión alguna de Laura, ni remordimiento de su obra.

Suele ser misterioso castigo de ciertos pecados, el desengaño traído por manos inocentes, el trago de hiel servído en purísimo cristal a quien juzga que todas las dulzuras de la vida

eran pocas para regalo de su paladar, y las buscó sin pararse en que fuesen o no lícitas y suyas.

El rigodón es la piedra de toque del talento de conversar. Por eso lo detestan los adolescentes.

Hay que atender a la vez a la música y al diálogo y no parecer tan escaso o tan flojo de atención que una cosa distraiga de la otra. Los tránsitos del movimiento al reposo, y viceversa, no han de romper la conversación, ni alterar su tono, ni distraer de su objeto; antes bien, deben ser hábilmente aprovechados para los pliegues y ondulaciones del discurso, para su colorido y cadencias. Tal frase está en su verdadero sitio al tender la mano a la dama; tal otra al entregarla en poder del galán frontero; ahora conviene un período largo, ahora un vocablo suelto; ya es oportuno gracejar, ya plañir. Elévase la voz en los descansos, bájase cuando el rumor y el cuidado de las figuras favorecen los conceptos atrevidos dichos a medios alientos y con recíproco rubor de la pareja.

Siempre es dificilísima cosa hablar; pero hablar durante un rigodón es más difícil que en ninguna otra ocasión de la vida.

Díganlo cuantos han bailado y bailan.

Ese don, no de la palabra, sino del diálogo, es don más raro que el del entendimiento. Entendimiento supone desde luego; pero además del entendimiento exige otras prendas, imaginación, por ejemplo; cierta memoria después, y sobre todo la más puntual y cumplida cortesía.

Porque la excelencia del conversador, del dialogante, del

causeur de los franceses, que no se parece a su análogo español más de lo que se parecen la índole y modos de ambas lenguas y ambas razas, que es poquísimo para el caso, y si tradujésemos literalmente un *causeur*, esto es, sus chistes y ocurrencias al castellano, nos parecería a veces un bufón insípido y chocarrero, y a lo sumo y más favorable le titularíamos *decidor*, decidor de cosas amenas, originales, graciosas, pero nada más (1); la excelencia, pues, del conversador o del hombre que tiene buena conversación, como decimos, y es lástima no poseer otra frase que mejor lo diga, está en no cortar el paso a aquel con quien habla, sino por lo contrario, redondear su argumento y frase respectivos de tal manera, que con ella encajen y se avengan y se añuden natural y facilísimamente el argumento y la frase de su interlocutor.

Claro es, que a su cortesía ha de ayudar la mayor templanza y moderación de ánimo, porque el diálogo para ser sostenido excluye todo afecto excesivo y movimiento apasionado, y esa templaza han de conservarla ambos sujetos sin que a ninguno de ellos ocurra motivo de romper su equilibrio y armonía, y por eso el conversador ha de pasar de largo con tacto exquisito en aquellas materias delicadas de suyo y espinosas, sin que le repugne retroceder cuando se mire llevado, por distracción o entusiasmo, más lejos de donde conviniese a la medida que marcan, o la prudencia, o el respeto, o la misma cortesía.

---

(1) Los italianos le llamarían *secatore*, maravillosa palabra como todas las de aquella lengua maestra.

El arte de bien hablar supone, pues, otro no menos difícil y raro, a saber, el arte de bien oir.

Aseguran muchos que el arte de la conversación con mujeres se reduce a dos puntos únicos y exclusivos, la ponderación de su belleza y la ponderación de sus adornos; el rostro en la una, el talle en la otra, las joyas en ésta, las telas en esta otra, el peinado, los dijes, los encajes. Lo cual a ser cierto haría dificultosísimo o imposible para el número mayor de los varones el diálogo entre uno y otro sexo, pues necesitaría el hombre hablar a ciegas y con riesgo de desatinar, o había de ser entendido en materias a cuyo estudio no le llevan ciertamente sus hábitos, gustos y profesiones.

El requiebro y la lisonja los solicita la mujer discreta más de los ojos que de los labios del hombre. Agrádele en buen hora oirse llamar hermosa: dicha ya la dulcísima palabra, ¿qué queda sino repetirla hasta la saciedad y la monotonía? A oirlo, sin embargo, a mirar el prestigio, el influjo, el encanto que el vocablo supone compendiado en sus pocas letras, prefiere escucharlo, verlo, sentirlo derramado y esparcido en cada una de las frases, en los asuntos de ellas, en el gesto y las facciones del hombre, cuyo pensamiento discurre, cuyo corazón siente, cuyos labios se mueven obedientes todos a una causa única y común: su belleza.

La mujer no se engaña jamás, y el más dulce arrullo para su corazón agradecido, la seducción más poderosa sobre su alma ligera, impresionable y viva, es verse espontáneo objeto de

esa adoración activa que la palabra y la acción varoniles significan.

No la llaméis, por lo tanto, hermosa; probadla que os lo parece, adivinando las esferas en que su imaginación vaga, halagando su corazón, sintiendo como ella siente, ofreciendo ocasión a su discurso, campo y color a sus indecisas imaginaciones, autoridad a sus tímidos pensamientos, confianza a su pecho agitado y balbuciente.

Dejadla entender que a placer suyo puede inflamar vuestro espíritu, y hacer vibrar las hondas fibras de vuestro ser; que por ella y para ella sois discreto, sublime, apasionado, chistoso según la hora, el tiempo, el lugar, la ocasión, y no habrá epíteto por dulcísimo y sonoro que a sus oídos mejor parezca; que al cabo, si es inocente y modesta, al oir súbitamente el inesperado mote, habría de sentir sorprendido su corazón y enrojecidas sus mejillas, mientras la dulce música del graduado y misterioso drama de que ella es numen, argumento, poesía y auditorio, va suavemente penetrando su sér sin violencia ni sorpresa, ocupando los centros más recónditos de su alma, y enseñoreándose insensiblemente de ella.

Esta doctrina, era doctrina de Vivero. Solía predicarla a los muchachos en quienes adivinaba instinto para comprenderla, y delicadeza para practicarla; y no podía desdeñar la ocasión que para ella le ofrecía Genoveva. Mediado el rigodón, pareció evidente a todos que la conversación de Rodrigo entretenía y encantaba a su pareja, y si hacía falta prueba que lo

confirmase, se presentó pronto; Genoveva se distrajo, y equivocó una figura.

Anochecía cuando se retiró Laura; acompañóla según costumbre Vivero. Entretuvieron apaciblemente el camino con su íntimo y continuado tiroteo de agudezas y galanterías. Nada le pesaba a él sobre el alma que entorpeciese el natural vuelo de su ingenio; ella resuelta al desquite, gozaba de completa libertad de espíritu para chancear y reir.

XI

Hay días en nuestra costa en que amanece el cielo tan triste que no parece cielo.

El cielo ha de ser algo tan luminoso y claro, tan risueño y transparente, tan sublime y tranquilo, que en él hallen descanso los ojos y el alma, y consuelo y esperanza, y cierto encanto que los suspenda y embelese, de manera que la mirada del hombre, sea cuanta fuere su edad, haya cuanto haya fatigádose y reñido en las obras penosas y difíciles de la vida, ha de tener, cuando en los cielos se clave y fije, aquel color y aquella luz inefables que tienen los ojos del niño pequeñuelo, cuando fijos en los de su madre, entretenido por la divina voz de sus labios y su gesto, y embebecido en aquella narración informe sin asunto, sin palabras y sin término, como si no le bastase para oir bien y oirla toda, tener abiertos los ojos y los oídos, abre la fresca y jugosa boca para beber con ella el vivífico aliento de la incomparable relación materna, abre los brazos para estrechar en ellos las imágenes maravillosas que cree ver surgir del cuento, abre las manecitas para asirse a lo ideal y fantástico de que se nutre la vacilante vida de su cerebro, y deja caer de entre sus rollizos y desatinados dedos el juguete o la golosina que hiciera poco antes objeto de frenéticas ansias y sollozos, suspiros y lágrimas.

Pues cuando el cielo no tiene esa luz, esa diafanidad, esa pureza, ese fondo sin límite, que llama a sí la ascensión incesante de las almas, parece que las almas dejan de volar o vuelan a flor de tierra; lo contrario hacen las golondrinas, a las cuales el cielo tormentoso remonta a sus nebulosas alturas, mientras el día claro las ve correr no más altas que las humanas viviendas, donde ellas edificaron la suya propia.

Y cuando el alma no *sube*, tampoco suben los ojos, que al cabo, si en lo alto no han de hallar respuesta a las anhelosas interrogaciones de su curiosidad, ni otro más grato celaje que el ceño desconfiado y esquivo de las mortales incertidumbres y desvíos terrenos, no hay para qué luchar contra esa triste y poderosa fuerza que a todo cuanto es hijo de la tierra atrae y llama al seno de su triste madre.

Gran desventaja le hacía a Vivero el no saber nadar, exponiéndole a desairado papel y mortificaciones de su vanidad en semejante lugar, donde chicos, en quienes no apuntaba el bozo, se entraban intrépidamente agua adentro, dejándose a buena distancia de la orilla mecer por las olas y acariciar por las veleidades de la marejada.

Por eso conjuraba hábilmente y con suma diligencia el peligro, evitando sus ocasiones, y jamás convenía su hora de baño con la de la presencia de Laura en la playa.

A la que no faltaba jamás era a la del viaje de Laura desde Santander al Sardinero.

Uno de tales días, oscuro y triste, llegaba el ómnibus que los llevaba al alto de Miranda, desde el cual, y pasada la ermita de los Mártires (o el lugar donde se levanta), era tradi-

cional costumbre tender la vista a la costa y alta mar para predecir los accidentes y mínimos detalles del baño.

Miraron, pues, al mar los pasajeros y vieron que al aspecto del cielo respondía acorde y conforme el aspecto del agua. Una ancha y quebrada faja de amarillenta espuma flotaba mar afuera desde la punta de Cabo Menor, testimonio y reliquia de la reñida pelea que durante la noche había tenido el mar contra el impasible escollo; espumas turbias también y manchadas cubrían la transparencia de las aguas en el corvo recodo del Sardinero, mientras a lo largo de la costa veíanse saltar las olas sobre los peñascos, emblanqueciendo sus oscuras quiebras y muñones y escupiéndoles el vapor de su cólera allá adonde no podían llegar con las heridas de su azote.

—Hoy no hay baño—dijo uno de los viajeros.

—¿Cómo no?—repuso Laura.

—Hay mucha mar—continuó el que había hablado—; la resaca será fuerte, y quien no haya de tomar baño *de pie* y de arena, se ahorrará el gasto y el trabajo de desnudarse.

—¿Tanto es el peligro?—preguntó Laura, y con atención fija clavó los ojos en el mar. A poco habló de nuevo diciendo:

—Con días más malos se han bañado ustedes. A mí no me parecen tan grandes las olas.

—Ya verá usted en llegando abajo—dijo con calma otro de los presentes.

Efectivamente, cuando andando con buen aire el último zigzag cuesta abajo del camino llegaron al Sardinero, eran amenazadores el estruendo, el aparato e incesante hervidero de las olas.

Los viajeros de la expedición precedente estaban agrupados bajo la tienda esperando la hora de regresar a la ciudad sin haber tenido ánimo para bañarse. Con ellos y los que llegaban y otras varias gentes que allí venían a pie y a caballo, se hizo tertulia, cuyo centro, según indispensable uso, fué Laura.

—¡Cuánto siento no saber nadar!—decía—. De cierto que a mí no me arredrarían las olas. Es verdad que yo nunca he sentido tentación de hacer sino aquello a que se atreven pocas personas o nadie. Acaso habla por mis labios la ignorancia que es audaz; ¿pero tan cierto y grande es el peligro que nadie, nadie se atreva con él?

Y diciendo esto corría sus ojos sobre las calladas frentes de los muchachos que la rodeaban.

El son del mar, acompañando sus palabras, ahogaba con su ronco y fúnebre lamento la música seductora de la sirena.

Trabábase el combate entre los egoístas artificios femeninos y el poder tremendo e incontrastable de la naturaleza.

A más de un oyente entusiasta y mancebo le daba golpes el corazón empujándole a arrojar su vida llena de esperanzas en aquel torbellino de espumas que la hubiera ahogado sin devolverla, como anegaba y escupía después sobre la playa los despojos y ramajes de plantas marinas arrancadas a las rocas de sus abismos.

La sirena continuó:

—El peligro habla recio a los hombres hechos, lo cual se explica por su experiencia: se han visto cuerpo a cuerpo con él, los ha maltratado y vencido quizás y saben poner en su

punto las probabilidades de la victoria y el mérito del triunfo. No se exponen sino por algo que a sus ojos valga mucho. Pero a los años de algunos de ustedes no se comprende que el riesgo detenga; al contrario, parecía que debiera servir de estímulo al natural valor y al amor propio. ¡Ustedes que son todos tan buenos nadadores!

Vivero, que había sentido el dardo disparado contra él a compás de tan dulces acentos, sonrisas y miradas, se cansó de callar. Encendióle en cólera contra su habitual templanza el intento evidente de Laura de saciar su despecho, no tanto en él como en la porción más débil, inofensiva e inexperta de su auditorio. Porque veía el cruel efecto de sus palabras en aquellos pobres corazones flagelados sin compasión. Unos, vencidos y confusos, desertaban; otros, más vergonzosos, sentían inundárseles de tristeza el corazón, impotente contra la física flaqueza y la certidumbre de morir; otros en voz baja se daban quejas entre sí, y el prestigio de Laura amagaba quebrantarse y descaecer.

Vivero, con resolución, aceptó el desafío en el terreno adonde su temible contrario le llamaba. Iba a terciar con sus poderosas armas, cuando Laura continuó:

—Yo bien veo en qué consiste tanta prudencia. Es que no hay aquí mujer que valga un susto. Ninguna de nosotras merece que un caballero de los presentes pase un mal rato en las olas. Pues creo que estamos demás aquí; el día está desapacible, y si no ha de haber quien entre al agua, soy de parecer que podemos marcharnos.

—Sí habrá quien entre al agua—contestó Vivero levantán-

dose—, porque nunca faltó en España quien jugase su vida al azar de un capricho femenino.

—Eso era—repuso Laura—cuando la vida les importaba menos que ahora a los galanes españoles.

—Sin embargo—dijo Vivero—, sabían escoger la ocasión, y sin desconocer los fueros de la mujer, castigaban su abuso.

—¿Castigar? ¡Qué palabra!—dijo la coqueta.

—Castigar, señora—repuso ya serio Vivero—; castigos corteses, pero no menos rigurosos y elocuentes por lo discreto y atildado de su forma y aplicación.

—¡Locura!

—¿Quiere usted un caso?

—Oígamos.

—Pues va de cuento, que viene a punto, y el ejemplo es de molde.

Vivero, a fuer de hombre práctico a quien no distraían presunciones de retórico ni literato, se apropiaba la forma externa de cuanto oía y leía, y al repetirlo lo hacía en el propio estilo y con aquel colorido especial con que hiriera sus sentidos. Bastábale ser personalísimo en obras y sellar de indeleble manera cuanto hacía; del decir se cuidaba poco; pareciese suyo o ajeno, con tal que llegara siempre en sazón útil y no fuera tiempo perdido, dábalo por bueno y superior a cualesquiera primores literarios si habían de ser ociosos y empleados en vano.

Habló, pues, como sigue. A unos les pareció su voz eco vivo

de pasados siglos, a otros hueco acento que repetía sin conciencia lo que le habían enseñado.

«Cuando había reyes en Castilla y posaba la Corte en Segovia, era regia costumbre dar albergue a fieras y animales raros en las dependencias del Alcázar. Y uno de los festejos más usados de aquellos días consistía en hacer alarde de tan feroces huéspedes, soltándolos en un patio a vista de cortesanos y gente menuda, o ya para que luchasen entre sí, o ya para que luciesen no más su inusitada gallardía y selvática apariencia. Recién llegado un león de Numidia, famoso por su corpulencia y espantosa catadura, quiso el rey mostrarlo a su pueblo y a sus cortesanos, y lo hizo soltar en uno de los patios del Alcázar, atajado a este fin con andamios y barreras y donde se permitió entrar a cuanta gente cupo. Asistían al espectáculo las damas y caballeros principales del reino, quiénes en una parte, quiénes en otra, según su clase y el lugar que en la Corte tenían.

»Había entre aquellas damas una nombrada, tanto por su belleza incomparable como por sus veleidades amorosas, que más de una vez habían dado ocasión a duelos entre galanes enemigos y derramamiento de sangre. Apoyada sobre el barandaje de un balcón, lucía el donaire de su cuerpo y la gallardía del busto, plegándose como flexible caña al viento suave de las lisonjas con que ojos y labios la acariciaban, y recogiendo al desgaire con la mirada y el oído cuantos homenajes de cerca ó de lejos venían a arrullarla, sin equivocar o perder uno solo. Coqueteaba a favor de un guante que traían a mal traer sus manos, plegándole, sacudiéndole, estirándole o haciendo ade-

mán indolente de quererlo calzar, cuando abierta la puerta de su cuadra y acogido por el silencio de los asombrados espectadores, se presentó en el coso el bárbaro numida.

»Paseóle todo la fiera, tendiendo gravemente la garra, derramando los encendidos ojos sobre el concurso, trémula la melena, batiente la cola, tan poderoso y fuerte, tan grande y noble, que vencida y callada la soberbia humana, parecía verdadero rey de aquellos lugares, dueño del Alcázar y señor de cuantos le miraban.

»—¡Ay! — dijo la coqueta; y fuese de espanto o de intento, dejó caer el guante al paso del león.—¡Quién me lo recogerá!— añadió como si no quisiera decirlo, y mirando a la caída prenda con tanto afán como si valiera un mundo.

»No estaba lejos un caballero, tan rendido como desdeñado amante de la dama, el cual, armado de fiesta y vestido de ceremonia como estaba, tomó la escalera y tardó poco en parecer en la arena. Un clamor de espanto cundió en los aires; el león y el caballero se miraron, a fuer de valientes que se estiman y respetan; estúvose quedo el león contemplando la acción del caballero, el cual, sin apariencia de temor ni duda, fuese al guante, lo recogió, y sacudiéndole del polvo, tornó a cobrar la escalera, tan impasible y grave como había venido.

»Al clamor de espanto sucedió un gritar frenético de entusiasmo, y entre los aplausos y vítores del pueblo llegó el caballero con su trofeo cerca de la dama.—«No se dirá, señora, que faltó en Castilla caballero para servir a dama como vos en cualquier punto y exigencia de su voluntad; mas tampoco ha de decirse que dejó Castilla sin castigo a dama que por

livianos antojos puso a peligros sin gloria ni generoso fruto la vida de sus caballeros»; y antes de entregárselo azotó con el guante la enrojecida mejilla de la dama.»

—He aquí el cuento — prosiguió mudando de voz Vivero—; voy por el guante. Y sin aguardar contestación bajóse al arenal y entró en uno de los cuartos de vestir de la galería.

Todos los muchachos le acompañaron. Laura, triunfante, parecía más hermosa que nunca; sus compañeras, así que hubo callado, se apoderaron de la conversación, unas halagando a la vencedora, otras defendiendo la razón de los hombres, disimulando todas su verdadero pensamiento, y desquitándose en breves instantes del silencio que les había impuesto el superior espíritu y genio dominador de Laura. Tampoco faltaban quienes esperasen con afán el desenlace de los sucesos y su concordancia posible con el extraño cuento del narrador. ¿Era éste amenaza, consejo o novela?

No tardó en aparecer sobre la arena Vivero vestido de baño. Varios prácticos en la mar y gente sesuda quisieron convencerle de lo temerario e inútil de su intento; pero Vivero, sobre el empeño en que se había puesto, tenía para perseverar la razón de su ignorancia. Sucedíale como a todo el que sabe a medias, que carece del sentido y conocimiento de la exacta proporción de los menores detalles en aquello que casi ignora. Veía peligro de muerte donde era sueño el peligro, y lo desconocía absolutamante donde era caso real, inminente e incontrastable.

Tremendo estaba el mar.

Pocas veces en estío brama con tanta furia ni con tan desesperado estrépito se revuelca dentro del apretado cinto de nuestras costas.

En los días temerosos y siniestros del equinoccio es cuando a semejanza de león acosado por su cuartana se estremece convulso, ruge, salta, tiende su formidable garra a cebarla en el suelo, a embotarla en la piedra, cuando no tiene presa de donde asir. Entonces hiere, mata y devora; entonces a su ronca voz responde en tierra la voz doliente de las ansias humanas, clamor desconsolado, el clamor de la humanidad afligida, sollozos, lágrimas y oraciones. Entonces desde las lejanías del horizonte vienen las olas creciendo y ondeando alterosas y soberbias, cogiendo en su vasta curva el seno de la playa y la costa desde Cabo Menor hasta la peña de Cantabria, desgarrándose en las rocas que salen a su encuentro, rehaciéndose luego para llegar a la orilla, donde se desploman y revientan con sonoras vibraciones de metal herido.

Entonces se suben encima del fosco islote de Mouro—¡admirable espectáculo, increíble para quien no lo viera!—y arrollándose cual sierpes de espumas a la torre de su faro, se disparan contra el cielo, cayendo desmenuzadas y esparcidas en bruma y en rocío.

Entonces tienden sobre la arena su hirviente y diáfano velo como para tentación y cebo de víctimas desalumbradas o desprevenidas, y le recogen mugiendo de coraje y de despecho. Entonces los más intrépidos las miran desde la enjuta ribera, silenciosos y tibios, cruzados de brazos, vencidos sin pelear,

que es el más completo y triste vencimiento. Si en tal hora hay quien por ignorante o por temerario intenta probar fortuna y se entra al agua, malhaya la suerte del nadador que a la sazón allí se encuentre, porque o ha de seguir al malaventurado y perecer con él, o dar oídos a la voz de su experiencia que le disuade del estéril sacrificio, quedándole para siempre en el alma la imagen lúgubre de la agonía del ahogado abandonado a sí mismo sin haberle ofrecido su imposible ayuda.

Vivero, pues, desoyendo amonestaciones y consejos, respondió a los que le acompañaban con una suprema frase que manifestaba la preocupación mayor de su ánimo, y la influencia sobre él de la cercanía de las olas:

—¡Quién sufre luego a esas mujeres!

El frío del agua que le alcanzó los pies le cortó el aliento. Dió tres o cuatro pasos adelante rasgando el ímpetu del agua, que subía arenal arriba, y sintiendo su hervor y remolinos en torno de las piernas. Otra ola siguió tendida y rápida, alcanzando a la primera antes del movimiento de resaca; cuando ambas juntas retrocedieron, su caudal y su violencia eran poderosos; derribaron a Vivero socavando bajo sus plantas la arena y se lo llevaron consigo. Revuelto entre las aguas, y antes de que pudiera cobrar pie, vista y serenidad para valerse, una ola inmensa llegó bramando, se desplomó encima de él y, envolviéndole en sus vertiginosas fauces, se lo tragó para siempre.

XII

Grande fué el espanto en la playa; no pocos los gritos, sollozos, desmayos y confusiones. Huían algunas mujeres despavoridas, como si temieran que la ola devoradora las siguiese y alcanzase; otras se cubrían la faz con las manos y rezaban. Algunos hombres preparaban inútiles auxilios; otros, con los ojos fijos en las aguas, se figuraban ver los brazos y aun el rostro del ahogado que pedían socorro. ¡Visiones de la imaginación sacudida por el terror, alucinada por el hervir de la rompiente, que en sus sombras y luces finge revelaciones de los lúgubres misterios que sus insaciables senos encubren!

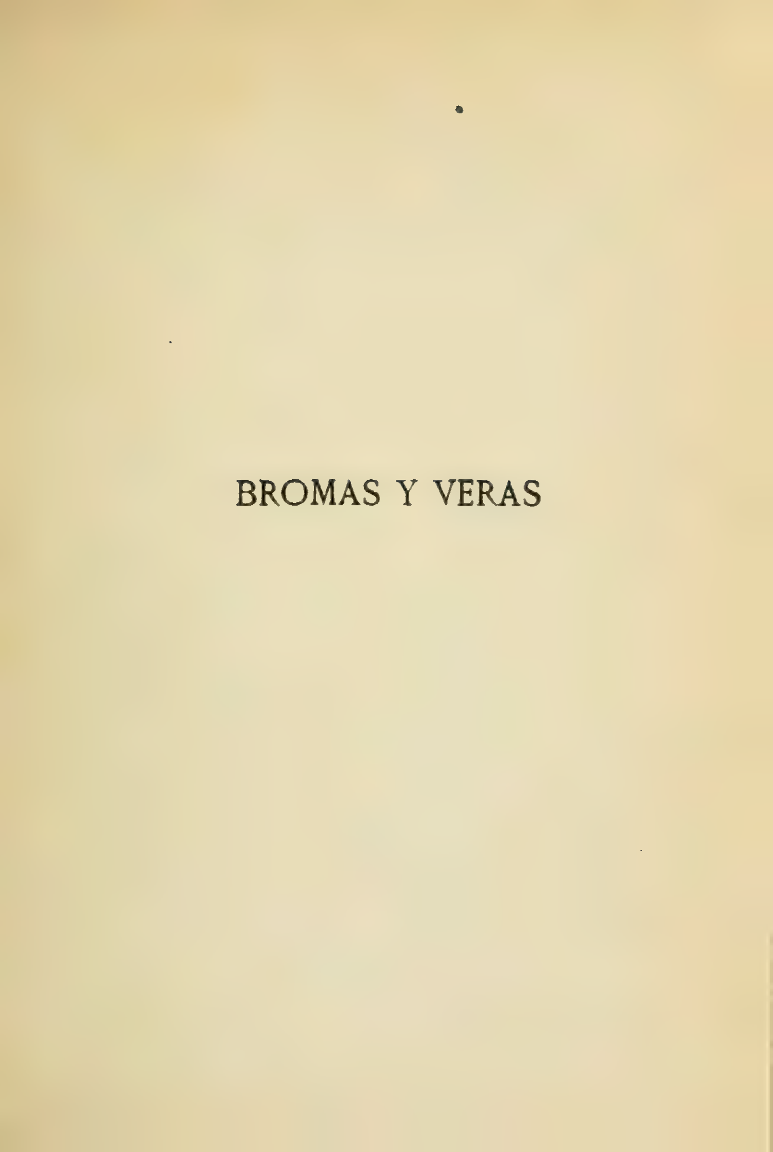
No negó su tributo a la naturaleza, aquella que había sido ocasión de la desgracia.

Pero no era mujer de lágrimas Laura. A menudo solía decir que era suerte de su sexo padecer y llorar sin tregua, y decíalo sin duda con tranquila voz y reposadamente como quien se veía exenta del durísimo tributo.

No lloró, pues, al ahogado; lloróse a sí misma y con escasas lágrimas; lloró su tranquilidad y alegría, impensadamente interrumpidas por el fatal suceso, sus establecidos hábitos de vida desorganizados y el orden roto de sus horas de verano. Ni po-

día llorar otra cosa, ni llorar largo tiempo lo que llorase, porque apenas recobrada del espanto primero, recordando la postrera narración de su amigo y la historia de la dama castellana y su guante, cruzóle por el ánimo esta idea: «¿Qué hiciera Vivero a haber salido de las olas?»





BROMAS Y VERAS



I



UÉ color tiene?

—Rubio.

—¿Para qué sirve?

—Para abrigo.

—¿Dónde la colocaría usted?

—Sobre las niñas de mis ojos.

El que preguntaba aparentó meditar un momento; paseó los ojos por la concurrencia, hizo un mohín de impaciencia, y dirigiéndose al único de los participantes en el juego que no había respondido, repitió por última vez su interrogatorio:

—¿Qué color tiene?

—Leonado.

—¿Dónde la colocaría usted?

—En casa de Lázaro.

—¿Para qué sirve?

—Para darle a usted un mal rato.

Lo desabrido y seco de ambos interlocutores durante su breve diálogo, puso a los presentes en autos de que entre uno y otro mediaban causas de poca cordialidad y marcada antipatía. Y quienquiera pudo imaginar que si por dicha el penitente no lograba dar con el vario sentido de la palabra que le había sido propuesta, su amor propio herido pudiera ser causa de turbarse el común sosiego aguando la fiesta. Por lo cual, mediando con exquisita prudencia uno de los circunstantes a favor de un gesto discretísimo y cierto movimiento de ojos únicamente por el interesado percibido, le señaló una de las lindas muchachas que le cercaban sentadas en tierra.

—¡Marta!—dijo entonces el penitenciado, y todos aplaudieron, especialmente las mujeres, más con piadoso deseo de poner bálsamo en las abiertas heridas de la vanidad masculina, que en aplauso de un ingenio cuya viveza no se había por cierto acreditado.

Harta mortificación era para su amor propio la de haber apurado todos los medios de adivinanza quemando, como si dijéramos, el último cartucho, y por persuadido que estuviese de que nadie sospechaba cuál misterioso auxilio había desatollado su embazado numen, bastábale haber necesitado de ayuda para no quedar tranquilo ni satisfecho de sí mismo. La nube, pues, cuajada sobre el alegre horizonte de la tarde, no había sido disipada, sino que a más andar se venía hacia los que recelaban de ella.

En buena hora sonó una voz providencial: Ea, basta de

juegos, ¡a merendar! ¡A merendar! repitió un coro desigual y nutrido, levantándose cada cual, ayudadas las damas por los caballeros, deteniéndose unas complacidas en el dulce apoyo que se las ofrecía, otras esquivando la mano que se les brindaba y valiéndose por sí solas, todos en buena compaña se dirigieron a una de las calles del pinar, donde estaban los manteles tendidos y los platos puestos.

II

¿Se mecen todavía en brazos del viento marino vuestras hojas espesas, oh pinos rumorosos de la Alfonsina, o han sido ya esquilmo del tajador destral, rústica yacija de ganado y leña humosa de hogares campesinos? ¿Darán vuestras copas asilo a las tórtolas del venidero otoño, o fueron las del pasado octubre las últimas que habían de posarse en ellas y despertar el dormido silencio de vuestra espesura con sus arrullos roncos?

Va a dividirse en manos de los hombres la tierra solar donde agarraba vuestra raigambre espesa, y con el nuevo derecho de cada uno de ellos penetrará una voluntad distinta y nueva, contra la voluntad única que os sembró e hizo nacer, cuyo símbolo eran vuestros haces apretados, vuestros troncos rectos y erguidos, vuestra impenetrable espesura.

Y para señalar los términos de su porción, no levantará cada uno de los poseedores nuevas cercas, que si os hurtan al goce del transeunte, os defienden de sus depredaciones, sino que abrirá trochas a filo de hacha donde suene el doliente crujir de vuestras quebradizas ramas derribadas y humedezca el suelo la savia de vuestras mortales heridas.

¿Moriréis talados sin que de la muchedumbre antigua so-

breviva un grupo que, a guisa de fulminada torre, diga a las gentes el lugar del derruído pueblo y su leyenda?

¡Leyenda dulcísima la vuestra, virgen de sangre y limpia de vergüenzas!

Nido de ternezas y cuna de cantares, follaje en cuyas fibras halla voces el viento que ningunas otras hojas saben darle, tienda en que a soñar y sentir se recoge el alma, armonioso contorno del paisaje, abrigo de lastimados ojos que a través de tu verdura descubren más limpia luz, más claro cielo, desaparecerás antes de que una Musa haya visto los colores de tu sombra, haya oído la voz de tu silencio y traducido a la lengua común que los mortales hablan, la melodía sin fin que en tu recinto late; antes de que haya revelado al mundo por qué en el retiro oscuro de tu espesura vibran las iras del mar vecino apagadas y confusas, como vibran a través de la monástica clausura los apasionados clamores de la vida; por qué hay en tu sosiego respuestas mudas a mudas interrogaciones del alma; por qué ese vivir imperfecto y rudimentario en que tu vida consiste, fluir de savia, zumbar de insectos, aletear de pájaros, se concierta y compadece de tan dulce y acorde y cabal manera con lo más alto y extenso y perfecto que el vivir reconoce, la vida del humano pensamiento!

¡Cuántos habrá que prefiriendo la sombra de las tejas a la sombra de las hojas, corten, desnuden y descepen lo suyo, volviéndolo a lo que fué, a desnuda sierra que dé cimiento a la muerta piedra de un edificio, en vez de jugos a las vivas raíces de un árbol!

Y, sin embargo, bañándose en el ambiente vivo que las ra-

mas orea, imágenes y memorias que en las ramas anidan, se visten de perenne verdor y lozanía. Si imágenes de vida ¿cuáles os aparecen al pie del tronco solitario o en el cerrado abrigo de la selva? Rústicos amores, soledades de poeta, meditaciones fecundas de ánimos vigorosos. Si memorias de muerte, la agonía del soldado en la flor de la edad y en los esplendores de la gloria, la extinción del patriarca cargado de días y merecimientos, después de su postrer consejo, sol que se oscurece en un hemisferio para alumbrar con nueva claridad el hemisferio opuesto.

Dentro de las vastas crugías, cuyos cabrios hendió la edad, en cuyos ángulos se agruma el polvo, como si la tierra del sepulcro, no satisfecha con esperar, se alzase a recoger su presa y entretener en ella su hambre, memorias e imágenes toman el vario tinte de los tristes pasos de la decadencia humana.

Allí los cuidados lentos, y la muerte no menos lenta y segura en llegar, precedida de dolorosa cama y larga enfermedad; allí la pelea, que no la concordia con la naturaleza, los desmayos del calor y los estremecimientos del frío; allí la pena sin confidente, la cavilación sin desahogo, el ansia de tener, de adquirir y de guardar; los ocultos planes y arduas vigilias, la guarda constante de la lengua porque las paredes oyen, la escucha sin descanso del oído porque las paredes hablan, y el tétrico envejecer de las cosas, el estallido de lo que se quiebra el hueco de lo que se acaba, la marchitez de lo que se descolora, la incontrastable mudanza, el irremisible languidecer y descenso de todo.

A sombra de las hojas parece que no penetra el tiempo, el

cual, macilento y triste, se recoge a sombra de las tejas. En la fábrica humana hacen huella los años, mientras es juventud perenne la vida de la fábrica de Dios. A sombra del techo nace la historia, y a sombra del árbol nace el idilio.

Pero el mundo, para sus mudanzas, necesita oídos sordos a la tentadora voz de los ensueños melancólicos; brazos cuya resolución no atajen esas elegiacas tristezas que vagan en la naturaleza, invisibles para el fuerte, contagiosas para el ánimo lastimado o enfermizo.

Cada cual obedezca a su destino. Llore el triste y lidie el valeroso. Y si dóciles a la oculta y soberana voluntad que les señala tan diversos oficios en la vida, lo realizan para bien común, enseñanza o provecho, o consolación de sus semejantes, sobrevívanle al uno sus lamentos, al otro sus obras.

III

No hay que decir la causa del odio latente en un pecho de veinticinco años contra otro de su misma edad. Luis y Pablo, los dos hombres que habían mediado en el juego de prendas y preguntádose y respondídose con tono más o menos altanero y agrio, amaban a Marta, la cual correspondía a Luis. Ambos eran marinos: Luis servía en uno de los empleos sedentarios de su profesión en el puerto; Pablo a bordo de una fragata, centinela que guardaba por entonces las costas del norte, y fondeaba a la sazón al socaire de Cabo Menor, frente al Sardinero.

Pablo, hijo de una de las provincias de Levante, iracundo y soberbio, valiente en la mar, de mediana crianza en tierra, y carácter oscuro y receloso, era de procérica estatura, ancho de hombros, bien trabado y suelto de miembros, tan ágil para trepar a tomar un rizo a las gavias en un chubasco, como diestro en maniobrar la colisa de 62 que artillaba el alcázar de proa de la fragata.

Gallardo mozo que pudiera ser hermosa imagen de la fuerza viril, a no faltarle en los ojos aquella claridad serena del fuerte, que deja confiado penetrar los ojos ajenos hasta lo más hondo de su alma. Pero los ojos verdes de Pablo, duros y re-

celosos, parecían decir a voz en grito que el secreto de la vida interior que suponían era secreto vedado a todos e impenetrable, y la posesión del alma de la cual eran luz y destello, posesión imposible.

El cariño es niño tan interesado y egoísta, que nunca va allí donde sabe que nada le han de dar, en trueque de sí mismo. Él suele ofrecerse entero y a ciegas por precio de cortísima monta, pero no se da de balde a sabiendas, por más que luego le cueste lágrimas y penas lo desventajoso del cambio.

Faltábale a Pablo la imaginación, que es la liga con que se torna dúctil y maleable el vidrioso y rígido metal de ciertas voluntades oscuras y recias; la imaginación, que en horas peligrosas arranca el alma a los ocios mortales, a la contemplación y halago de sí misma, y la esparce y pasea por regiones de aire salubre, donde se prepara y educa para la vida social; la imaginación que anima lo yerto, da luz a lo tenebroso, acento a lo mudo, color a lo invisible, compañía al solitario, patria a las almas y cielo al descreído.

No le asistía aquella maga que aligera y esponja los densos vapores del espíritu, espíritu que inspira en dormidas larvas el ser de la mariposa señora del aire y de los colores, hálito que de una agua lechosa y opaca, hace surgir cristalinas pompas que se pierden en los aires, vistiendo y reverberando las espléndidas luces del iris.

Anima densa y pausada, viviente dentro del angosto horizonte de los hechos, sin instinto ni deseo del cielo infinito de las ideas, puntual en sus obligaciones de mar y guerra, porque eran otras tantas ocasiones de ejercicio para su voluntad y su

fuerza, el deleite de sus huelgas consistía en vencer con la espada negra uno tras de otro a seis de sus mejores compañeros, en rendir al remo al bogador más duro de la tripulación, en acertar con la bala de su carabina a la gaviota remontada a increíbles alturas, o a la zahareña *corconera* en el breve tiempo de su rápido salto y desaparición bajo las aguas.

Pablo no sabía, pues, vivir fuera de sí mismo, y dentro se hastiaba y se aburría, porque era poco varia y risueña la vida que en sí encontraba. Idólatra del vigor masculino, suponía atributo indisputable del hombre el dominio; asombrábale la independencia de albedrío en la mujer, y no acertaba a explicarse que dentro del cuerpo de María, frágil y esbelta caña, sobre cuyos hombros sacudía el viento, como ricos penachos de flores, las espesas guedejas de su cabellera rubia, residiera una voluntad capaz de resistir a su voluntad varonil y entera.

Luis, en cambio, era un gaditano cenceño y fino, quebrado de color, negro y rasgado de ojos, dulce y fácil de palabra, vivo, inquieto, sensible, enemigo del silencio y del reposo. Solícito con las damas, complaciente con los hombres, cortés con quienquiera, guasajoso en el decir y chancero, suplía en él la imaginación al entendimiento, y su memoria le ayudaba maravillosamente, haciéndole pasar por reflexivo y pensador en ciertos descansos de su azogada viveza.

Veíasele constantemente donde había mujeres. Al revés de Pablo, creía Luis que la mujer había nacido para dominar y el hombre para obedecer, y lo explicaba por las propias razones de la respectiva debilidad y fuerza de uno y otro sexo.

Decía que la fuerza es calidad de quien ha de obrar y ven-

cer obstáculos y resistir contrariedades; que la obra supone un impulso moral que la precede y la engendra, pensamiento o deseo, y de esta causa primera y original hacía residir el germen escondido en la mujer, en sus afectos vivos y varios, en su sentimiento profundo y poderoso a vencer la naturaleza varonil, a hacerla obediente y activa, y en ocasiones a transformarla.

Ni de sus veleidades acusaba a la mujer; acusaba al hombre. Y decía que el hombre abandonado por femeninos amores, no ha de culpar a la mujer que se mudó, más a sí proplo en quien faltaron las armas y condiciones para mantener leal aquel afecto; para darle lo que necesitaba y hacer subsistir y no desmayar ni disiparse aquel encanto recíproco, aquel mutuo engaño en que viven dos almas enamoradas, y las lleva embelesadas de una a otra hora, de uno a otro cabo de la vida, sin sentir dolores, sin lamentar miserias, o con valor y conformidad bastantes para que ni el sentimiento de los unos, ni el llanto de las otras, ofusquen la claridad del día, quiten precio al vivir, y le hagan castigo o penitencia, en vez de ser ocasión de dulces compensaciones, guerra con treguas de paz, y destierro donde la hermosura pasajera del suelo y del horizonte hace callar a intervalos la voz dolorosa de las aspiraciones no saciadas, y la pena roedora de las interminables ausencias.

IV

En el corazón del hombre no nacen de igual manera el odio y el cariño, el cual, de misteriosos principios, de una afición tibia y pálida, se transforma creciendo en pasión terrible, absoluta y dominadora. El odio estalla de golpe y de golpe invade y ocupa lo mejor de las entrañas, donde se guarece y vive aletargado y frío como reptil que inverna dentro de su madriguera. Pero es la ocupación tan completa, tan plena posesión toma del alma, que no puede ir a más ni ensancharse, y el átomo más leve que lo haga crecer, y la causa más ligera que lo haga hervir y revolverse, le obligan a rebosar y derramarse, revelándose en obras de soberbia y ruína y maldad, como de tan perverso principio originadas.

Un solo y desdichado afecto son para el Libro Santo el odio y la envidia (1); pasión satánica, réproba causa del original pecado por la cristiana filosofía definida «un pesar del bien ajeno».

El grande apóstol de los gentiles, cuyo rudo e inmenso corazón se manifiesta a los hombres en su admirable exposición de la caridad, nunca llegó en sus elocuentes desahogos a ex-

(1) *Putredo ossium.* Sal. prov. XIV, 30.

poner con igual abundancia y generosa riqueza de sentimiento y de palabra la mortal doctrina del odio. Contentóse con ponerla entre las obras de la carne, entre las tiranías de los sentidos, reas de muerte sujetas a justicia y tormento, enemigas de las obras del espíritu, únicas salvadoras y vivíficas.

El cuerpo flaco del apóstol era cárcel de una alma vigorosa y expansiva, que fervorosamente profesaba la ley de la solidaridad humana: *Nemo enim nostrum sibi vivit, et nemo sibi moritur.* Aguijábale la caridad de Cristo, *Charitas Christi urget nos*, y obediente por ella al sacrificio, cuya mejor corona es para aquellos que libremente y por amor lo consumaron, escribía a los corintios: *Ubi autem Spiritus Domini, ibi libertas.*

«El Señor es espíritu», había dicho el evangelista Juan, el hombre de la inspiración y las visiones deslumbradoras. «La libertad está allí donde está el espíritu de Dios», añadía el propagador de la excelsa doctrina, pidiendo a la revelación augusta el sentido de la máxima practicable y útil para los hombres.

Esa libertad que el espíritu vivo de Dios fecunda y dirige, ahógala y la esteriliza el odio. Benéfico rocío, a cuya celeste virtud no hay tierra árida ni suelo ingrato, es la caridad; y la envidia viento asolador que donde pasa quema y deja exhaustos los florecidos campos y convertida en calcinado pedregal la que fué mies prolífica y nutridora.

Corazón en que el odio posa, si pulsa todavía para la mortal vida y movimientos del cuerpo y de la sangre, pulsa como entraña de fiera; cesó de latir como entraña de hombre: pensamiento donde se aposentaron sus tinieblas, embózase en

ellas, como en imbécil letargo la bestia enemiga del sol. Si sospecha que se le acercan la paz con sus caricias blandas, la luz con sus alegrías, niégase airadamente a ellas, y cavando más el abismo en que yace, aprieta y remacha los pesados grillos que le sujetan.

V

Esclavo del odio, ni libertad había para el corazón de Pablo, ni soltura para su entendimiento. Ansiando acertar, ser el mejor, el primero en obras y en palabras, no era su ansia el ansia legítima y plausible del triunfo, sino el vencimiento de su rival. No pretendía la victoria propia, sino la humillación ajena, y como el vencer sea dón celeste privilegio del cielo, y el ser vencido terrenal quebranto de la tierra, su espíritu no volaba, no ascendía en demanda de luz, rastreaba, y en busca de miseria. Por consecuencia no podía acertar. No se satisfacía con lo que sus fuerzas alcanzaban; lo sencillo y obvio le parecía poco, solicitaba algo sublime, inesperado, sorprendente, un rasgo tal, que asombrando al auditorio, confundiera a Luis y realzase su ingenio incomparable a los ojos de Marta. Y esa ansia misma e insensata era el obtáculo mayor para el logro de sus deseos. Esa ansia le ofuscaba, le irritaba y le entorpecía.

Si ahora, tras mi pálido borrón del personaje, no acertáis a comprender cómo podía encontrarse tal cual mi narración os lo presenta, solicitando amores de Marta, os diré que el caso no es único, ni raro siquiera, y otros habréis presenciado de idéntica índole y originados de idénticos principios.

La flexibilidad y soltura de que carecía el alma entera pero dura, de Pablo, faltaban igualmente a modales y continente en sociedad. Ignoraba hasta los ápices el arte de cortar un diálogo; no sabía moverse en un salón, ni mudar de sitio, y menos atravesarlo para buscar a esta o la otra persona y elegir compañía. En suma, *se cortaba* facilísimamente, y no era por cierto semejante propensión, funesta en hombres, la que menos le predisponía en contra de las mujeres, causa más común y frecuente de tan menguados apuros.

Cierta noche de tertulia en la única casa de Santander donde aún había tertulias, la casualidad colocó a Pablo junto a Marta. Hallóse bien con la casualidad; ni podía ser menos, pues era Marta y es, a pesar de sus escondidas e inconsolables penas, encantadora criatura, de buen despejo y trato corriente; era además una belleza de estas que en conversación cautivan pronto, y si la conversación dura o se repite, no tarda en ser la seducción consumada, por cuanto son bellezas de fisonomía más que de facciones; es decir, que animándose al calor del discurso y con el movimiento de la palabra, manifiestan tal riqueza e intensidad de expresión, que sobre revelar la presencia de un alma, prueban las excelencias de dicha alma, su confianza, su nobleza y su expansiva sinceridad.

El donaire y gentilezas de la niña rindieron, pues, al fortísimo mancebo, el cual, sin cautela ni rebozo, se lo dejó entender en palabras, y mejor que con ellas, con no dejar su lado y conversación cuanto duró la tertulia.

Mas apenas Pablo hubo soltado tales prendas, figurósele

que el testimonio de su flaqueza andaba ya en oídos de todo el mundo; con lo cual y las bromas y felicitaciones que unos y otros luego le dirigieron, rebelósele el amor propio, moviéndole a pensar que era empeño grave de su honra y su dignidad llevar adelante los incipientes amores, probando a las gentes que eran bien recibidos y no mal pagados.

Son tan comunes el caso y la aventura, que explicados de la manera que antecede, ya os parece trivialísima y natural la situación de mi personaje en la tarde de la merienda.

Y en verdad que su destino, ensañado en su contra, parecía apurar esos menudos rigores, que por menudos son acaso más eficaces, pues deslizan su aguijón y su ponzoña sutilmente, y hieren o envenenan de improviso, y antes de que el hombre haya prevenido a la defensa sus armas, la robustez del ánimo y la fortaleza de su pecho.

Al juego de prendas había venido ya mortificado por otro anterior vencimiento.

VI

Aprovechándose de la serena tarde y nordeste claro, Luis y otros amigos habían venido de la ciudad al Sardinero por agua, embarcándose temprano en el muelle, doblando la boca del puerto y saliendo a mar alta con intento de entretener volteejeando el tiempo antes de la hora de desembarcar. A vista de la suelta y atrevida embarcación, los marinos de la fragata fondeada en Cabo Menor habían sentido voluntad de imitarlos, y haciendo aparejar otra igual, diéronse como los otros a correr bordadas.

En la mar, sin previa provocación ni reto, dos barcos que siguen un rumbo y un viento, grandes o chicos, navíos o chinchorros, se echan desde luego a reñir y disputarse el paso compitiendo en velocidad. Ocasión de hacer lucir las calidades marineras del barco y la destreza y arrojo del que lo gobierna. A pocas viradas y paseos ya estaban ambos botes *en regateo*. El del puerto era más fino de orza, ceñía mejor el viento; pero el de la fragata tenía más trapo e iba regido por Pablo, experto y arriesgadísimo piloto.

Desde lo alto del Cañón, sobre la derrumbada peña del Aguila, donde termina el pinar, y al morir el sol dibuja la recortada sombra de sus copas sobre las regolfadas aguas de la caleta del Caballo, miraban las gentes la porfía con

ese interés que los costeños damos a tales marítimas lides.

Y es que en pocas ocasiones desaparece tan de lleno el hombre dentro de su obra, dejando a la obra como si la perteneciesen las apariencias activas del espíritu con que la utiliza y se sirve de ella como a bordo de un barco.

Un barco a la vela es un ser vivo, dotado de voluntad, capaz de acción y movimiento. Aunque a su bordo se divisen criaturas humanas, es como si no estuvieran; el barco es allí el ente animado, sensible, gallardo, atrevido, que lucha, que sufre, que sortea la ola o la domina, que obedece al viento o se hace servir por él.

¿No le habéis visto alguna vez quieto, enfilando a ese enemigo terrible o propicio aliado suyo, trapeándole las velas como le tiemblan los ijares al generoso caballo enfrente del toro cuyo mayor poder y aventajadas armas reconoce? Parece que medita el golpe o el reparo, que pesa y mide los bríos y poder del adversario, y estudia los caminos de evitar su ciega acometida primera, para tomarle de revés y hacerle cautivo y suyo. De pronto hunde el afilado tajamar en las aguas, levántase luego, inclinando de bolina su airosa arboladura vestida de blanca lona, toma andar, hace hervir las primeras espumas a lo largo del casco, y en marcha. Hábilmente sorprendido el viento, entra a henchir las anchas velas, dentro de cuyos redondos senos pesa sin encontrar salida; el mástil se dobla y cruje al franco empuje, las libres ráfagas pasan silbando por la jarcia en busca de velas que henchir, las aguas bullen rasgadas, se aprietan a uno y otro costado gimiendo, y unidas de nuevo por la popa, vuélvense a encontrar y se cuentan sus recíprocas

aventuras y separación, haciendo rizada y murmuradora estela al barco, el cual, cabeceando altivo, partiendo el filo de las olas que le embisten, va cruzando su camino como rauda exhalación, cuyo vuelo humilla el de las incansables alas del águila marina.

Así volaba el bote del puerto con su bandera de señal en el pico de la vela, provocado por el bote de la fragata que izaba la roja y amarilla de su pabellón nacional.

Era su postrera bordada, porque ya el sol caía, y los relojes de a bordo habían señalado a una y otra tripulación la hora de atracar para responder puntualmente al convite que habían recibido.

Era la postrera bordada, el lance decisivo que iba a decidir la victoria, y en el cual iban por lo mismo seriamente empeñados todos los bríos y destreza de la gente.

El bote de la fragata, gobernado por la dura mano y experiencia de Pablo, sacaba ventaja al del puerto. Iba derecho al viento, cegando, por decirlo así, el rumbo a su enemigo, el cual no podía forzar la marcha para ganarle el barlovento sin riesgo inminente de que el viento le faltase, y quedar irremisiblemente vencido. Pero las cosas de la mar son mudables y tornadizas cual otras ningunas en el mundo. Quiso Pablo con un ardid poner tal distancia entre ambos botes que quitase al de Luis toda esperanza de recobrarla y continuar el desafío, y dejando arribar su bote, dióle el mayor andar que pudo.

Esa embriaguez o locura de la carrera a rienda suelta que tienta al jinete en tierra, tienta lo mismo al marinero en el mar. Como se abandona el uno y entrega ciegamente al instinto del

caballo, a su nobleza y probada costumbre y al azar de su buena estrella, así se entrega y abandona el otro a la resistencia de su barco, a la dudosa constancia del viento y a la fortuna que, según la tradición antigua, pasea su rueda no sobre el firme asiento de tierra firme, sino sobre la faz inquieta y perturbada de los mares. Sintió Pablo la tentadora vena, y cedió al poderoso deleite.

Sonaron las aguas bajo el tajamar, como el resuello irritado de un monstruo herido. Tendióse el dócil casco hasta mojar su inflada vela, y las espumas de la marejada corrieron sobre los bruñidos bronces del carel, entrándose a rociar a los marinos. Mus apenas tuvo libre el paso el bote del puerto, copiando la maniobra de su adversario, con todo su trapo al viento, fino y velero como era, avanzó resueltamente, aventajándose hast meterse entre el viento y su enemigo. Dejóse entonces a su vez arribar sobre el bote de la fragata, para darse el maligno goce de ver cómo las velas de éste desmayaban, faltas del viento que llenaban las suyas hasta hacerlas estallar, y orzando de nuevo, soberbio y boyante, echóse ya aguas afuera definitivamente victorioso. Pablo, irritado, viró por avante, y empopando su barco, le dejó ir como disparada saeta sobre la playa.

Desembarcaron por bajo de la capilla, enfrente de las grutas, sobre cuya bóveda natural asienta. Al propio lugar llegó buen rato después el otro bote, y cuando ambas tripulaciones se reunieron a la gente que los esperaba, acudióse a los juegos de prendas para cortar disputas sobre la marinera liza, como se había de acudir después al banquete para sosegar enojos nacidos de los juegos.

VII

Para colmo de desventuras y remate de adversidades, aquella tarde de la merienda era la tarde última que se vería Pablo con Marta; tarde de despedida, puesto que la fragata tenía orden de salir a cruzar, y estaba pronta a levar al amanecer del siguiente día.

De manera que el tiempo urgía y la ocasión apretaba. Si la herida altivez de Pablo había de aquietarse y satisfacerse, precisaba seducir la opinión con un triunfo, siquiera aparente y fingido, o domarla por medio de un acto de inusitado vigor y energía. La opinión tiene todos los vicios imaginables, pero sobre todos los de la venalidad y la cobardía.

Amontonadas, pues, dentro de aquella roqueña naturaleza tales causas de agitación y desasosiego, revolviéndose unas dentro del angosto cráneo, serpeando otras en la espesa y perezosa sangre, embotando la escasa sensibilidad, entorpeciendo los tardos vuelos del espíritu, la estrechaban y reducían sin dejarla otro respiro ni desahogo más que el de la acción física. Estado vecino al de la desesperación y completa ceguera del alma, que si es el esperar su atributo superior y celeste privilegio, el cual la aparta y distingue de lo perecedero y material, levantándola sobre el limitado instinto del bruto, a tan bajísima condición viene a parar el desesperado, cuya desventurada

alma no siente el consolador influjo y la dulce visión de mejores horas, de favorables mudanzas, de sonrisas de la fortuna, de olvidos de la adversidad, de sobrenaturales compensaciones, de futuras palmas y coronas, de descanso y paz, del cielo, en fin, que todo eso es de esperar.

En tal hora y semejante estado sálvese el hombre cuando su ventura le presenta ocasión digna al empleo de los bríos y furores que en sus músculos laten.

En aquella hora una tempestad, un combate, hubieran sido ocasión para el marino de saciar sus ansias infinitas de acción, y al centelleo soberano del peligro, a la luz extraordinaria y suprema que la vecina muerte hace brillar a la enardecida vista humana, luz que disipa sombras y rasga nieblas, esclarecida el alma de Pablo y traída a cabal conocimiento de las cosas, trocados sus incertidumbres y vagos deseos en conciencia, en conocimiento austero del deber y aspiración generosa a la gloria y santo deseo de sacrificio, vencido o victorioso, vivo o muerto, hubiérase Pablo levantado a la fama del heroísmo.

Por el contrario, su desatentada razón se turbaba y se perdía en las sutilezas y discreteos de un juego de ingenio.

Parecía en tal empresa un tigre condenado a cazar mariposas, que probada su impotencia contra el liviano enemigo, revuelve sus garras y su cólera contra cuanto le rodea, contra la tierra de donde surgió el primoroso insecto, contra el árbol en cuyo follaje encontró abrigo, contra el aire que le dió sus ondas para huir, contra el espacio donde se desvaneció invisible y contra el cual el soberbio vencido no tiene otras armas que sus ensangrentados ojos y sus bárbaros rugidos.

VIII

La flor de las muchachas de Santander, la nata de las forasteras del Sardinero, eran de la merienda. ¡Cuánta hermosura, cuánta gracia, cuánta elegancia, cuánta malicia! ¡Qué ojos y qué rizos, qué bocas y qué mejillas, qué miradas y qué decires! Como al amanecer de un día sereno de verano arrulla el despertar en la campiña la música sonora y regocijada de los pájaros posados en el vecino ramaje, así arrullaba el alma aquel gorjear dulcísimo de tantas gargantas femeninas, eco intenso de vida intensa, rica melodía de sentimiento, en que vibran a par la agitada voz de inciertas esperanzas, el gozoso grito de dichas sin quebranto, el vago presentimiento de pesares futuros y acaso el quejido misterioso de ocultas tristezas.

Allí estaba RITA, pecho de mármol, amada en vano tiempos ha por un poeta, el cual, antes de perecer lastimosamente en la reñida batalla de la vida y de la gloria, decía con lágrimas en la voz que había trocado su profesión de rimar por la de esculpir, y se moría vencido en la estéril obra de animar una piedra; allí CLARA, imán de cuantos la veían; allí ROSA, adoración de cuantos la escuchaban; allí DOLORES, maravillosa belleza, de quien fué para alguno presagio cumplido y realidad funesta el nombre; allí la triste LELIA, abrumada bajo el peso

romántico del suyo, engendróla un padre locamente pagado de románticas lecturas, y en la hora de su nacimiento, en tal de buscarla patrono y titular entre los bienaventurados, dióselos en un célebre personaje de Jorge Sand, del cual, por dicha de todos, no heredó la recién nacida las pasiones ardientes ni el libre instinto; allí CLEMENCIA, que jamás la tuvo con impertinentes ni presumidos; allí LUCÍA, cuyo melancólico silencio respetaban los vivos como supuesta fidelidad a la memoria de un muerto; allí JULIA, palma de un soldado; allí BLANCA, estrella de un marino, y SOFÍA, celeste original de rafaelescas pinturas, y DOROTEA, tierna de entrañas, pródiga siempre de miradas y sonrisas.

Allí, por último, había venido LEOCADIA, recién llegada de Madrid, con el prestigio de un duelo habido por causa suya, en el cual corrió sangre de dos hombres. *Asmodeo* narró el caso con su acostumbrada cautela, mas luego fueron traducidas sus imaginadas iniciales en nombres propios, y del drama y de sus actores tenían puntual noticia las curiosas provincianas. No callaré que ciertas almas, pocas, tímidas y por excelencia cristianas, compadecían a Leocadia; pero, en general, antes que de lástima, era ocasión de envidia más o menos disimulada.

Marta, imaginación novelesca y vana, admiraba sinceramente a Leocadia. Prendábase de los hechos, alucinada por lo que los hechos tienen de halagüeño para las humanas vanidades, sin pararse en averiguar la legitimidad de su origen y menos en estudiar y reconocer las resultas y efectos de los mismos hechos dentro del corazón su autor y su causa.

Más claro, veía por reflejo. Estimaba los actos humanos, no por lo que valen y cuestan a quien los acomete, sino por la opinión y los actos sucesivos que engendran en quienes los presencian.

Alto sentido de la condición humana, provechoso al hombre en sus grandes y difíciles momentos, pernicioso en la mujer, que no ha de pedir consejo al concepto acertado o equívoco de las cosas, sino escucharle de su instintiva dignidad y natural ternura.

Viciosa inclinación de ánimos ligeros, fomentada y acrecida por falsas ideas adquiridas en libros que no pueden ser retrato fiel de la vida, aun cuando lo pretendan o semejen, sino hábil pintura de ciertos accidentes y aventuras de ella escogidos y presentados para deleite y amenidad de quien lee, que no para su instrucción y mejoramiento.

IX

Algo enseñan de la vida los libros íntimos cuando son sinceros; mas los peligros de su lectura son tales, que acaso exceden a sus beneficios, porque la curiosidad humana es tan intenso y vívido sentimiento, que nunca satisfecha ni convencida por la experiencia ajena, quiere probar por sí y a su costa la verdad o la mentira de cuanto se la afirma o aconseja en fe de testimonios anteriores. Sin contar con que la pintura del extravío puede llegar a tanto prodigio de artística belleza o hablar en tan viva voz a los sentidos, que ofusque y debilite la consecutiva pintura del escarmiento y aun haga parecer atractivos y meritorios la resolución y el valor de desafiarlo.

Conviene tener en cuenta que siendo frágil naturaleza la nuestra, más fácilmente se apega a lo que la acaricia y sonríe, que a lo que pretende moderarla y corregirla, sin olvidar que por excepción únicamente sabemos y queremos descubrir y penetrar el sano propósito y lección moral, envueltos en las placenteras fábulas y risueño exterior del arte, y aun descubiertos, son pocos los ánimos obedientes a la austera enseñanza, condescendiendo el número mayor con el lisonjeado apetito que busca ser satisfecho y en modo ninguno ser castigado. No hace otra cosa el niño, que de ciertos manjares apetece y devora el azucarado aliño, nocivo a menudo, mortal aca-

so, y desdeña y no gusta siquiera la parte esencial que pudiera serle nutritiva y provechosa.

Tuvieron los gentiles, maestros en alegorías, una elocuentísima y transparente, del mágico influjo de la forma: la del rey escultor, cuyo pecho insensible a la hermosura viva, se inflama y arde en amores por la yerta hermosura de una estatua. Convenía a la solidez y unidad del sistema sobre que asentaba el edificio de su civilización y organismo político, no desalentar ni herir esa adoración ferviente de la belleza física, y supusieron que las lágrimas y vehementes ruegos del amante hallaron oídos y compasión en el Olimpo, propicio siempre como quien tampoco limpio de ellas se veía, al perdón de insensateces amorosas, el cual, animando la estatua, dióla afectos y sentidos con que pudiera pagar, como pagó efectivamente, la pasión de su autor y enamorado.

Mas lo sucedido en Grecia y en días heroicos, no es lo que de ordinario acontece en el mundo. No hay suspiros ni votos que muden y truequ en la propia naturaleza de las cosas, y menos pueden conseguirlo los artificiosos convenios con que pretende la voluntad vencida disculpar su floja e inhábil defensa, atribuyendo a sublimes motivos y espirituales intentos lo que fué puro y claro testimonio de perversa inclinación o debilidad terrena.

No se ponga en ocasión la criatura, que hartas ocasiones la acechan y la buscan. Ni se tenga por exceptuada de la ley común, antes cuéntese siempre, y acertará mejor, en la turba de los pobres, de los débiles, de los necesitados de todo auxilio y misericordia.

Es novísima doctrina la doctrina optimista de la casta desnudez de la estatuaria griega, justa y eficaz a lo sumo en gentes doctas, provectas y dadas a idealistas contemplaciones; pero estéril y ociosa para la muchedumbre apasionada y joven de un pueblo activo y despierto, no sobrio ni casto, y más que medianamente escéptico.

Y aun la senectud en aquella región clásica, favorecida del sol y del cielo, conservaba en su temperamento cierta envidiable lozanía y verdores menos propicios a éxtasis ideales y estéticos arrobos, que a inesperados ímpetus de la sangre, si damos crédito a la historia de Friné, alegato elocuente más en favor del buen gusto y positiva indulgencia de los venerables del areópago, que en pro de su íntegra noción del derecho y de los austeros fallos de su justicia.

De donde es lícito deducir, que en aquellas admirables diosas marmóreas, expuestas a sus ojos en pórticos, templos y encrucijadas, la gente griega veía otra cosa más comprensible y física que el símbolo abstracto de las virtudes y afectos naturales, cuya personificación y apoteosis constituían su maravillosa y poética teodicea.

Por algo tenían también los paganos estatuas vestidas y adoraban la de la Pudicicia, si bien entendían esta virtud de tan extraña manera que Roma la separaba y dividía en *patricia* y *plebeia*.

¡Qué falta hacía la doctrina nueva que debía enseñar que el alma es una; una la virtud y su recompensa, y uno el vicio y su castigo!

Atropellando tiempos y llegando a siglos más cercanos y a

estados sociales gobernados por la propia fe religiosa que profesamos y creemos; en los grandes días del misticismo español no dejaron sin duda los egregios varones que honraban las letras eclesiásticas, correr en manos inocentes aquel libro singular inspirado por su fervor simplicísimo a Sor María de Agreda, con gran facundia y vigorosa pluma escrito, donde la exaltación y apología de celestes e inmaculadas criaturas venía a convertirse en odiosa y casi sacrílega pintura de pormenores y flaquezas que la propia naturaleza enseña a esconder y disimular.

No culpe vuestro rigor al arte de esos peligros en que acaso os pone y os hace caer, almas confiadas y sencillas.

El arte es creyente dentro de la esfera que su naturaleza propia le señala, sin cuya fe no alcanzaría la eficacia portentosa de sus manifestaciones. Camina a conseguir un fin, a realizar un destino; y en su jornada no le divierten ni atajan el mal que causa ni el mal que recibe. Es entusiasta, por consecuencia ciego; es absoluto, por tanto egoísta. No se atemoriza ni espanta, no se fatiga ni distrae. La creación entera le sirve y ayuda a sus propósitos; toma cuanto necesita donde lo encuentra, cierto de restituirlo con creces, convertida la alquimia en oro, hecho el fósforo luz.

Nada sabe de apostasías ni desmayos, nada de dudas ni tibiezas. No tiene en cuenta el tiempo ni la vida: no tiene en cuenta más que su obra. Dentro de ella mora, con ella siente, por ella sufre, para ella respira. Desde los principios de su ser, desde la aurora de su concepción, mira a lo lejos en el abierto espacio de sus cielos la visión perfecta, acabada, hecha forma

viva cuyos colores inflama el sentimiento, cuyos contornos anima el espíritu, y en el lento curso de su trabajo, para alcanzar hasta ella y sustituirla con la obra propia que ha de hacer visible a los demás hombres la visión inspirada, que es revelación única a los privilegiados ojos del genio, mira surgir bajo su mano y su labor ardiente una y otra perfección inesperadas y menores, que son como la regeneradora luz y el ambiente en que su voluntad se templa y reanima, para no descaecer y ser constantemente una, igual, poderosa e infatigable; gérmenes que sustituyen a los gastados gérmenes, para que la transmisión de vida en que la obra de la inspiración consiste, no desmaye ni palidezca, ni se entibie, ni deje paso y lugar a irreparables enervaciones y letales principios.

Es la fidelidad su numen; la perfección su cuidado. Pinte un cuerpo o pinte un alma, nada vela ni disimula, atento únicamente a la excelencia y verdad de su pintura. No trabaja para seres flacos y ocasionados a mortales caídas apenas se hallan frente a frente y mano a mano con la naturaleza y sus pujantes bríos; trabaja para espíritus valientes, capaces de resistir y no ser vencidos, iluminados de lo alto para no cegar, y cuando heridos, resueltos y constantes para sacar el hierro de la llaga, y, según la hora y la necesidad, dejar correr o atajar la sangre.

¿Qué sabe el mar de naufragios? ¿Qué le importa que sus hondos abismos sean perdición de audaces y sepulcro de desventurados? ¿Qué sabe si hay hombres cuya enflaquecida razón, menguada por los vicios o los pesares, se alucina o extingue en la contemplación infinita de su inmensidad esplén-

dida, alimento de almas robustas? ¿Qué sabe si en sus horizontes sublimes, donde otros hallaron numen potente, resolución viril y no cansados ánimos, encuentra un desdichado la falsa idea del reposo en la muerte, el engañoso consejo de la libre disposición de sí mismo, y se deja caer a dormir en sus aguas, para despertar en el desengaño de los eternos castigos?

Tampoco el arte sabe de aquellas voluntarias víctimas del error, descaminadas en ilegítimo y torcido disfrute de sus bellezas. Tampoco sabe de aquellos que pretenden encerrar y oprimir sus generosas grandezas en el troquel angosto de afectos mezquinos y sentimientos pobres. Tampoco sabe como el mar de los insensatos o atrevidos anegados en sus inmensidades luminosas; porque en ellas, como en la vasta grandeza de las aguas, una agonía no perturba la quietud sublime y el augusto silencio, ni un cadáver puede manchar su transparencia y claridad magníficas.

Misión revelada como el vaticinio de los antiguos profetas, habla sin curarse de que su voz sea en el instante escuchada ni comprendida; el metal imperecedero de su acento vibrará en la extensión del tiempo hasta llegar a herir los oídos de la humanidad en la hora providencial de sus predestinados fines.

Su oficio es mostrar a los hombres a cuánto alcanza el poder del espíritu, poner de manifiesto la excelsitud del alma inmortal, sus maravillosas facultades, y aquella soberana semejanza con Dios, que la hace creadora a su vez dentro de la primera creación de voluntad divina. Su gloria sembrar en el cielo de los espacios, como otros tantos astros de magnitud no imaginada, nombres que relampaguean sobre las tinieblas

de las edades muertas, señalando rumbos fijos a ojos curiosos de verdad, a corazones sedientos de belleza. Su triunfo ser testimonio de omnipotencia, prenda de supremas misericordias, que truecan el castigo de la vida en tamaño premio, consolación de las razas que riegan de sudor y llanto la tierra, y a cuyos oídos repite con persuasiva frase, que almas hermanas de alma que tan poderosamente brilla, bien pueden ufanarse de su origen, padecer resignadas, confiar en superiores destinos, y levantarse a Dios con la esperanza, en tanto llega la hora de subir hasta él en esencia y confundirse en la amorosa luz de su esencia divina.

X

Marta, pues, irreflexiva y cándida, había visto cuán poco vale en libros la vida de un hombre, cuán grato y fácil le sea al hombre exponerla por una mujer, y qué dulce testimonio de su valor y su poder sea para ésta que el hombre por su causa provoque la muerte y la desafíe.

No la decían estos mismos libros lo que una gota de sangre pesa; no la decían que no hay sol ni viento, ni años que la enjuguen, no ya en las manos que la vertieron, pero ni en la memoria de quien dió causa para que fuese derramada. No la decían que el rojo vapor en que se resuelve sin consumirse nunca, tiñe y entristece el horizonte de la vida, como la sangre en las manos de Macbeth teñía cuantas aguas tocaba hasta enrojecer la verdosa inmensidad de los mares (1).

Y el rojo matiz empaña todas las alegrías, nubla los goces, asoma en las venturas, y es la mancha eterna que delante del sol oscila y hace penoso el recuerdo de su luz diáfana y pura, la cual no ha de verse jamás sino cárdena y macilenta.

No la contaban los libros que el olvido fecundo, consolador

(1) *Will all great Neptune's ocean wash this blood*
Clean from my hand? No: this my hand will rather
The multitudinous seas incarnadine,
Making the green one red.

SHAKESPEARE.—*Macbeth,* act. II., scen. II.

y tregua de infinitos dolores en la vida pública, en la hazañosa del soldado, agitada del político, discutida del poeta, atropellada, viciosa e inquieta de los que entre la gala y el bullicio de la sociedad viven, no es planta que crezca en la apartada sombra del hogar doméstico y dentro de sus limitados horizontes; allí la pena pasajera y leve asienta y se establece por largos días; allí la tristeza se hace costumbre, y el liviano pesar que una fiesta mundana disiparía, se torna pertinaz remordimiento.

No era mujer Marta en quien cupiesen dañados intentos, y menos cabía en su voluntad el de sembrar de propósito semillas de odio y discordia en varoniles ánimos, suceso a que dan tan frecuentes ocasiones, aun sin saberlo ni desearlo, la mujer y sus poderosas gracias. Pero cuando meditaba en el murmurado caso de Leocadia, teníalo por posible y acaecido sin participación ni complicidad de la murmurada, en cuyo supuesto no la culpaba y aun la defendía. Y mientras la voz común de sus compañeras, eco sincero de sus corazones, se extendía en lastimeras reflexiones, horrorizada al solo imaginar de parecida suerte, Marta con serenidad perfecta pensaba que no es posible atormentar la vida con la inquietud perpetua de evitar lo fatal o adverso traído por los incidentes de la vida, y que no alcanza humano espíritu a prever, y menos a evitar Treguas pactadas silenciosamente entre la conciencia vigilante y todavía sana, y el corazón minado y combatido por seductoras y tenaces inclinaciones.

Sobre su espíritu pesaban los pensamientos, como la brisa sobre el heno, sin agobiarlo ni herirlo, haciéndole inclinarse

blandamente al cariñoso halago, con un rumor, un suspiro, un acento ligero y vago, apagado tan pronto como oído, y levantarse de nuevo lozano y verde a esperar nuevo paso de auras y nuevas caricias.

Alegre y sereno ambiente de un alma afortunada que trascendía fuera de ella, se derramaba en torno, en dichos, gestos, agudezas, donaires, complacencias y blandicias constantes de la voluntad y de la palabra, atrayendo hacia sí los corazones, tanto de los codiciosos de vivir como de los ansiosos de descansar.

¡Descansar! ¡Oh! ¡cuán verdad es que no hay sombra de árbol, ni agua de manantial que así refresque la abrasada frente y cure la aridecida garganta, como la compañía y la conversación de una mujer de buen parecer y mejor entendimiento, ni pesarosa de lo vivido, ni inquieta de lo por vivir; abierto el semblante como abierta la mano, así a dar limosna, como a recibir otra mano franca y leal en ella: piadosa en palabras, modesta en obras, sencilla en deseos, encarnación viva de la fe que acaso en sus abstracciones se roba a la fogosa e inquieta comprensión del hombre, y que tan clara y eficaz se le muestra traducida en hechos; dulce ejemplo que sin rigores ni austeridades de maestro enseña valor a muchos que presumieron de valientes, constancia a no pocos que blasonan de firmes, dulzura a quien estima engañadamente que la rudeza es virtud, y paciencia a quien tuvo la paciencia por cobardía!

Marta fué desde el sitio de los juegos al sitio de la merienda, acompañada por Pablo y por Luis. Luis porque la prefería y se encantaba con ella; Pablo porque iba Luis; así éste char-

laba, reía, cantaba junto a la muchacha, mientras su rival callaba, tan falto de frases en los labios como sobrado de tristes iras en el pecho.

No faltaba ruido, ni voces, ni carcajadas. La mudanza de entretenimiento en una fiesta de campo es la mano que revuelve un líquido dormido, y hace surgir de su fondo nuevos fermentos, nuevas espumas, nuevos colores y nuevos aromas; es el conjuro poderoso que abre venas de alegría y movimiento cerradas y ocultas; es la piedra lanzada al anochecer a la copa poblada de un árbol, la cual despierta y hace volar y hervir y cantar el silencioso enjambre de los pájaros dormidos.

Singularmente en los hombres es más evidente que en las mujeres la novedad causada por dichas mudanzas. Los hay que del más completo silencio pasan a la más desbaratada locuacidad, de la quietud absoluta a los saltos y carreras dados en admirable desconcierto; de la aparente misantropía y ofuscación de espíritu, al más derretido galanteo y fecunda cortesanía.

Ocasión era ésta para examinar tales misteriosos efectos de un cambio de postura, exponiendo los casos parciales ocurridos en las circunstancias que refiero, escogiendo los más señalados individuos, pintando su figura y su genio, digamos su condición, y poniendo a seguida el modo de manifestarse en cada cual la trasfiguración indicada, para que luego el lector o lectora comparase por sí y dedujese las conclusiones que ayudaran a resolver tan importante problema fisiológico, esclareciendo quizás o ayudando por lo menos a esclarecer uno de tantos puntos dudosos como desgraciadamente en-

negrecen y salpican todavía el vasto cielo de la ciencia humana.

Pero bueno será dejar en paz a los hombres de la merienda, que harta guerra recibían de aquella turba encantadora de cabezas bonitas, despeinadas unas por la agitación o la brisa, rebozadas otras en sueltos velos, o tocadas con frescas flores; de tantos cuerpos gallardos, cuyos quiebros y flexiones y mórbidos vaivenes parecían obra del viento, que cansado de herir en los inmóviles pinos, buscaba objeto más flexible y dócil a sus abrazos; de tantos pies ágiles y menudos como corrían sobre la segada hierba o la caída pinocha, haciendo ondear y latir la ligera y desplegada falda, levantarse en honda pulsación el pecho, enrojecerse el rostro y vacilar en el trémulo labio la palabra y la sonrisa.

Dejémoslos en paz o en guerra con tan deliciosas enemigas, que ya los traeremos a escena en punto más propicio, contentándonos ahora con apuntar algún indicio grueso y de bulto, que los separe en grupos, sin menudear en el detalle de las personas.

Los que presumían de jinetes habían venido a caballo, y eran sus testimonios espuelas en los talones y latiguillo en la mano; a pie los aficionados a caminar, mostrando por timbres herrados zapatos y recio garrote; los traídos en ruedas se declaraban en su calzar pulido y de charol, así como los que hicieron la travesía por agua.

No nos olvidemos de un personaje singular, forastero en la ciudad, huésped en ella tiempo había, el cual gozaba de la universal antipatía y era, a pesar de eso, participante en toda

fiesta, o improvisada o prevenida. De su profesión se decía que había sido militar, y militares eran su atezada piel y aguileño rostro, torcido bigote y luenga perilla; sus ocupaciones visibles ningunas, como no se llamen así las de matar la mañana en la guantería de Alonso, la tarde en el Café Suizo, la noche en el teatro, si lo había, o en el paseo si la estación lo consentía. Algunos le suponían confinado político, otros le tildaban de conspirador (tema y pesadilla de la época suscitada por un gobierno de sobresaltos y recelos). Fumaba mucho, jugaba poco y con suerte, hablaba menos, pero siempre en culto estilo y con escogida frase. Vestía de continuo holgados trajes de campo o de mañana, ni muy usados ni muy nuevos, pero ajustados a su porte y maneras, no exentos de cierta señoril altivez y elegancia. Tenía como cada mortal, su nombre y apellido; mas en la ciudad era conocido únicamente por el apodo de «el calavera.»

¿Sabía alguien de calaveradas suyas? Nadie, ni era preciso para que el mote fuese súbita y universalmente adoptado. En pueblo donde cada vecino vive de su trabajo, de sus bienes, comercio, arte, industria o empleo, donde cada cual sabe la renta de su vecino, y no se descuida en ajustarla cotidianamente al gasto que le ve hacer o le supone, un sujeto que vive sin ocupación notoria y gasta lo que necesita sin que a vista de los curiosos luzca el filón donde se provee, ¿qué ha de ser? Un calavera.

XI

¿Sientes, lectora, curiosidad de saber lo que fué la merienda del pinar?

Pues recuerda una cualquiera a la que hayas asistido; todas se parecen, hasta en las viandas y condimentos. Tortillas frías, que aún tienen hechizo y buen sabor para quien no vivió en poder de pupilera madrileña, ni fué estudiante en alguna de aquellas severísimas escuelas donde el bagaje de libros e instrumentos matemáticos se acrecía con la diminuta fiambrera del cotidiano almuerzo, esto es, de la cotidiana tortilla apelmazada y seca; pescados fritos, colorados barbos y la merluza partida en aquellas sutiles lonjas, invención vizcaina, a que el rebozo y la sartén dan aparato y atractivo de regalada pastelería; jamón cocido, al que si los prepósitos y diputados para el detalle blasonan de gustos españoles, acompañan las áureas madejas de huevos hilados, y si *la dan,* como el vulgo dice, de extranjeros, al susodicho adorno y relieve sustitúyese un papel vistosamente recortado y plegado con delicado artificio, que no alcanza a hacer olvidar su perfecta incomestibilidad y la inutilidad consiguiente de su presencia y traída. Y hojaldres varios y armazones de pasta que esconden en sus entrañas sorpresas de jigotes y compuestos diferentes, y aves asadas, des-

huesadas y rellenas, fiambres en abundancia, cuantas bastaran a saciar doble número de comensales.

Luego, precediendo a las frutas igualmente numerosas y abundantes, sobreviene la repostería, de la cual no se descuida en formar parte eminente la *colineta*.

Con harta pena me confieso inhábil para examinar y resolver el punto arqueológico de la antigüedad y origen de la colineta, limitándome a tantear su retrato después de dejar sentado que ha sido durante ciertos años plato de necesidad en las mesas solemnes de mi patria.

Nunca en mis días hubo bateo, bodas, refresco o aniversario, fiesta alguna, en suma, de cuantas se celebran, satisfaciendo el gusto a la gula, donde el cántabro pastel no autorizase la postrera mudanza de servicio. Traíase con cierto aparato y prosopopeya por la criada mayor de la casa, y a su llegada los muchachos, copiando a la comunidad de Moreto:

Las manos en su ración
y los ojos en la ajena,

sin desocupar su plato lo desatendían, y con la mirada golosa y los labios lucientes y pringados de los dejos del último bocado, seguían la evolución del recién venido hasta verle posarse ileso y tranquilo en el centro del mantel.

Sé que al llamar pastel a la colineta ofendo el delicado purismo de muchas de sus mejores manipuladoras y artífices; pero ¿cómo he de llamarle?

Su forma es de torta ensanchada por lo alto, con un festón o relabio alrededor, causado del esponjar de la masa fuera del

molde mientras cocía. Su principio es la almendra, su adeliño el azúcar, su arrebol el huevo, su sabor gustoso, su precio comedido, su matiz vario, desde el oro legal al oro musivo, su hora los postres, su peligro el horno.

Mal medido el temple de la cochura, tuéstase por fuera, sécase por dentro o queda cruda y se malogra la obra. Por gala unas veces, otras por disimulo de contingencias tales, vístenla también sus arrequives y aderezos, cinto de rizado papel en torno, menudo espolvoreo de azúcar encima, y clavadas en dibujos varias sutiles rajas de acitrón, entre ramajes de blanco baño salteadas por algunas guindas.

Algo se apartaba del tipo clásico, no en su esencia, pero en su forma, la colineta de la merienda del pinar. Levantábase en pisos diferentes a modo de Babel en miniatura, según el modelo restaurado que de la famosa torre de la soberbia y las confusiones nos han trazado los eruditos, y el contorno de algunos de aquellos pisos alterando su consuetudinaria redondez se abria en ángulos a modo de reducto o estrella fortificada. Bien se veía que era labor de manos finas guiadas por espíritu liberal y desdeñoso de antiguas tutelas de la costumbre. Efectivamente, pidióse el nombre del autor, el cual, obligado por aplausos y exclamaciones, se levantó a recibir la ovación, mostrando un lindo rostro de niña, un tanto enrojecido y confuso por la emoción.

De estas meriendas, y con prudentísimo consejo, suele excluirse el vino. Es sabido que las damas no beben, y es probado que los caballeros no deben beber. ¡Qué más generoso y ardiente licor que el de ciertas miradas! ¡Qué más

grata y disculpable embriaguez que la de ciertos coloquios!

No a sustituirlo, pero sí a dar un postrero toque de elegancia a la fiesta, presentaban a veces ordenados en anchas bandejas sus glaciales y matizados copos los sorbetes. Solía esto ser sorpresa y obsequio anónimo de alguna parte de los convidados masculinos.

Y era oportunísimo como rasgo de buen gusto, aparte de su conveniencia como golpe de buen *sabor*. Porque el helado es el manjar de la mujer, como la fruta es del niño y el pan del pobre.

Nunca parecen más de bulto el respeto y la compasión que la miseria merece, nunca más horrible la escasez y más hermosa la abundancia, más lúgubre el hambre y más espléndida la hartura que cuando vemos al mendigo atezado y sucio morder con ansia el pedazo de blanco pan, no más blanco que sus dientes, siendo de ambas blancuras contraste sus lívidos labios y ennegrecida faz y el polvoriento cutis de sus asquerosas manos.

A ellas viene, tal vez, el pan desde las pulcras y atildadas de una mujer hermosa y joven, cuyo perfume trae; y como el perfume de una flor pinta un paisaje, ese perfume de la opulencia y la hermosura pinta el aposento de donde llega sus primores suntuosos, ricos manteles, luciente argentería, sonoros cristales, cuya tenue hechura parece suspender en el aire el licor en ellos contenido, magnificencia, arte, risas y culto frasear alrededor de la mesa, regaladas músicas y dulces cantares que alegran el convite y dilatan su alborozo, mientras cada bocado que en el pan se ceba y lo ataraza y parte suena

a sollozo de necesidad rabiosa, a existencia sin hogar, a dolencias sufridas y curadas en los rastrojos a orillas de un camino, o acaso en los muladares del campo.

Ahí están frente a frente los polos de la fortuna, su favor y su rigor extremos, y como si entendiendo la tremenda oposición del cuadro, quisiera el mendigo esforzarla, parece que muerde con mayor furia y afán en el pan blanco y tierno devorado al paso, de pie, sin asiento ni reposo, que cuando más holgadamente se acomoda junto al quicio de una puerta, a saborear despacio el abundante bodrio con que llenaron su cazuela los desperdicios inútiles de la cocina.

Pues esa hermosura incomparable del rostro del niño sano, tinto de azahar y rosas, efluvio de la pureza y frescura de su sangre nueva, ¿no se completa y realza cuando a ella arriman sus golosas manos un gajo de uvas maduras, no más traslucientes que su tersa piel, un puño de cerezas no más rojas que sus rojos labios?

Y ahora perdonadme, lectoras, que sólo para varones leyentes son la pregunta y bosquejo que ocurren a mi pluma.

¿Os ha acontecido alguna vez, en uno de esos días brumosos de la vida, y en sus horas nocturnas, después de la vela y del trabajo, después de lidiar con el libro y con la pluma, y más que con ellos con la idea esquiva y la frase rebelde, que no se doman a la voluntad, y donde les pedisteis claridad y armonía, os despidieron con sequedad y dureza, cansados de soledad, entristecidos por la gente, descontentos de vosotros mismos, refugiados a la tertulia de media noche en el público café, donde reinaba atmósfera de desaliento y hastío, y faltaba hu-

mor y conversación, pues cada uno la sostenía muda e íntima con el pesar, o la escasez, o la inquietud del momento presente, recostado uno sobre el mármol de la mesa, tendido otro sobre el respaldo del sofá, sin hallar ninguno postura que bien le quiera, ni mueble que bien le sufra; os ha acontecido, pues ver a deshora entrar por las puertas acompañada por padre, o marido o hermano, una mujer joven, bien parecida, de airoso porte y elegante atavío; la cual, sentándose a un velador inmediato, pide la lista, y después de uno y otro mohín y después de una y otra consulta, se decide por el sorbete que mejor le sabe o de su predilección?

El mozo toma el recado, no directamente de ella, sino del hombre que la acompaña y parte a cumplir con él. La dama mientras tanto ha ratificado su elección con una o dos razones en elogio o en defensa del helado favorito; ha puesto sobre la piedra su pañuelo y su abanico; sobre una silla o el respaldo de la que ocupa, su abrigo; sonríe a la atención de su convidador y pasea la mirada risueña y animada sobre las gentes más vecinas.

Viene de un espectáculo, circo, teatro o concierto; ha lucido en él y sentido el aplauso mudo de las miradas fijas en ella; el rumor de los tímidos requiebros al pasar; el influjo de su presencia en la cortesía de los desconocidos y el ademán de los silenciosos; y con el íntimo placer de victoria tan bien ganada, parece que sus gracias naturales adquieren nueva frescura y mayor vida.

Ya vosotros habéis sentido pasar la ráfaga magnética que sacude vuestra letárgica indolencia.

Y corregís la descomedida postura, y los tumbados se incorporan, y los soñolientos se desvelan, y de aquí, de allá parten una y otra frase, y comenzáis a animaros y conversar. Si hay quien presuma de buen mozo, busca el escorzo que más realce las proporciones y soltura de su cuerpo; si hay quien blasone de lindo y de currutaco, pasea al descuido los ojos por el espejo frontero, y acomoda como si nadie lo viera las ondas o rizos de su pelo, el lazo de su corbata, los pliegues de su ropa. Pero como todos presumís de hombres, esto es, de sensibles a la presencia y cercanía de una mujer, de avaros de su buena opinión, no queda en vuestro mustio y macilento grupo quien no haga novedad en su modo de estar, cuando la novedad no alcance hasta su modo de ser.

Ya llegó el mozo a servir a la forastera pareja, y pone delante de cada uno lo que cada cual deseó y esperaba.

El ajuar y vajilla corresponden al manjar y a la dama.

¡Cómo se casan y convienen el reducido plato, la esbelta copa, los apretados grumos de la helada golosina, la ligera cucharilla, con la mano fina y larga cubierta de pálido guante, con el delicadísimo brazo que asoma por la entreabierta manga, con los vuelos y guarniciones de diáfana tela que le visten y resguardan, con el sonoro crujir de la silla al inclinarse adelante, con el lánguido quebrar de la cintura, con el doblar del cuello, con la sonrosada tez y claros ojos, con los negros cabellos rizados sobre la frente y sienes, derramados por el cuello y espalda, con aquel movimiento indescriptible del semblante cuidadoso de evitar la sorpresa del frío y la contracción que produce!

No hay manjar que menos manjar sea que aquella espuma cuajada, espuma de nata y nieve, zumo de frutas, esencia de flores, substancia impalpable, que al tocar los labios y a su dulce calor se funde, deshace y desaparece en el hechicero abismo de la sonrosada boca; manjar sutil, liviano, dulce, efímero, suave, que no pesa, ni resiste, ni ocupa, que purifica y limpia el acto vulgarísimo de comer, de sus mecánicas, comunes y grotescas fealdades.

Así come la mariposa en la violeta, así la abeja en el tomillo, así el colibrí, viva pedrería de los aires, en los cálices de las selvas índicas, donde con rocío y aromas le prepara el sol misteriosos banquetes.

¡Oh, cuán difícil será que en momento alguno de la vida llegue aquella mujer a pareceros más mujer, esto es, más graciosa, más pura, más delicada, más sensible, más femenina! ¡Ni tan desprendida de lo material y despegada de lo terreno, ni en tan cabal posesión de los sueños vagos que deben ser alimento de su espíritu, de las visiones impalpables que deben ser compañía de su alma, norte de sus afanes y cielo de sus amores! Y acaso nunca la imagen femenina se ofrecerá a vuestros ojos menos confusa y más ideal, menos frágil y más tierna, menos pecadora y más adorable.

XII

No será malo acudir a tu indulgencia, quien quiera que fueres, el que en estas hojas entretienes tus ocios o tu cariño; no será malo recordarte si han de hallar disculpa contigo sus vaguedades y caprichos, y nonadas, que van pintadas *a la aguada.*

Y no como ahora emplean el método ciertos maestros famosos, españoles por cierto, que ponen en sus obras la entonación valiente y soberbio colorido que parecían calidad y excelencia propias de la majestad y aparato de la pintura al óleo. Yo pinto al modo antiguo con que manejaban sus tiernos y livianos colores, y los manejan el profesor y el aficionado, que ávidos de guardar consigo un recuerdo, en la campiña abierta, a sombra de una roca o de un árbol, con pocos trazos, sin preparaciones ni *arrepentimientos*, sin componer ni estudiar, apuntan en su cartera cuanto les hiere los ojos. Embebidos en copiar un paisaje, un grupo, un asunto de mayor cuenta e importancia, distráelos un ave que pasa, una planta que con el viento suena, la traza o fisonomía de un transeunte, el nuevo color que la cambiante luz o la nube interpuesta dan al monte lejano, y abandonada la obra principal, en una de las esquinas del papel, sin cuidarse de la correspondencia armoniosa de líneas

y objetos, ni de que las nuevas tintas se mezclen con las anteriores y las atropellen y las empañen, improvisan el borrón y apunte del nuevo objeto, celaje, planta, horizonte o criatura viva.

Yo no sé si en estas hojas hay composición *de fondo* que merezca tu atención y tu cuidado; sé que al descubrirlas desde el turbio crepúsculo de la concepción inicial, las veía tales cuales se van desarrollando entre tus desocupadas manos.

Una causa había de sosiego para la inquietud perpetua de mi pensamiento, y de unidad para su obra; la presencia del mar o su visión imaginada, su rumor vivo, oído o recordado que da compás y timbre a las palabras; su horizonte, que si no deja en mi pintura la ardiente luz y deslumbradores reflejos de sus días serenos, la presta el opaco color y silenciosa pesadumbre de sus días tristes. Pero a semejanza de las hojas de la cartera del acuarelista, íbanse las hojas mías llenando de margen a margen, sin concierto ni simetría, de bosquejos varios y extraños al parecer entre sí, perspectivas de montes y playas, semblanzas de seres vivos, máscaras de muertos, sombras evocadas, descoloridas memorias, inesperadas apariciones, sombríos celajes, interiores del alma, sin valor ni precio, ni otra causa de ser más que el sentimiento que de improviso las trajo a la mente y de improviso obligó a escribirlas a la mano. Por eso, después de decir en la portada donde las hallé, las llamé como en la misma portada las llamo.

No hay comodidad para recorrer ni colocar de un modo uniforme las hojas del pintor; tampoco acaso para leer seguidamente mi libro. Ciertas figuras en aquéllas están relativamen-

te torcidas o volcadas, según la necesidad obligó al artista a tomar el papel para tener campo suficiente a su idea; míresela las como se las mire, de cualquiera lado se halla pintura cuya disposición conviene a esa dirección no buscada de los ojos del observador, concertando en uno ambos puntos de vista del artista y del curioso.

Algo parecido puede aconteceros con las de mi libro; si él acierta a interesaros, por cualquier parte que le abráis hallaréis donde leer, sin que la curiosidad os lleve páginas atrás o páginas adelante, porque no hay EN LA PLAYA lectura posible seguida y perseverante, no hay dramática peripecia ni novelesco enredo, del cual no distraiga el súbito fragor de una ola, la ráfaga de viento que vuelve las hojas, el buque que aparece, la voz que se oye, el amigo que sobreviene y la involuntaria mirada al mar, de cuyas aguas surge inevitablemente un pensamiento, una sensación, que por nuevos y propios e inesperados, dominan y dejan olvidar la sensación y el pensamiento tomados del libro. Que al volver al mío desde la contemplación del mar, vuestros ojos y nuestra alma no se hallen en región distinta y opuesta; que los vuelos de brisa, que tropezando en sus hojas, os impacienten acaso, se queden con amor en ellos como en tierra patria y morada pacífica y común de creaciones hermanas.

XIII

¿Adónde hemos venido desde la merienda y sus comensales y la menuda relación de la provista despensa que salía a luz de los senos de anchas y pintadas cestas de mimbre, cuyo oficio usual era el de servir de cestas de plancha?

Todas las viandas y demás bastimento colocado en sendas fuentes o platos de formas varias y acomodadas a la naturaleza y proporciones de lo contenido, se ponen en simétricas líneas sobre uno o más blanquísimos manteles tendidos encima de la hierba. Si la dueña de casa que proveyó de esta parte de servicio, o sea ropa blanca, es tan previsora y amañada cuanto suelen serlo nuestras damas españolas, y quiere conciliar el lucimiento de su rica ropa de mesa, con la cautela y cuidado que su conservación exige, hace poner bajo los manteles una pieza de recia lona que los preserva del verdín y de la incontinencia de cualquier menudo guijarro o dura raicilla, capaces de asomarse, rompiendo el tejido, a curiosear lo que pesa encima de ellos.

Alrededor del ámbito de estos manteles se sientan en el suelo las damas, dejando espacio bastante entre el mantel y sus personas para que con la necesaria libertad y desembarazo maniobren y se muevan los que hayan de servirlas. Provée-

selas de su correspondiente servilleta, plato, cubierto y vaso o copa en que beber, y principia el destrozo.

Algunos galanes, pocos siempre, se consagran con afición y entusiasmo a esta tarea. De los demás los hay mal educados que dicen que «ellos no son criados de nadie»; otros vienen a «comer», y ciertamente no sería acertado medio de conseguirlo el de ocuparse exclusivamente en hacer que otros coman con la posible comodidad.

Otros, finalmente, vienen enamorados, y éstos, como la ocasión es calva, y hay que asirla por su único cabello, para no perder momento *se acoderan* a sotavento de la merienda, hablando con relación al punto de donde viene el grato tufillo de los platos, quiero decir, a la parte exterior del círculo femenino, a la vera de su amada, y bien arrimaditos a ella; y no *levan* ni se mueven de allí el canto de un tarín isabelino lo que el festín dura. Estos comen mimadamente, regalados por mano de la propia niña, de lo que en su plato tiene, con su propio tenedor, amén de lo que por cuenta propia les toque en la garrama y reparto que luego de satisfecho el apetito femenino suele hacerse a los varones.

En esto, y sin que nadie les hubiera llamado ni supiera decir por dónde habían venido, se aparecieron tres músicos en el pinar: dos ciegos y uno con vista, el cual traía los indispensables *hierros*, mientras sus anochecidos compañeros, a juzgar por sendas bolsas o fundas que llevaban bajo el brazo, debían ser músicos de un violín el uno, de una flauta el otro.

Estas bandas ambulantes son durante el estío en nuestras provincias lo que las celebradas *murgas* en Madrid. Tienen tan

diestra y avizor policía, que no se les pasa fiesta, por recogida e improvisada que sea, de la cual no tengan puntual y oportuna noticia. Y con diplomática reserva, sin importunar ni pedir, puesto que son mendicantes Orfeos por punto general, se contentan con presentarse, saludar con «Dios guarde a los señores y la buena compañía», y permanecer apartados, en pie, descubiertos y silenciosos, hasta llegar el momento de su entrada y participación en la fiesta.

Aparecieron, pues, los músicos, y aparecidos se alegraron las muchachas, ciertas ya de que había baile; habláronse en voz baja algunas parejas, y a poco, alzándose un rumor general, alzáronse las gentes sentadas, fueron igualmente alzados los manteles, y puestos los Orfeos en parte más evidente y cómoda que aquella donde su humildad los escondía, vigorizados sus alientos con algunos relieves del banquete, asieron los caballeros de sus damas y armóse baile.

Baile animadísimo, estrepitoso, desordenado y vivo como de sobremesa.

XIV

PRIETO, guarda que entonces era de la Alfonsina, gran cazador, cuya mostacilla y ojo certero han muerto muchas de las sordas y otras piezas con que se pompean de atinados y diestros algunos cazadores postizos, asistía a la animada escena desde el extremo alto de la calle donde entre la angostura de los pinos se veía lucir el clarísimo y tibio cielo de la tarde encima de la bahía.

Un aldeano en mangas de camisa y manos a la espalda, se le llegó, y recíprocamente cambiando el religioso saludo castellano, entraron en plática.

—Te digo, Prieto, que hay garduñas y que tienen en el pinar la madriguera, decía el aldeano.

Calla y no sueñes, Celidonio, respondió el guarda con tranquilo acento. De lo que hay en el pinar, vivo o muerto, no me digas a mí palabra.

—Pues ello, repuso Celedonio, las gallinas desaparecen, y ellas por el aire no se van. Dos pollas blancas, que valían a diez reales por lo poco, y la mujer hacía ánimo de llevarlas á la plaza el día de la Virgen, de ayer acá no sabemos qué fué de ellas. ¡Y si fueran solas!

—¿Y por precisión han de ser garduñas las que *vos* las hurten?

—Ya veo que también hay *támilas* que se santiguan. ¡Mala gente anda por Miranda de algún tiempo a esta parte!

—Y por dondequiera, Celidonio: no es este el pueblo de cuando yo y tú éramos mozos. Está ese Santander de forasteros, que no hay cristiano que los conozca. Tú no sabes la gente que quita el hambre en ese muelle de Maliaño. ¡Bendito Dios que hay pan para todos!

—Contentáranse con pan, y con salud lo comieran; pero por lo visto, ¡mal año para él, a alguno le pide el cuerpo *compaño*. ¡Estaría de boda el que se llevó *las mis* aves!

Riyóse Prieto calladamente y dijo:

—No eches a mala parte lo dicho, que no falta gente honrada en todas partes, y tampoco son santos todos los montañeses.

—¡Sí, hablas bien, Prieto!, interrumpió Celedonio; no hay porqué pensar mal ni ofender a nadie; pero con hombres que nadie sabe quién es su padre ni su madre... Ni nombre tienen para el caso, que parece que no están bautizados. Ahí vienen montón de ellos a la taberna del Nereo, y nadie dice cómo se llaman; el Riojano, el Aragonés, el Valenciano... De manera que, para tu cuenta, ¿alguno cena y se regala a costa de la mi hacienda?

—No digo eso: pero si anduviera por aquí una de esas bestias ladronas, presto veríamos señal de ella. Mira como le pinta al zorro cuando baja de Cueto, que no tiene lugar ni de hacer cama, y luego se le espanta o se le coge. Pero nada, pasea la arboleda, la sierra, que allí era más fácil esconderse en los argomales; ni en el sembrado, ni en los campos; vamos,

en toda la hacienda topas rastro de alimaña. Y ellas lo dejan siempre. Mete, si quieres, el perro más fino, de mejores vientos, y te se va de corrida sin pararse ni latir siquiera.

—Lo que quisiera yo, y daba por ello una mano, era coger al hereje que me limpia el corral y *arreále* un morterón que le quitaba el hambre para meses, sino le hacía *podrise* en la cárcel.

—Lo que tú has de hacer y tu mujer, Celidonio, dijo con calma Prieto, es tener cuenta con las tus aves y no dejarlas andar sueltas por el camino real, donde pasa mucha gente de todos pelos.

—¡Bendito sea Dios!, contestó Celedonio. ¡Si le quisiera sacar a uno de *probe* y quitarle tantos cuidados, qué humor tendría para divertirse como esos señores que bailan ahí bajo!

—Anda, que nosotros no sabemos lo que cada uno lleva debajo del chaleco, dijo Prieto. ¿Crees tú que los señores, por ser señores, no tienen en qué pensar como los que servimos? Repara y hallarás más caras alegres el domingo en nuestro barrio de Miranda que en los paseos de Santander.

—Verdad dices, Prieto; pero vaya una tarde que se dan éstos de la merienda. Bien temprano vinieron, que el hijo mío los vió cuando estaba sacando unos repollos. Lo cual diz que traían con ellos grandes cestas. Ya se les oyó toda la tarde reir y correr por la sierra. Y ahora música y baile. Mira, mira cómo se sacuden el cuerpo. Pues no se lo envidio, que a mí, después de comer y hartarme, nada me llama más que una buena siesta.

—La gente moza no para, Celidonio; cuando cansa de reir, canta, y cuando cansa de cantar, juega. Y digo, habiendo marinos en el ajo, que son todos atravesados y de humor.

—Sí que los hay, y muchos, y que no se duermen. Anda, cómo toman y dejan a las señoritas, y vuelta a tomar y vuelta a dejarlas. Ellos son amañados para todo y de rumbo. ¡Como en embarcándose nada les hace falta, ni saben si volverán a pisar tierra! ¿Qué es aquéllo? Cata, que se hacen a un lado y como que hablan aparte. Ea, que no quieren más baile y traman alguna nueva demoñura para acabar la tarde. Calla y aguardemos, que será cosa gustosa y salada como de marinos. Pues lo que concierten ha de ser pronto, que apenas les queda día y la luna sale tarde.

—Aguardar he yo por mi parte, quiera o no quiera, dijo el guarda. Hasta que los señores marchen no he de ir a cenar. Así que lo dejen, hay que pasar la vista por todo. Hacen fuego, tiran un cigarro encendido, y ahora está esto hecho una yesca.

—¿Y por qué no se lo adviertes con tiempo?

—Yo no me meto en eso; traen su permiso del señor administrador para pasar la tarde en el pinar, y a mí nadie me manda más que obedecer la orden del superior.

—Y no aguardarás mucho, que más de anochecido no estarán ahí dentro.

La broma que concertaban los marinos y otros que no lo eran, apartados todos lejos de la concurrencia, y de la que tantas gracias esperaban Celedonio y su amigo, era un desafío.

Ligerezas y poca prudencia de Marta lo habían ocasionado.

Gozábase la incauta niña en el martirio de Pablo, porque ni

imaginaba cuánto era, ni podía soñar la violencia que cabía en el atormentado carácter de su desdeñado. La ira necesitaba escaso pábulo para rebosar en llamas dentro del pecho del marino, y habíansele escapado tales frases amenazadoras y sombrías, que Marta cobró miedo. La postrera vez que bailaron juntos, la mano de Pablo ardía, y al soltar la de Marta la había apretado con tan convulsa furia, que estuvo en poco que el dolor no hiciera asomar lágrimas a los ojos de la muchacha.

Pésimo consejero es el miedo; aunque más cierto sería decir que no es consejero, sino obstáculo a todo buen consejo y acertada resolución.

Con dejar de bailar so pretexto de cansancio u otro análogo, quitaba Marta ocasión a toda explosión y encuentro entre sus dos enamorados, y naturalmente se le ocurrió tomar el camino opuesto. Luis la convidó a un vals y ella aceptó el convite. Y apurada por el temor que la sobrecogía, faltóla tiempo para decir a su pareja:

—No quiero bailar más con Pablo; si le pide a usted una vuelta, niéguesela usted.

Luis, sorprendido por la frase, y halagado por la confianza, no se atrevió a responder a su dama, que no habiendo causa ni medios para romper una costumbre seguida entre gentes de buena crianza sin faltar a la cortesía, semejante paso era una provocación que llevaba a un rompimiento, y a escenas para nadie tan perjudiciales y lastimosas como para la propia Marta.

Y bailaron. Y cuando hacían un descanso llegó Pablo, y con

el ademán, más que con la palabra, solicitó el favor de una vuelta con Marta. Y Luis se la negó.

Estaba cerca de los tres y atento a la escena el calavera; el cual, mediando para evitar contestaciones, y acaso escándalos que preveía, abrazóse a Pablo y lo apartó a un lado, mientras la pareja se ponía de nuevo a bailar. Faltóles, sin embargo, pronto el compás y lo dejaron.

Nadie parecía haberse ocupado de la rápida escena ni notádola. Uno de los marinos llegó donde Luis estaba, y le separó de Marta para hablarle en secreto. Mientras tanto, agrupados otros con Pablo y el calavera en la alameda vecina, preparaban el desenlace del drama.

—Yo he de matar a ese hombre, y ha de ser antes de mañana, antes de que la fragata leve—decía Pablo.

—Pues para eso, reponía el calavera sin soltar el cigarro de los dientes, es indispensable proceder con grandísima cautela, y que nadie sospeche ni suscite obstáculos imposibles de vencer. ¡Prudencia y disimulo! Fíe usted de mí, deme sus poderes amplios para tratar del lance, y yo le doy mi palabra de caballero de mirar por su honra como por la mía propia. No hay para qué asustar a las mujeres ni dar comidilla a los noveleros. Afortunadamente queda poca tarde, y es preciso que la fiesta concluya sin turbación ni disgusto visible. De una manera o de otra, el señor don Luis dará satisfacción de su desaire, y en el termino preciso para que usted no falte en su puesto de a bordo a la hora de levar. Cualquiera de estos caballeros que usted designe, me ayudará a que nos entendamos con los designados por el contrario. Mas sean quienes fueren sus apo-

derados de usted, conviene que tengan poderes completos y absolutos, pues hay poco tiempo y necesitamos no malgastarlo en conferencias y discusiones. Estas cosas, tratadas entre gentes como nosotros, son negocio de poco ruido y menos palabras.

La resolución del calavera y la serenidad de su lenguaje dominaron a cuantos le oían. Veíase claro cuán ducho y experto en tales lances era, mientras le rodeaban mancebos novicios todavía y que nunca acaso habían participado en querellas graves y susceptibilidades sangrientas del pundonor social.

Latíales el corazón a todos ellos con ansia indecible, porque a ciertos años parece acto de posesión de la dignidad viril el de asistir como actor o como testigo a una de esas falsas satisfacciones de la honra, cuyo remedio y conjuro no han hallado todavía, ni hay que esperar que lo hallen, los códigos de la justicia y las instituciones del progreso humano. Y como el soldado bisoño al entrar en fuego, va confiado junto al veterano y le obedece mudamente y le copia, entregábanse ciegamente a la guía y magisterio del hombre probado ya en ocasiones parecidas, que además de ser ejemplo, es testimonio de que sus riesgos no son todos invencibles ni todos mortales.

Gobernados por el calavera, ayudaron al improvisado plan: unos acompañaban a Luis, otros a Pablo, sin acercarse ambos grupos, pero interviniendo cuanto les parecía posible en la conversación y compañía de las otras gentes, en tanto que so color de pasearse y respirar el fresco ambiente del crepúsculo, los cuatro padrinos decidían las condiciones del combate, hora, sitio y armas.

No era tan perfecta la comedia, ni tan cabal el engaño, que impidieran ei nacimiento de toda sospecha en los ánimos más desconfiados, o que habían puesto atención en el brevísimo episodio del baile. Mas aun éstos, ¡véase lo que es la humana naturaleza!, habíanse aquietado, cuando creyeron advertir que el calavera se había apropiado la dirección de los negocios.

Marta era la sola criatura con perfecto conocimiento de lo que sucedía, crudamente atormentada por la indecisión, temerosa de agravar los males presentidos si daba noticia de lo que sabía, temerosa de delatarse sin fruto, y contenida en último lugar por el traidor pensamiento de que acaso todo podría oportunamente remediarse, y por la egoísta esperanza de que, según las gentes usan decir: «No llegaría la sangre al río.»

Hora era esta de visitar aquel corazón de mujer, para estudiar lo que en sus adentros pasaba, si no fueran indiscreción las visitas de sorpresa, y especialmente a moradas que han sido de sosiego y alegría, en hora que lo son de interiores quebrantos y discordias.

Cayó en esto la noche, poniendo anhelado término a la dificultosa situación de los espíritus.

Bajaron todos hacia el Sardinero, donde esperaban los carruajes, despidiéndose los que iban a la ciudad de los que permanecían en las hospederias de la playa y de los que se embarcaban.

En el bote de la fragata entró el calavera con Pablo y los demás oficiales de a bordo: en un cochecito de alquiler se me-

tió Luis con otros tres amigos, ocupándole todo, y entre adioses, despedidas, chistes y palabras galantes, sinceros unos y otros fingidos, se apartaron los que con tan distintos ánimos y tan distintos afectos habían pasado juntos las serenas horas de tan hermosa tarde.

Prieto, en tanto, rondaba por el pinar; ahuyentaba algunos perros, atraídos por el olor de los desperdicios, y se retiraba a dormir tranquilo en cuanto a la hacienda fiada a su fiel custodia, y no amenazada por lo pronto de incendio ni otro devastador enemigo.

XV

¡Hermosa noche de Agosto! ¡Cuán blanca y apacible surgía la luna sobre la dormida tierra de Trasmiera, y levantándose pausada y silenciosa encima del horizonte, recordaba la espesa sombra y los románticos perfiles del monte de Hano y sus ruinas y sus escollos!

Sosiego de la creación fatigada; muda y soberana alegría de pechos enamorados, que amparados por tus sombras, cubren, abrazan y enseñorean con sus libres y ardorosas alas el universo; breve silencio de la vida, en el cual parece oirse la voz augusta y misteriosa de la muerte; manto misericordioso del triste; oración callada de la tierra; abismo de espantos y revelaciones, de melancolías y consuelos, de luces y tinieblas, ¡oh, noche serena de estío, cuán dulces horas tienes en las cántabras marinas!

Más cariñoso y soñoliento que a la viva luz del sol, suena el susurro de las espumas; y el incesante rumor de las olas parece hacerse cadencioso y blando para arrullar el reposo de la naturaleza.

Envuelto en el sudario de pasajero sueño, deja el mundo los espacios libres a la visión de los siglos y las generaciones extinguidas, que tornan a ser y a obrar resucitadas por la imaginación y la memoria.

Así vela el pintor con tinta uniforme, gris y opaca, las historias fingidas sobre antiguo lienzo, y lo prepara a nuevas concepciones de su fantasía y obras de su pincel. Más rapida que la mano del artista, más rica y súbita que su imaginación cultivada y fértil, la mente del soñador solitario hiere los espacios, que al golpe vago de su misterioso poder se pueblan y animan.

¿Quién dirá, ¡oh pensamiento!, lo que en la bruma azul hallan tus ojos? ¿A quién pediremos, ¡oh alma!, lengua y voces que dieran forma y cuerpo a la niebla luminosa, acento al claro centellear de las estrellas, movimiento a la espesada sombra, desahogo y objeto a los confusos latidos del corazón?

En semejantes horas, ¡oh dulce patria, adorada cuna y deseado sepulcro mío!, en semejantes horas apareces a mis ojos en la plenitud magnífica de tu hermosura.

Todo lo pasajero y mudable duerme o calla, o desaparece sumido por la noche en sus abismos de sombra. Pero tus montes soberanos dibujan sobre el cielo sus perfiles gigantescos, en los que se reflejó el sol del día primero de la tierra; que hirieron los asombrados ojos del primer hombre peregrino en tu suelo, y enamoraron su alma, y clavaron aquí su planta errante, y le obligaron a llamarte patria, materno asilo, estirpe de su raza, solar de su familia, adoración de sus entrañas, tierra posesora de su corazón, que serás fecundada por sus sudores, bendita con las bendiciones de su trabajo, llorada por sus lágrimas, defendida por su desnudo pecho, ensanchada por su brazo, amada, en fin, que todas esas son formas del amor,

con delirio insensato, amada sin saber por qué, sin saber desde cuándo y hasta dónde.

La sangre de tus venas ha fluído desigual y errante, extendiendo la raza, nutriendo generaciones desaparecidas o muertas, cautivas o libres, prósperas o desgraciadas, fugitivas o invasoras, bárbaras o cultas, hijas de un tronco único, diversas en tiempos, lengua, traje, suerte y costumbres, y lo que fué poblado es yermo, y lo que páramo desierto, asiento de muros y talleres, de calles y edificios. La savia de tus árboles corre y se mueve entrando en una parte a vestir y asombrar la aguanosa marisma, subiendo en otra a cubrir de selva la rasa cima de la montaña, bajando de la descuajada loma convertida en erial, recogiéndose a la sombría cañada que se torna impenetrable bosque. Hombres y plantas, pueblos y mieses se mudan de uno a otro paraje, y si la mirada de los siglos sobreviviera al tiempo, apenas reconocería la tierra que los hechos de una centuria agitaron y estremecieron.

Empero esos montes indomados y soberbios, faz sublime tuya, semejante a la eterna faz del cielo, dibujada por la inextinguible luz de las estrellas fijas en sus centros para cuanta haya de ser la duración del mundo, no padecen mutación ni cambio. Erguidos sobre sus firmísimos cimientos, que se esconden allá en el remoto centro donde la tierra o hierve o fluye en génesis perpetuo, levantan las frentes desiguales, sobre las cuales llora la noche ausencias del día. El sol de la mañana las enjuga el llanto, y antes de morir el sol de la tarde hace centellear en sus alturas las lágrimas del nuevo rocío.

La nieve del invierno las abriga con su doblado manto de

blancura, de cuyos jirones, desembarazadas por el ambiente tibio de la primavera, se ofrecen coronadas de flores al risueño mirar del recobrado cielo.

Testigos de tu historia, responden elocuentes al corazón que con filial afán los interroga.

En sus roqueños flancos parece retumbar todavía el son de tus batallas y el eco de tus lamentos. De sus cumbres dejaron caer rodando por el quebrado lecho del torrente el guijarro que había de cebar tus hondas certeras, y en que cimentaste tu vivienda más remota; en su manchada corteza te mostraron el camino de sus venas, donde yacía el hierro para tu primera lanza y para tu primera reja; en sus umbrías y en sus grutas te guardaron asilos y guaridas impenetrables; y en sus cimas te ofrecieron, por último, ara en que hallase forma la intensa adoración de lo invisible y lo divino, encendida en tus entrañas.

Porque desde sus albores primeros tu razón virgen se sentía llamada hacia un Dios, cuya mansión revelaba la magnificencia espléndida de los cielos; y en tu inocencia ruda, trepando a lo más alto ansiosa de encontrarle y conocerle, llegaste donde eras sola y no había más vida que la vida ingente de tu corazón gigante; donde viste que el cielo se alejaba a no medida distancia, y para seguirle y alcanzarle no hallabas paso ni subida. Pero nunca desengañada ni vencida tu fe robusta, acopió las tremendas rocas, erigiólas en altar y ofrenda a aquel Dios desconocido e inaccesible; y desde aquella soledad augusta, envuelta en nieblas, privada de sol, anegada en sobrenatural silencio, semejante al silencio de lo increado, alzaste tu pensamiento al soberano Ser y le adoraste.

No tardó el Dios verdadero, el infinitamente justo y poderoso y bueno en mostrarte la luz de su conocimiento perfecto, y como no estaba tu alma manchada con la idolatría del vicio ni de tus propias criminales flaquezas, como ni aun imagen figurada de tu Dios tenías, porque no soñaste nunca en encerrar y contener su espíritu infinito y tan sensible en tus cielos, en tus montes y en tus olas, dentro de la obra tosca de tus toscas manos, pronto le viste claro en la naturaleza y le hallaste infalible en tu conciencia. Y le consagraste tus montes, sellándolos con la cruz, corona de los nuevos altares, que ya no fueron obra informe y desesperada de comunes instintos, sino clara y elocuente expresión de lo que confesabas, amabas y creías. Y en la sombra de sus gigantescas quiebras y al amparo de sus árboles seculares, labraste santuarios donde glorificarle en las horas de tus alegrías, donde recogerte en los momentos de terror, donde llorar en los días de penitencia.

¡Oh, cuán elocuente es la voz de esas cimas azules que yacen graves y calladas en el silencio de la noche! ¡Cuán arrogantes y enhiestas se dibujan, inundadas en el sol del medio dia! ¡Qué soberana majestad visten teñidas por la púrpura de la tarde!

Así las veían nuestros antiguos padres, cuando el recio y no tentado muro de sus asperezas era para ellos límite del orbe y confín del universo.

Así las vieron al decir adiós a la nativa tierra, con enjutos ojos y desesperado pecho, los cántabros que en sus garras llevó el águila romana a pelear por su gloria en Africa y en

Siria; terribles soldados a quienes era olvido del cautiverio la generosa embriaguez de la batalla.

Así las ven esos peregrinos traídos de la rica tierra del trabajo a la pobre tierra del reposo, por el ansia de dormir el eterno sueño a sombra de la iglesia, cuyo pórtico les sirvió de escuela. Así las vuelven a ver, así las hallan, que nunca dejaron de verlas dentro de su trabajada memoria, a través acaso de nubes de tristeza y diluvios de lágrimas, que la imaginada vista de los patrios montes desvanecía y atajaba.

Así las verán tantas generaciones, cuyo número reside en Dios, como han de enlazar el día presente sobre la tierra cántabra con el postrero día de lo creado, en cuya vasta y henchida memoria no será siquiera átomo ponderable el recuerdo de nuestros días, de nuestros trabajos, de nuestros hechos y de nuestras obras.

XVI

Gómez, sargento de carabineros del Reino, contemplaba también la hermosura de la noche, descansando de su ronda nocturna. Después de recorridos algunos puestos de sus subordinados, hallábase sentado con su fiel carabina en uno de los bancos de tierra que dominan la playa.

¡Cuántas noches como aquélla habría visto el veterano caer la luz de la luna tan limpia y tan serena sobre la sangre y las agonías del campo de batalla, sobre el luto y horrores de la guerra, el incendio y la matanza! ¡Cuántas veces habría sido compañera solitaria, y única distracción de sus largas centinelas; cuántas confidente muda de sus cuidados! ¡Cuántas habría sido la sola claridad de su vida de soldado, fiada al azar de los combates, llamando al cielo su pensamiento entretenido en las mortales desconfianzas del trance inmediato! ¡Cuántas veces esa luz habría sido la postrera que vieron tantos camaradas suyos, tendidos al nuevo sol por el hierro o el plomo! ¡Cuántas la habría visto centellear en lanzas y bayonetas, en cascos y corazas, acompañando la silenciosa marcha y el solemne ordenar de los soldados, precursor de la pelea! ¡Y cuántas esa misma luz le habría visto a él antes de la hora de la retreta, espiando una ventana por ver asomarse un bulto, avizorando una esquina por vérsela doblar a una falda, acechando

un seto en la campiña para oir a la otra parte el cantar de una voz que le llegaba con su acento al corazón antes de alcanzarle con su letra al oído!

Alguna reminiscencia de esta última especie le retozaba en la memoria al soldado, porque entre dientes y por lo bajo, salvando siempre el prestigio de los galones y los fueros de la ordenanza, parecía murmujear una canción.

Callóse súbitamente y enderezó el cuello a modo de sabueso que hace muestra; aguardó un instante, se puso en pie y adelantóse al borde del terreno con los ojos fijos en la mar. Los de cualquier bañista no hubieran acaso distinguido en el vapor azul y diáfano que cubría las aguas, más que el negro casco de la fragata dormida sobre sus poderosas anclas; pero los ojos prácticos de Gómez descubrieron en lo azul un bote que al remo bogaba hacia tierra.

Era bajamar, y el bote venía derechamente a embarrancar en el peñascoso lugar donde habían atracado los botes en la pleamar de la tarde.

Gómez se mesó con la mano el cano bigote, y habló para sí apostrofando a la embarcación:

—Qué negocio traerás tú a estas horas, con mar bella y luna clara, metiéndote entre las piedras, para que te hagan un boquete de a palmo en las costillas cuando menos lo pienses. Poca malicia tienes. Pero los que andan en la mar no se pasan de bobos, y mejor es verlo todo por sí. Ea, andando.

Y colgándose del hombro la carabina, bajó al arenal, dirigiéndose al sitio adonde el rumbo del bote prometía el desembarco de la gente.

La sombra de la capilla caía de lleno sobre las arenas, pintando tendida en ellas la cruz que la corona. El sargento alzó la vista, y mentalmente saludó al sagrado símbolo, que al cabo era soldado español, y viejo, y había visto constantemente el santo blasón ante sus ojos, desde la cartilla en que estudió las letras hasta la bandera que juró y siguió a la guerra, y en la condecoración que pagó su primera herida.

Entró luego en la sombra que arroja el promontorio, pasó delante de las grutas sin volver la cabeza al golpe seco de la gota de agua que dentro de ellas cae y sobresalta a los inadvertidos, y llegó al borde del agua cuando saltaban en tierra las gentes del bote.

Vió oficiales de marina y un solo paisano con ellos, y con un lío bajo el brazo; cuadróse obediente a la costumbre, saludó cortés y militarmente, y contestado el saludo, marinos y paisano treparon por los zig-zags que serpean hasta la fonda de Zaldívar, y buscando por el norte del edificio la entrada del vallado que cercaba el pinar, entraron en él.

Gómez reparó en que no traían marineros, y en cambio ceñían sus sables; oficial o guardia-marina era el que quedaba en custodia del bote. Un arma cayó en la arena, y el puntual carabinero se acercó a recogerla; adelantósele uno de los marinos, pero Gómez tuvo espacio para ver que era un sable distinto de los ceñidos: tenía guardamano cerrado, hoja ancha y casi recta; el soldado lo juzgó sable de abordaje.

Todos estos pormenores pusieron en autos al marrullero y experto Gómez de que no era comisión del servicio la que traía a tierra, a tal hora y en tal son, marinos de la fragata

Pero la casi certidumbre en que rayaban sus recelos le obligaba a mostrarse doblemente cauto y discreto, pues no había vestido tantos años el uniforme sin hacerse cuenta de lo que puedan ser puntillos de honra y sus tiranías. Así que inmediatamente subió también por el mismo camino, y llegándose a los carabineros esparcidos en sus puestos, que pudieran haber visto el desembarco y tratar de dar muestras eficaces de celosa vigilancia, los sosegó y mantuvo en completa reserva con la frase sacramental: «no hay novedad». Los carabineros, descargada su responsabilidad en la del jefe inmediato que debía haber visto las cosas de cerca, continuaron, quién dormitando sobre la boca de la carabina, quién mirando a la luna, y todos pensando en el momento del relevo.

Alumbrados por el astro suavísimo llegaron los desembarcados a la alameda en que tuvo lugar la merienda, al cabo de la cual se encontraron con otro grupo que parecía llegar de la parte de la ciudad.

Como si quisiera reconocer a los recién venidos, de los cuales eran también marinos algunos y venían asimismo armados, se adelantó el paisano desembarcado, el cual no era otro que el calavera, que tiró su cigarro así que vió acercársele uno de los que de la ciudad parecían venidos.

Saludáronse, y el calavera dijo:

—Antes de llevar las cosas a su peor extremo, deseamos nosotros, como creemos sinceramente que ustedes desean, tentar todos los caminos posibles para evitar un lance desagradable, y cuyas consecuencias como lance de armas nadie puede prever. ¿Condesciende el señor don Luis en manifestar

lealmente de oficial a oficial, de caballero a caballero, a mi re- representado, la causa del público agravio que esta tarde le hizo, agravio tan en desacuerdo con el sentado concepto de cortesía y esmerada educación que el señor don Luis merece a todos sus compañeros?

El que venía de la ciudad contestó:

—Reconocemos el sincero deseo de ustedes de atajar la cuestión pendiente, y aceptamos la justicia con que ustedes nos atribuyen igual deseo y sinceridad. Nos duele, sin embargo, haber de rehusar la postrera proposición que ustedes nos ofrecen como término único de avenencia, agradeciendo siempre sus corteses formas, y si no hay otro medio de evitar la solución de antemano preparada, confesamos que esta es la sola posible en las condiciones en que la cuestión se encuentra.

Durante la conferencia, ambos grupos permanecieron apartados y distantes. Terminada aquélla, cada uno de los interlocutores volvió hacia su gente, y entonces se acercaron todos y se saludaron con poquísimas palabras y ceremonioso acento.

Habían sido tan puntualmente previstos y preparados los mínimos detalles por el calavera, que ya no hubo sino salir al claro de un campizo, a la vera de los árboles, donde había de ser el duelo.

Partieron los padrinos la luna como en los antiguos duelos se partía a los adversarios el sol; colocáronlos de manera que la luna, enfilando la calle de árboles de mediodía a norte, tendía sobre el suelo las sombras de ambos mancebos paralelas e iguales. De tal modo, la luz no era ventaja para ninguno de ellos, ni obstáculo.

Puestos en mangas de camisa ambos contrarios y descubierta la cabeza, diéronles los sables: apartáronse a conveniente distancia, y el calavera dijo: ¡En guardia!

Pablo, en quien aún no dormía la cólera, aquejándole a vengarse, ciego y fiado en sus grandes fuerzas, púsose en guardia alta; adelantado y descubierto el pecho como en descarada provocación y reto a su enemigo, levantó la afilada hoja sobre su cabeza amenazando la del contrario.

Luis, recogido atrás el busto, caído el sable en guardia baja, la punta al suelo y el filo al frente, parecía más dispuesto a la defensa que al ataque.

—*¡Allez!*—dijo el calavera, que en lances de armas conservaba y usaba preferentemente las voces oídas en las salas y a los maestros franceses. A su voz siguió un súbito centelleo de aceros heridos por la luna.

Tendióse rápidamente Pablo, descargando su sable sobre Luis, el cual, hurtado el cuerpo, parando el formidable tajo, libró su hoja, y vuelta la mano tiró una cuchillada que alcanzó en la sien izquierda a Pablo. Brotó copiosa la sangre, cubriendo instantáneamente aquel costado del rostro, enrojeciendo pecho y hombros de la camisa y goteando al suelo; Pablo dejó caer desmayado el brazo del arma, inclinó la cabeza, y se desplomó sobre sus pies. Todos acudieron, menos el matador; procuraron levantar al caído, y penosamente le reclinaron bajo los pinos; percibióse apenas un suspiro, siguió corriendo la sangre, manchando el césped, sumiéndose en tierra, y a poco el cuerpo fué extendiendo sus miembros hasta quedar inmóvil en completa rigidez cadavérica.

—¡Ha muerto!—dijo el médico incorporándose y apartando la mano con que pulsaba el corazón del herido. Entonces se acordaron de Luis.

Desencajado, descolorido, le hallaron, asiéndose a las ramas bajas de un pino, como si le faltasen tino y fuerzas para tenerse en pie. Daba diente con diente, y, apenas sus amigos le hablaron, echóse a llorar abrazándolos apretadamente. ¡Pobre mozo! Este desahogo de lágrimas no bastó a templar la agitadora fiebre que estallaba dentro de sus entrañas, y a poco cayó en brazos de sus compañeros, convulso y sin sentido.

XVII

Descolorida por la luz del alba, mostraba la luna su apagado disco sobre el cielo. En su ronda matutina llegó Prieto al terreno del desafío. Paróse a vista de la pinocha hollada y teñida de sangre, y acariciándose la barba con la mano, decía a media voz hablando consigo mismo:

—¿Tendrá razón Celidonio? ¿Habrá garduñas en el pinar?

Miró un poco en torno, pisó y esparció con su pie la pinocha ensangrentada, meditó un rato, y luego, respondiéndose a su propia interrogación y meneando la cabeza:

—¡Quia! Esto no es garduña ni zorro, ni alimaña de cuatro pies. ¡No dejar ni pluma, ni pelo, ni rastro! ¿Por dónde se fué con la caza? O aquí hay encanto o yo no lo entiendo.

Y en su honrado y curtido rostro se pintaban perplejidades sin cuento.

Y miraba a las copas de los pinos, que se dejaban mirar silenciosas y graves, mirando a su vez al cielo, y como si nada tuvieran que ver con los delitos de los hombres, ni aun para delatárselos a la justicia. ¡Saben ellas que hay una justicia tan infalible y certera allí adonde están mirando!

No se satisfacían con poco los recelos del guarda, y visto que las copas de los pinos nada le decían, consultó a sus tron-

cos y quería consultar a sus raíces, e imaginaba con su imaginación de hombre de los bosques y las montañas, que alguno de esos espíritus invisibles que en la espesura moran, debía decirle algo de las causas y sucesos que manchaban de sangre su pacífico y querido pinar. Al lindero de éste le habían llevado sus estériles meditaciones y su no menos estéril paseo cuando oyó pasos, y mirando entre las ramas vió a su amigo el sargento Gómez, que terminada su guardia nocturna y recogidos los puestos, atajaba por la senda que cruza la sierra de la Alfonsina para llegar más en breve a su cuartelillo de San Martín.

El guarda salió de los pinos para saludar al militar.

—¿Qué novedad reza el parte de esta mañana, Prieto?—dijo el soldado.

—Ninguna, Gómez. ¿Qué es eso, ya se retira la gente?—contestó el preocupado Prieto.

—¡Ya!—repuso el veterano.

—Buena noche habéis tenido; con noches tales se puede velar sín mucha fatiga—añadió Prieto.

—¡Pshé!, no ha sido mala — respondió Gómez—. Conque nada nuevo por el pinar, ¿eh?

—Hombre—dijo el guarda después de vacilar un rato, y llegándose casi al oído del soldado—, perdóneme Dios la mentira que te dije enantes. Mira, vente conmigo. Algo ha pasado aquí esta noche, que no sé yo si habrá sido como Dios manda. Puede que tú hayas visto algo y me saques de confusiones.

Y entrando bajo los árboles, condujo el guarda a su amigo y

le puso delante de la tierra ensangrentada, cuya novedad le desasosegaba.

El sargento miró al suelo sin decir palabra, y tras una breve pausa, seguido por Prieto, salió al escampado desde el cual se descubren el mar y la entrada de la bahía, las tierras de Trasmiera y los montes de Arredondo, Pas y las Encartaciones.

—¿Qué dices?—preguntó el guarda.

—Mira—respondió el sargento—, allí va vivo o muerto el hombre que tuvo en sus venas esa sangre que te ha manchado el suelo de tu bosque.

Y señaló a la soberbia fragata que lanzando torrentes de humo, y orlado su casco de espumas a proa que el tajamar alzaba y espumas a popa donde su hélice hervía, navegaba con rumbo a Levante en la plena y espléndida luz de la mañana.

Y seguidamente, y fiando en la palabra, discreción y silencio del guarda, contóle el sargento cuanto había visto horas antes en la playa: la arribada del bote y desembarco, calidad y arreo de sus tripulantes, dirección que habían tomado, y su vuelta a cabo de una hora poco más o menos, trayendo en brazos un cuerpo, o muerto o mal herido—que él no se atrevió a acercarse y averiguarlo—, y que luego de colocado en el bote desatracaron, bogando hacia la fragata, y quedándose el paisano en tierra, el cual tomó después costa adelante hacia la Magdalena, convidado sin duda a pasear por la claridad de la luna y la magnificencia del cielo.

—Y mientras eso pasaba y un hombre perdía la vida—con-

cluía como moraleja el soldado—, la que era causa de tamaña desgracia estaría durmiendo a pierna suelta, Prieto.

—Pues qué, ¿crees tú, Gómez, que andan mujeres en esto?— dijo el guarda.

—Como Dios está en los cielos—repuso el sargento.

Engañábase el veterano. La que había sido ocasión del duelo, no dormía tranquilamente aquella noche, ni gozó sueño pacífico en muchas otras, y ¡quién sabe si todavía no la despiertan y hacen llorar improvisadamente lastimeras visiones inesperadas de la olvidada merienda y el olvidado baile!



A FLOR DE AGUA



I



CÁBANLE al perezoso sus propios deseos», *desideria occidunt pigrum*, dice el sabio rey de Jerusalén; y no satisfecho con esa breve y enérgica pintura del capital pecado, amonesta una y otra vez en el figurado lenguaje y compendioso estilo de sus Proverbios, al desdichado a quien cons dera esclavo de tan abominable yugo.

«Quiere el perezoso y no quiere», dice en otra parte; «crúzase de brazos en tal de menear los puños; abandónase cobardemente al vago pensamiento en vez de recogerle y vaciarle dentro del molde positivo y útil de las obras; se vuelve y se revuelve en meditaciones nocturnas a modo de puerta que gira sobre su quicio y nunca avanza ni retrocede; rehusa alzarse y caminar, temeroso de imaginarios peligros que él se forja in-

superables. Un león me aguarda en el camino, dice, y la leona carnicera ha salido a la encrucijada. Por eso es su tardío camino, camino de abrojos donde cuando menos lo cuidaba salen a su encuentro la necesidad a manera de viandante inesperado y a manera de enemigo armado la pobreza. La pereza aletarga, y es la indigencia obra de manos holgazanas, como de manos diligentes el bienestar y la abundancia».

Juan solía leer a Salomón, y aun lo leía cotidianamente; mas aprovechábase poco de sus sanos consejos. Es verdad que a haberlos aprovechado y curádose de su pereza, Juan hubiera cesado de ser tal cual era. Y Juan era perezoso, perezosísimo.

Allá en el secreto del mental laboratorio su actividad era incansable e ilimitada, y su espíritu el más fecundo forjador de planes y vencedor de obstáculos y atropellador de toda importuna valla y enojoso impedimento. Pero ahí finaba y concluía su acción.

La esfera es ciertamente vasta, vastísima, y a eso se debe en no poca parte la enervación y el flaquear y perderse de tantas portentosas fuerzas como dentro de ella pretenden obrar y ejercitarse; que siempre fué la extensión causa de debilidad, y aquella ley fundamental de la gravitación descubierta por Newton, que ningún bachiller imberbe ignora, y establece cómo las fuerzas atractivas obran en razón inversa del cuadrado de las distancias, es aplicable y adecuada a la acción de la voluntad humana, y sus relaciones con cuanto ella intenta someter a su poder ambicioso y desasosegado.

Tratábase, empero, de concretar y reducir a términos precisos y fórmulas prácticas aquellas especulaciones indecisas'

venía la ocasión o apretaba la necesidad de traducir en hechos, o más claro, de vestir forma y apariencia tangible a la creación o visión mental, y toda actividad desmayaba, y el fuego se extinguía al soplo mortal de la desidia, es decir, del hastío físico, penosa dolencia de la cual ve a su alcance el paciente la medicina, sin querer ni poder asir de ella y usarla en su propio beneficio.

En ese límite fatal entre el espíritu y la materia se estrellan los cobardes y los soberbios; sálvanlo los temerarios y los humildes. Manos ociosas serían las del poeta y del artista, y no hubiera arte ni poesía si el artista y el poeta esperasen de sus manos aquella perfección de hermosura con que entreviera su cerebro la inspiración primera; si ofendidos o lastimados por la penosa distancia que ven entre su obra formalizada y visible y la que soñaron y les colmó, apareciendo, de inefables alegrías, mientras la otra les trajo insoportables tristezas y desengaños, prefiriesen no *hacer obra* a hacerla defectuosa y pobre, diciéndose que únicamente la perfección realizada vale y merece sacrificios, fatigas y dolores.

Rozarse con sus prójimos, manejarlos o ser manejado por ellos, defender sn opinión o su interés contra opiniones contrarias y opuestos intereses, mediar o intervenir en los comunes afanes, solicitar, prevenir, trazarse y proponerse un plan o una senda, sujetar su pensamiento a disciplina y dar de antemano a la realización de una idea parte grande o chica de sus futuros días, pareciéronle siempre a Juan imposibles empresas, y si alguna vez probó a tentarlas, quedóse irremediablemente a los principios de la prueba vencido, desalentado y triste.

Hombre del momento presente, abarcaba en un instante extensiones vastísimas, muchedumbre incalculada de hechos, fases sin cuento de una idea tenaz, de un único sentimiento; mas nunca llegaba su enervado espíritu a ordenar en necesaria y clara sucesión de tiempos aquella espesa masa de vida que agitaba tan en confuso. Faltábale solidez para afirmar en lo pasado y alcance para sondear lo porvenir, y así flotaba en vaguedad perpetua, disipado, oscuro, transido de recelos y desconfianzas, falto de serenidad y resolución para fiar a nadie sus propias divagaciones, y las visiones que eran su constante y única compañía.

II

Todo servía de pretexto a esa repugnancia que Juan sentía hacia el mecanismo social y su participación en él; las cosas y los hombres, y de éstos lo mismo sus vicios que sus virtudes. Absteníase de obrar unas veces por temor de tropezar en ajenos intereses, de herir delicadezas de sentimiento, afectos adquiridos o naturales; absteníase otras por desvío que las mundanas miserias le inspiraban y recelo de ser manchado y alcanzado por ellas. Como si el hombre hubiese venido al mundo para preservar su túnica de jirones y no para hacer su jornada oscura o ruidosa, breve o larga, a todo precio y costa; como si fuera su destino el del meticuloso y egoísta del Evangelio que sepulta el caudal fiado a su celo y con él sus cuidados en lugar de granjear y discurrir para aumentarle; como si hubiera recibido de su Criador potencias y virtudes para ahogarlas en solitarias contemplaciones y no para echarlas a competir y luchar con las potencias y virtudes de sus semejantes; como si la vida, en fin, fuera claustro y no milicia, paz y no guerra, ocio comodísimo y no inquietud, vigilia y labor incesante.

Para abrirse paso en la vida, para ganar *altura* en ella y para levantarse y dominar en la esfera de la acción o en la esfera del pensamiento, es de necesidad absoluta y suprema so-

meterse a la serie de choques en que el vivir consiste, ora vencedora, ora vencida la voluntad, avanzando o cediendo alternativamente, sin cesar de resistir y sin cesar de *querer.*

En el vaivén de las olas se ven flotar, cuando amaga tormenta, unos animales deformes y extraños, de lívido color y glutinosa substancia, que para bogar entre aguas no tienen más acción que las contracciones y dilataciones sucesivas de su blando cuerpo. Las poderosas olas los traen y los llevan, los arriman a la costa y los alejan violentamente de ella, y ellos, tan míseros y débiles, pero porfiados y constantes, peleando y resistiendo, nadan hasta que al cabo de horas y esfuerzos se asen a la roca, donde establecen su nido y procrean. Lección de perseverancia que tantísimos presencian y tan pocos utilizan.

En resolución, Juan no era *nada.* Y no ciertamente a faltas propias, sino más bien a *sobras* debía su oscurecimiento e insignificancia sociales.

Sobra de altivez para pedir, sobra de delicadeza para intrigar, sobra de firmeza para plegarse, sobra de melancolía para bailar el agua delante a los poderosos, mostrándoles constantemente apacible y contenta fisonomía y sobra de condescendencia para resistir y mortificar gustos y propósitos ajenos.

Vivía de una renta módica heredada de sus padres, la cual gastaba con el mismo desorden e irregularidad que eran el sello característico de su organismo moral y derivaban de su ingénita indolencia.

No es, sin embargo, la pereza paz, ni la inacción sosiego. Emulando ejemplos que en sus amigos y coetáneos veía, era

asaltado Juan a menudo por veleidades de ambición y gloria, las cuales el primer tropiezo desvanecía, mas no sin dejarle hieles en el alma, cuyo sabor iba amargando poco a poco todos sus gustos, sumiéndole en tenaz e incurable descontento de sí mismo.

Para consolarse de su inutilidad perfecta o para olvidarla; para engañar, en suma, su propio desengaño, refugiábase Juan en los libros. Lector desesperado, sin orden ni mesura, en cuanto al asunto de lo que leía; pero sibarita exquisito en cuanto al estilo, sin cuya precisa gala y ornamento no había para su gusto libro tolerable ni escritura legible. Latín de San Jerónimo o latín de Lucrecio éranle iguales, puesto que la lengua en ellos era igualmente clara, sobria y enérgica. Jácara de Quevedo o discurso del venerable Granada le deleitaban de la misma manera, porque en ambos hallaba su habla materna, su patrio castellano rico, elegante, afluente y armonioso.

De tales gustos y tales ocupaciones habíale nacido naturalmente el deseo de imitar lo que leía y gastaba algunas horas de su vida en escribir. Obras de imitación y reminiscencia, como no podían menos de serlo, teniendo en cuenta sus orígenes, y además de corta extensión, las cuales, concluídas, satisfacíanle poco, y en modo alguno le pagaban las fatigas y sudores padecidos para componerlas.

III

Uno de los cómplices más señalados que la pereza de Juan tenía era el mar.

Con venir a la costa, apostarse en una cumbre y echarse a contemplar la vasta extensión de las aguas, considerándola ya como porción física del planeta, ya como elemento necesario de su equilibrio y conformación, o como mundo menor y habitado, o como vehículo de civilización, o como germen de poesía, como misterio impenetrable, como servidor y arma conquistada por el hombre, o como estudio de color, o como detalle de paisaje, como manifestación sublime de la Omnipotencia, o como objeto inane y monótono, de ningún fruto para la meditación, de ningún halago para el espíritu; con darse a imaginar lo que el mar encierra, lo que el mar ha visto, lo que sus olas suben, lo que sus mareas andan, lo que sus vientos corren, lo que sus tempestades obran, y las revoluciones posibles en sus recónditos senos, y el golpe de agua que pueden arrojar sobre el continente movidos por un cataclismo, repetición de cataclismos históricos y probados, y los secretos que pueda revelar abriéndose y mostrando la lóbrega cavidad de sus abismos, y las escuadras que pueden oprimirle, y los combates que pueden asombrarle, la sangre que puede enrojecerle

y la luz que puede bañarle; con improvisar mentalmente los libros que sabrían describirle y los poemas que lograran celebrarle, con forjar los cuadros que pueden reproducirle y retratarle y con gastar medio día o un día entero en esas contemplaciones abstractas y estériles, henchido el espíritu de visiones y ahogados los sentidos en rumores, ayes, sonidos, tintas, colores, estruendos, naves, olas, rimas, aplausos, lutos, victorias, luces y tinieblas, parecíale a Juan no haber malgastado el tiempo, satisfaciéndose con sentir el alma ocupada y fija y aquietado el pensamiento indeciso y errante.

Acuérdome ahora de un caso de mi adolescencia que no será fuera de cuento, cuando a servicio del discurso lo trae la memoria. Cierto aragonés, discípulo del ilustre paisista Villamil, al cual este célebre maestro había dado a copiar unos árboles, cuyo follaje abatían las ráfagas de una tormenta, quejábase de lo difícil de su modelo, y queriendo expresarlo en pocas palabras, decía en el enérgico estilo de sus compatriotas: —¡Señor don Genaro, yo no sé pintar el viento! —Y yo tampoco—contestóle rápidamente el insigne pintor.

Si yo tuviera maestro a quien confesar que no acierto a pintar claramente el estado del espíritu de Juan, batido por las ráfagas de su imaginación tempestuosa, probablemente me diría como nuestro Villamil a su discípulo aragonés: «Yo tampoco.»

Pero buscando y eligiendo en los movimientos desordenados de aquel espíritu los más eficaces y enérgicos, dejando en sombra y olvido los menores y menos importantes, el maestro daría a su pintura tal relieve y tal fuerza de color, que te pusiera,

¡oh, lector distraído!, en cabal e inmediata posesión de la verdad.

Yo veo, acaso demasiado cerca, el modelo; que es vicio, como sabes, de todo aquel que no ve bien, el de llegarse tanto a lo que mira, que perdido en detalles y desperdigada su atención, se priva de la noción exacta de sus verdaderas proporciones, a falta de las cuales te doy el menudo tropel de los detalles; a ver, puesto que nada sé decir a tus ojos, si logro decir álgo a oídos.

¡Común enfermedad de los humanos hablar mucho y recio cuando no aciertan a hablar claro!

Mas sobre lo que he querido decirte del cerebro de Juan, acaso desees saber algo de su corazón. Fío tal cuidado a esta relación, que haga Dios te parezca breve y fácil, cuanto difícil y prolija parece a mi áspera y rebelde pluma.

Entretanto, harto te dice la experiencia propia que ambas entrañas no viven tan remotas y extrañas entre sí, que no participan recíprocamente en sus actos y en sus sensaciones, en sus vicios y virtudes.

Y con frecuencia, los vagos vuelos y extravíos de la una no traen más origen ni causa que los latidos ardientes y fuera de compás de la otra.

Y es raro, que esa afición a la soledad y ese encanto que en la soledad encuentra un pensamiento activo, no se asocie a cierta fiebre interna del sentimiento, fiebre de impaciencia o de fatiga, de pesar o de esperanza; fiebre de haber amado o de estar preparado a amar.

Cuando veis en la marina un hombre apartado y solo, que de

pie en las arenas, o tendido sobre el césped, o encaramado encima de uno de los vericuetos que dominan el mar, parece extasiado y embebido en contemplar las aguas, no le imaginéis poeta que escucha recónditas revelaciones de la inmensidad o del abismo; no le supongáis artista, que pide a la naturaleza lecciones de colorido, de armonía o de belleza.

Los poetas son escasos, escasos los artistas, y son numerosos los hombres a quienes arroba y cautiva la contemplación del mar. No creais que el mar les dice nada inteligible y claro; la voz del mar es voz de Dios, cuyas modulaciones no caben dentro de mortal oído; su palabra solo tiene substancia, su rase solo tiene sentido allá en las remotas alturas donde su Criador sempiterno mora, y adonde sube para ensalzarle, bendecirle y llevarle el cántico de adoración y triunfo con que le alaba todo lo criado.

Pero así como para ciertos ojos enfermos y cansados es remedio único de su fatiga y solo descanso a sus dolores el mirar a un color especial y exclusivo, así es la vista del mar para el alma humana siempre doliente, espectáculo bienhechor en que descansa y olvida. Las cláusulas sonoras y vagas de esa lengua infinita ahogan el lamento constante de esa otra mar inquieta que dentro de sí mísmo el hombre lleva: y si no le ahogan, se conciertan con él y le acompañan, y mitigan el duro rigor de su quejido y las resonancias con que hiere y maltrata las paredes de la estrecha cárcel dentro de la cual solloza.

IV

Cuando para aislarse rodeándose de sus pensamientos e imaginaciones, le parecía todavía insuficiente a Juan el escarpado peñón, bajábase a la playa, tomaba un traje de baño y se entraba al agua.

Aficionadísimo a nadar y diestro en tan saludable ejercicio, lo practicaba con soberano deleite; porque en verdad no tiene física caricia la naturaleza inanimada que así halague y estimule el ocioso divagar del pensamiento, como las caricias del agua en torno del cuerpo del nadador.

Tiene sonidos el agua que sólo dentro del agua llegan al oído, suspiros acaso o confidencias harto más poderosas que su grito herido o el clamor de la borrasca; tiene colores que sólo de cerca muestran su rico matiz y su intensa belleza; tiene, en suma, hechizos, qne no lo son sin la inquietud y el indeciso recelar de un peligro desconocido y sospechoso, sin aquel sentir la vida pendiente de delgadísimos hilos, en rededor de los cuales silban y centellean filos agudos y sin número, puesta en un azar inminente y peregrino que tanto puede ser inmediato y funesto, como disiparse remoto y vano.

Y tiene sobre todo el mar, para quien hace de sus olas término entre la trabajada tierra y las propias agitaciones, un

apartamiento singular, tan difícil de explicar y comprender como dulce de sentir.

No hay soledad a la soledad del nadador comparable.

No es tan absoluta la del aereonauta suspendido en el espacio. La navecilla en que va y el globo que la sostiene, el lastre que los aploma y fija, los instrumeutos físicos que le hablan e inspiran tantísimas cosas, que le dicen la altura a que se encuentra, el frío o el calor que siente, la humedad que empapa, el flúido que respira, las fuerzas nuevas a que somete sus fuerzas vitales, el límite de prueba a que puede ponerse, y le consienten jugar con la muerte, acercándose a su sabor o alejándose de ella, bordeando la frontera invisible y misteriosa que le separa de la vida; todo para el aereonauta es compañía multiplicación de su ser, asociación de otros seres empleados en funciones diversas, dirigidas todas a su bien, a su conservación, a su gloria, a su mayor cantidad de trabajo, a las mayores utilidades de su actividad mental y física.

El nadador, en cambio, está solo, su pulmón le sostiene sobre el agua, sus piernas le impulsan, sus brazos le dirigen; no puede cambiar de centro, ni de atmósfera, no puede amenguar la hondura del abismo, ni sortear las mudanzas de las olas, ni eludir el ímpetu del viento; sus auxiliares únicos son el instinto y la experiencia, falibles ambos, y nunca tan probados que merezcan absoluta y completa confianza.

Pero de ese abandono extremo nace justamente la inexplicable grandeza, el encanto supremo de su situación.

No sabía Juan si en el fuego de una batalla carnicera puede sentirse el hombre tanto en manos de Dios. No sabía si en los

inmortales himnos de glorificación y alabanza de su omnipotencia, notados y escritos por el genio de hombres inspirados, hay cláusula tan fervorosa y entrañable como las que vagas e informes balbucea el pensamiento de un solitario a merced de las aguas.

Y allá se iba, aguas adelante, embebido en sus callados coloquios con la naturaleza, fiado a la serena mansedumbre de su mar cántabro, sin recelar violencias ni alevosías que no disimula, porque cuando se aíra y rehusa consentir familiaridades, pone resueltamente en la orilla el veto de sus olas encrespadas y la valla de sus espumas devoradoras.

¡Cuán alta le parecía la bóveda del cielo! ¡Cuán inmensa la llana extensión de los cristales azules!

Allá se iba, no olvidado de la tierra, sino *libre* de la tierra, sin hacer cuenta del tiempo, ufano, contento, agitado el pecho de indecibles deseos y ocupada la mente en supremas visiones, rompiendo las aguas con vigoroso brazo, o batiéndola con cariñosas palmas, revolviéndose en medio de sus espumas u holgándose tendido a su amor y su capricho, levantando al claro sol la abrasada frente o sumergiéndola y refrescándola, compensado de padecimientos y amarguras, sintiéndose por excepción única en su vida dueño de una voluntad y árbitro de de su empleo, hasta tanto que a manera de caricia más bien que de reprensión. y en modo alguno en son de amenaza o de castigo sentía la leve mano de la fatiga posarse blandamente en sus palpitantes miembros.

Y entonces Juan, que no era temerario, que obedecía a ese suavísimo mandato de su naturaleza propia, como acataba y

obedecía el severo mandato del mar cuando alborotándose e hirviendo le negaba su placer favorito, volvíase hacia tierra, y ya puesto en la realidad de las cosas, calculando los accidentes de su navegación y orientándose por los puntos fijos de la costa que sucesivamente descubría y tan conocidos suyos eran, sosegadamente desandaba su camino hasta salir del agua, de la cual, como agradecido y pesaroroso se despedía, volviéndose a mirarla una y muchas veces.

V

Finaba junio, y aunque los días largos, el tibio ambiente y el sol pegajoso y claro convidaban al placer del baño, todavía las pintorescas viviendas del Sardinero parecían desiertas o punto menos. Dos o tres familias, de esas a quienes un luto reciente o el grave estado de un paciente querido entristecen y retiran de las ciudades donde pasó su desgracia o donde reinan las causas mortales que agravan la temida dolencia eran toda su población. Pero ya al mediar la mañana, numerosos viajeros traídos de Santander al son de cascabeles y trallazos, animaban la caseta de los baños haciendo crujir el elástico tillado de su galería semejante a la cubierta de un barco, y alegrando con voces y diálogos el soleado arenal.

Juan venía a la playa; gozaba a sus anchas de la limpia luz y el salubre nordeste, y cuando ya las gentes íbanse retirando y bañeros y mozos de ambos sexos se subían a comer, a sombra de las tapias de las inmediatas quintas, y quedaba aquella oficina y administración hidroterápica a cargo de Raimundo u otro perillán despabilado y servicial, cuanto travieso y mal hablado, tomaba Juan su baño. Como éste era largo de ordinario, el único vigilante Raimundo, que era un mozalbete de quince años, aprendiz de albañil en invierno, y diputado du-

rante el estío para servir a los señores bañistas sus ropas y agua dulce en jarras, jofainas y lebrillos, convidado por la ociosidad y el calor y la hora, tumbábase sobre un banco y se dormia, sin recordar del sueño, hasta que la vuelta y la voz del nadador le despertaban.

Pero Juan, así como era regalón y sibarita para leer, éralo asímismo para bañarse. Quería su deleite colmado, y para ello exigía hora de mediodía, día de sol, mar sereno y agua de pleamar. Por eso faltaba muchos días, casi todos aquellos en que las cuatro perfecciones de su ideal no coincidían.

Uno de estos días de ausencia en la playa, recibió Juan en en la ciudad, y en su casa una carta que decía de esta manera:

«Juan querido: Te recomiendo la señora de Valpuesta y su hija Cecilia, que veranean en el Sardinero. No hay azar en la recomendación, porque la niña tiene novio, y eso la preservará si caes en la tentación de enamorarla. Sírvate de aviso.

»Tampoco te ofrezcas para maestro de natación, porque no te salvaría tu experiencia consumada del riesgo de irte a pique, aun sin entrar en el agua.

»Goza de tu paraíso cántabro, y tantalízanos de cuando en cuando con la fresca pintura de sus delicias, a los que ardemos en este mantuano infierno.—Tuyo,

»ADOLFO.»

Leída la carta, y aun en tanto que la leía, Juan se impacientó con su amigo.

Sublevación de sus perezosos instintos, que preveían una necesidad inmediata e imperiosa de vencerse y contrariarse.

Luego se pintó de golpe las figuras de sus recomendadas: de priesa y y en bosquejo la de la señora de Valpuesta; más detenida y minuciosa y encantadora sobre toda ponderación la de su hija, con cuya magia no sólo se le aquietó la impaciencia, sino que por encima de ella y borrando sus mínimos restos, le ocupó el alma un dulcísimo gozo, tan dulce como indefinible y pasajero, pero duradero asaz para moverle a agradecer poderosamente a Adolfo la oportuna recomendación.

¿Vas poniéndote en autos del corazón de Juan, amada lectora?

Pues para no hacerte aguardar, dejémosle entregado a su carta y sus cavilaciones, y ven al Sardinero, donde a la propia hora de la lectura y sorpresa de nuestro hombre, salen del Grande Hotel las dos damas a enterarse y *tomar posesión* con los ojos del lugar adonde las traía, por lo pronto, su voluntad o su destino.

Y el paisaje desde luego las enamora.

La mar azul, estremecida por el viento, engalanada con los menudos penachos de espuma que el viento levanta, riza y deshace; la encendida costa y fresca campiña; velas sin cuento allá en el horizonte; una goleta, aparejo el más airoso y galán que surca los mares, tomando a todo andar la boca del puerto; un vapor costero que se esconde entre las islas de Mouro y Santa Marina, y asoma luego venciendo las olas a barlovento de ambas rocas y con rumbo hacia las aguas vizcaínas; las gaviotas meciéndose en la brisa y cayendo a con-

fundirse con la blanca espuma de la marejada, para hacer buena presa unas veces y quedar otras engañada su glotonería; las golondrinas velocísimas y mudas que se confunden con su sombra en la arena, y a veces la sombra parece criatura viva, y a veces el pájaro arista muerta; el vecino pinar que sobre una masa oscura de verde sombra, destaca sus pálidos y erguidos troncos; y la energía y la vida y los penetrantes efluvios del ambiente marino, ¿a quién hablarán y sobre quién serán eficaces, si no lo fuesen sobre la naturaleza sensible, nerviosa y delicada de la mujer?

Así permanecieron madre e hija—hermanas pudiéramos decir, que tales parecían, y la mayor diferencia que entre ambas se notaba, aparte de ciertos pormenores del traje y arreo, eran los lentes con que la más adelantada en años ayudaba a sus fatigos ojos—, así permanecieron mudas algunos instantes, corriendo la mirada de uno a otro extremo del horizonte marino, como queriendo fijar en un punto y en un momento sus infinitas bellezas.

—*¡Splendid!*—dijo al cabo Cecilia.

—*¡Beautiful!* — respondió como eco dócil y uniforme su madre.

VI

Gente adinerada y de buena sangre eran, sin asomo de duda, las dos damas. Una y otra cosa, dineros y crianza, salen pronto a la facha y talante de sus felices poseedores, y cuando convienen y se juntan en un propio sujeto, no hay sino tenerle por afortunadísimo y confesar su excelencia y ventajas sobre el común nivel social.

No sirve gritar con democrático desenfado, por más que sea grito de seguro efecto y aplaudido siempre, merced al número grande de gentes a quienes lisonjea, que buen gusto y caudal andan independientes entre sí y reñidos sin necesitarse el uno al otro.

La elegancia no es prenda del pobre: tampoco lo es del rico Nace de la educación, y ésta en parte de la tradición, en parte del esmero y del cariño vigilante y prudente de los padres o encargados de educar. Tradición en este punto significa que para dar es preciso haber recibido, y para educar, haber sido educado; esmero vale lo mismo que ese instinto o necesidad de perfección, de hacerlo todo bien que en sí llevan ciertas criaturas privilegiadas, como dicen que el armiño tiene el instinto y la necesidad de su cabal limpieza, y lo del cariño no hay para qué explicarlo, por ser harto probado y evidente cuán

funesta guía y tutela sean para grandes y chicos las de un afecto ciego y descuidado, cuya única doctrina y actos se encierran en invariable y perpetua condescendencia.

La elegancia es el buen gusto aplicado a lo externo de la propia persona, porte, modales y vestidos. No el buen gusto crítico, esto es, el limitado y pasivo que con arreglo a una pauta y código establecidos, califica y elige o desecha las cosas según se acomodan a los preceptos recibidos o los infringen y violan, sino el buen gusto activo, creador, que halla por sí algo nuevo que los demás no hallaron, y lo impone y acredita sin más esfuerzo ni violencia que el uso y empleo que de su hallazgo hace.

No es elegancia verdadera la que a tiempos no se muestra innovadora y original.

Tiene, pues, en ella no poca parte la fantasía, por lo cual es atributo esencialmente femenino, y la fantasía, por lo inesperado y exigente y avasallador de sus anhelos y sugestiones, pide siempre satisfacción inmediata, sin medir el precio. Por eso la elegancia, si no para existir, al menos para dar señal apreciable de su existencia y manifestarse, necesita de cierto desahogo y posesión de medios materiales, que si no pretende a la opulencia, menos aún, y en modo alguno, se compagina y aviene con la inopia.

De manera, que lejos de reñir y estorbarse dineros y buen gusto, se sirven y ayudan mutuamente a maravilla. Y aun cabe decir que los dineros se aventajan al gusto, en que si a éste, tan exquisito y primoroso como puede ser, le está vedada la habilidad y fortuna de allegar caudal, el caudal en cambio, y

en no pocas ocasiones, hábilmente usado, puede transformar las gentes y dar justo concepto de elegancia a quien ni en sueños había siquiera imaginado merecerlo. Ociosa redundancia sería y pedantismo inútil, citar los ejemplos que de todas partes acuden a la pluma, para confirmación y prueba de lo dicho.

Puestas en el filo de la tajada costa, descollaban ambas figuras, pintándose sobre el azul del cielo, azotadas por la fresca brisa.

¡Con qué ansia venía el Nordeste a enredar los sueltos cabellos que le caían a Cecilia por el cuello sobre los hombros, y a desrizar los menudísimos rizos que orlaban su frente! E hiriendo de lleno el esbelto cuerpo, dibujaba su busto y rodeaba el suelto talle, apretado por un cinto de cuero y su escarcela, tachonados de acero; y batiendo en la falda de lienzo gris, desembarazaba de sus doblados pliegues y descubría los pies no diminutos, pero a maravilla hechos: altos, recogidos y primorosamente calzados.

Hay, sin duda, mujeres que son *brisa,* como las hay—y todo el mundo lo confiesa—que son astro, planta o ave.

Todo el mundo confesaría, igualmente, esa afirmación mía, que ignoro si es nueva o vieja, si todo el mundo viera, como yo veo a Cecilia, en esta hora en que hago la mancha de su retrato.

Porque, envuelta en las caricias y violencias del Nordeste, defendiéndose de ellas sin impacientarse, componiendo unas veces lo que de su traje el Nordeste descomponía, aceptando otras y completando para su mejor adorno con prodigioso ins-

tinto aquellas descomposturas, inclinando la frente o subiendo la mano para sujetar el sombrero, volviendo la cabeza para hurtar el rostro a las invasiones del cabello, afirmando el pie o apoyándose en el quitasol para no vacilar, realzados sus perfiles gallardos por lo volandero y batiente de sus ropas, animados los ojos como la brisa los anima, que no parece que se limita a soplar en ellos, sino que dice algo a los oídos, movíase y escorzábase con tanta viveza e inusitada gracia, que la brisa semejaba complemento y parte necesaria de su ser, el cual, sin su presencia y auxilio, no alcanzaba a mostrarse tal como era, riquísimo en femeninas gentilezas.

Cecilia, como la brisa, era o no era, existía o no existía, pero jamás dormía ni cesaba. Como la brisa, su espíritu volaba y se cernía en los espacios, llegándose a todas partes, envolviendo todos los objetos, llevándose unos consigo, doblando otros, y alejándose de muchos después de haberlos rodeado, mesado y ceñido con uno y otro vuelo. Su voz era forma en que se revelaba y hacían manifiesta la acción y vida del alma incansable: tan pronto susurraba como gemía; cuando creía encontrar resistencias, engruesaba, subía de tono, repetía y redoblaba sus sones, mas sin mudarse nunca en acento de ronco viento o tempestad airada; brisa, en suma, arrulladora y suave, que venía a disputar a las marinas brisas del Cantábrico una de sus cautivas almas para robársela, y como las brisas con los livianos cuerpos que del suelo levantan, traerla en pos de sí en vagos giros de uno a otro rumbo del cielo para dejarla, en fin, caer olvidada, en olvidados abismos.

VII

No había elegancia que Cecilia desconociese. Poseíalas todas por instinto, y era de las mujeres que saben imprimir a cuanto hacen y a cuanto les pertenece un no sé qué de exquisito y adorable, que como los perfumes en la flor y los matices en la luz, no se palpa, ni se mide, ni se apellida, ni se finge, ni se compra, y sin embargo, constituye la esencia y la forma, el carácter y la figura, el sér completo de la criatura; un imán cuya acción es más pronta, universal y segura que la de la hermosura extraordinaria y el extraordinario talento.

Incomparable gracia femenina que reside en los átomos indivisibles o impalpables del movimiento, de la palabra, del gesto, de la mirada, en las aficiones y gustos; emanación y destello constantes que penetran suave y amorosamente dentro de las entrañas del hombre, y engendran afectos duraderos, pasiones tiranas que no se extinguen jamás, como no se extingue el germen de que nacieron y de que perpetuamente se alimentan. Porque ese don singular en que se resumen y compendian las delicadezas todas de la mujer, expresión visible y fiel, legal y completa de su alma, y de las calidades mejores de su alma, su viveza, su dulzura, su flexibilidad, su disposición constante a sentir, creer y amar, ni se marchita, ni enflaquece,

ni decae, ni menos desaparece nunca. No pueden con él años ni infortunios, y lo mismo es gala de la religiosa que de la princesa, corona de la anciana que de la doncella.

Entraron en la galería, y al atravesar el crucero, Cecilia, con su rápida mirada de mujer, se enteró súbitamente de cuanto en el crucero había; de sus gentes, de sus escaparates poblados de cachivaches, libros y muñecas, de sus anuncios y carteles, y llegóse a leer algunos de éstos. Paróse apenas en los de casas de hospedaje, tiendas y mercaderías, en los de servicios terrestres y marítimos, y se detuvo más en los de libros. No porque tuviese afición particular a las letras, sino porque el mostrarse aficionada a ellas es dondequiera elegancia, y mayor entre españolas. Las españolas se detienen poco a examinar muestras de librería, más que por dejadez desvío, porque las muestras no se cuidan de llamar su atención y encender su curiosidad. Ellas se acercarían al cristal que guarda libros, como se acercan al que defiende joyas o telas, si esperasen encontrar lo que en los libros buscan. Porque la mujer pide al libro mucho más que le piden el crítico que exige estilo y doctrina, y el docto que exige erudición y ciencia, prendas a cuya posesión lleva sin fallir una voluntad perseverante ayudada de mediano ingenio; la mujer, no contenta con la claridad, tersura y armonía del lenguaje, la verdad, nobleza y elegancia de expresión, le pide además riqueza de alma y sentimiento, y sobre todo, imaginación; imaginación que abra espacios suficientes a las alas que ella en sí lleva recogidas, e impacientes de desplegarse y volar.

Cecilia, pues, se acercó al mostrador y pidió los libros cuyo

anuncio colgaba de las paredes. Diéronla *Excursiones y recuerdos*, por ADOLFO DE AGUIRRE; lo abrió al azar, y hubo de agradarle el texto, porque aun cuando el papel no le pareció tan satinado y fino como para hacer compañía a sus guantes y demás prendas de vestir, apartó el libro para suyo. Tomó en seguida *Tipos y paisajes*, de JOSÉ MARÍA DE PEREDA; encono tróse con un diálogo pintoresco y vivo, con el propio Sardinero, en que a la sazón se veía por teatro y escena, y dispus-regalarse más despacio con su lectura. Cogió, en fin, la postrera obra de las tres que entonces componían la biblioteca volante y venal del Sardinero, *Costas y montañas,* por JUAN GARCÍA; parecióle el volumen harto pesado y grueso; curioseóle por uno y otro cabo, halló latín en la portada, latín en los apéndices, y con aire desengañado lo devolvió al vendedor para que lo reservase a quienes supieran de latines.

Hecha su compra, pasaron adelante, salieron al ancho balcón o solana—hablando el lenguaje de la tierra—, en el cual descansan las gentes y desde el cual asisten al espectáculo del baño en tanto les llega la hora de participar en él como actores y protagonistas, y después de mirar a derecha e izquierda, con rápida elección, se dirigieron al extremo Sur del balcón referido.

Era el más desocupado y libre, o para cabal exactitud estaba desierto.

Allí se sentaron y establecieron.

Pusieron casa, pudiéramos decir, porque el genio doméstico de la mujer, su destino y vocación de centro y esencia y numen del hogar y la familia, se revelan singularmente en ciertos

modos y pormenores de su ser. Con sentarse en cualquiera parte, bajo techado o al aire libre, y poner a su lado algo que la acompañe, trapos, libros, útiles complementarios de su equipo, o herramientas de costura, las tijeras y el dedal, la aguja y los hilos, la sombrilla y el saco, los guantes y el pañuelo, un puño de flores recogidas en el campo, o una mano de conchas acopiadas en la playa, ya se os manifiesta en posesión de sus derechos, ya es ama de casa, tiene *casa puesta*, dentro de la cual os acoge, recibe y agasaja con la atención, compostura y desembarazo con que lo haría en su propio salón.

¡Qué instintos desarrolla de orden, de arte, de economía y de aseo!

Al rincón más árido y frío le da color de mansión habitada, abrigándole con el calor que radia su alma. Entra en un cuarto de posada, y en un abrir y cerrar de ojos, con cuatro cachivaches que saca, nadie sabe de dónde, porque los depósitos de menudencias que acompañan a la mujer cuando va de camino son inagotables e incomprensibles, muda la fisonomía del aposento y se la da personal, suya, hospitalaria, condición ésta de que esencialmente suelen carecer las habitaciones alquilables, y aun después de alquiladas, si lo son a varones, gente egoísta que acostumbra no despojarse de cosa útil en bien de los demás, llévaselo todo consigo y no necesita rodearse de elocuencias y cariños inanimados.

Aquel sitio en que se establecían la señora y la señorita de Valpuesta, iba a ser su mansión diurna, matinal por lo menos, muchos y muchos días. Allí iba a llegar Juan a conocerlas; allí

iba a encontrarse con que la verdadera Cecilia aventajaba sin mesura a la imagen seductora que su imaginación había concebido. Allí iba a dejarse ocupar y vencer por una pasión ardiente y loca, que en tan breve y estrecho recinto iba a crecer, desarrollando dentro de su pecho esperanzas que no cupiesen en él para resolverse en una tristeza suprema que le envolviese y anegase.

Allí vino, en efecto, durante esa primera entrevista de las viajeras con la playa; allí hizo su presentación y corteses ofrecimientos, y no faltándole en ocasión tan suprema aquellas revelaciones instintivas a que su imaginación le tenía acostumbrado, a pesar de sus años, a pesar de su experiencia, a pesar de la carta de Adolfo, a pesar del desconocimiento completo de la mujer que delante de sí veía, comprendió que iba a amar a Cecilia, comprendiendo en la propia hora, sin verlo muy claro, que ese amor escondía un germen para él funesto.

VIII

La puntual y nunca desmentida cortesía del caballero montañés y su conversación, hubieran sido fianza de la recomendación de Adolfo, si la propia recomendación no lo fuere del sujeto que tan franca y tan a descubierto la merecía.

Lo cual, con la soltura y hábitos de mundo de las forasteras, estableció desde luego entre los tres la cordialidad de trato y recíproca satisfacción en verse, que sin echar raíces hondas, llama las voluntades y engendra afectos que nutren y forman el buen concierto y amistades de la sociedad.

Entiéndase esto de las damas, que el caballero soñador y solitario era llamado a otro sentir y a otra suerte.

A sombra de la fresca galería y en su extremo meridional, donde no eran interrumpidas por tránsitos de gentes, se establecían, pues, diariamente Cecilia y su madre, ocupadas unas veces en lecturas o labores de mano, otras en gozar de la hermosura del paisaje, según el humor y talante de cada día.

Venía Juan: recibíanlo risueños rostros y afectuosas palabras, que a modo de mosaica vara arrancaban de la dura piedra de su taciturnidad, clara y copiosa vena de imágenes y palabras, y a poco menguando sucesivamente hasta cesar del to-

do la parte que la señora de Valpuesta tenía en la conversación, era ésta sostenida únicamente por Cecilia y Juan.

La curiosidad de la muchacha era infinita, su franqueza seductora y sus preguntas no tenían cuento. Juan se embelesaba en contestarla, como si satisficiese a la ingenuidad de un niño, con la ventaja de que las preguntas imprevistas de un niño no pocas veces atajan y dejan parado al adulto más erudito, mientras que a las de Cecilia era posible siempre hallarles contestación inmediata y oportuna. Versaban por punto general sobre cosas de la tierra que Juan naturalmente no podía ignorar, y aun cuando a veces por minuciosas y absolutas pudieran sonar a impertinentes, nunca se lo parecían al enamorado que con pacientísimo gozo las contestaba.

Un día, por ejemplo, levantándose de su asiento Cecilia, y puesta de codos sobre la baranda de madera, miraba hacia el Este la punta más saliente de la costa.

—¿Cómo se llama aquel cabo?—preguntó.

—Cabo de Ajo—respondió Juan.

—¿Y el otro de más acá?

—Cabo de Quintres.

—Parecen gemelos e iguales, ¿no es cierto?

—Sí, lo parecen desde aquí, más no lo son.

—Y ¿qué hay al otro lado de Ajo?

—Hay un convento.

—¿De qué orden?

—De la de Santo Domingo.

—¿Es muy antiguo?

—Tiene de trescientos a trescientos cincuenta años de fecha.

—¿Del siglo diez y seis?

—Precisamente.

—¿Sería de fundación particular?

—Lo fué.

—¿Y pobre?

—Como obra de hijos de tierra pobre.

—En esta provincia no hay fundaciones regias por lo que le he oído a usted; ¿cómo así?

—Porque esta provincia vivió siempre por su cuenta, y los reyes apenas tuvieron que ver en ella, como no fuese para regalar el dominio de sus valles a tal o cual magnate que los servía en la corte y los sacaba de un aprieto de dineros o de armas.

—¿Y quién fundó ese convento de que hablamos?

—Un don Alonso del Camino, natural de ese mismo lugar de Ajo, en cuyo término está el convento, señor que era de las villas de Pie de Concha y Bárcena.

—¡Qué cansada debo hacerme con mis preguntas!—dijo a este punto Cecilia—. Pero usted tiene la culpa. Si no me satisficiera siempre con igual condescendencia, pronto hubiera dejado de molestarle.

Juan la miraba y se sonreía. Cecilia continuó:

—¡Oh!, y no debe usted quejarse de desaplicación de su discípula. Nada de cuanto usted me cuenta se me olvida.

—¡Ojalá!—pensó Juan, sin atreverse a decirlo.

Y decía la muchacha:

—Ya soy yo práctica en el país, y a mi vez enseño a otros más ignorantes lo que de usted he aprendido. Por ejemplo:

que el islote del faro se llama Mouro; que lo quiso fortificar Juan de Escobedo, secretario del famoso don Juan de Austria y alcaide que era o *castellano*, como usted dice, de la fortaleza de Santander, el cual fué muerto en Madrid, detrás de Santa María, por celos del rey don Felipe II, o de su privado Antonio Pérez. ¿Ve usted si soy aprovechada? ¡Y qué lástima que Escobedo no realizase su pensamiento!, ¿no es cierto? ¡Qué romántico efecto haría un castillo con sus torres y almenas ahí en medio del mar, como la torre de Belén en el Tajo de Lisboa! ¡Qué historias pondrían ustedes en él; ustedes, la gente de imaginación novelesca! ¡Ah! Tampoco se me olvida que desde allí batieron los ingleses el año doce el castillo del puerto, que está enfrente. Tampoco olvido la historia de la isla de Santa Marina de don Ponce y sus monjes jerónimos, que por razón de salubridad se trasladaron a Santa Catalina de Monte Corbán. ¿Se distinguirían desde aquí los hábitos blancos de los jerónimos cuando se paseaban por su peñasco? Y me dijo usted que todavía aparecían rastros del edificio que allí hubo. Si mamá quisiera haríamos una expedición a Santa Marina para verlo. Lo que usted no me ha dicho todavía es quién fué ese don Ponce que dió nombre a la isla. ¡Qué hermosa entrada la de Santander entre dos islas coronadas, una de cruces, otra de baterías, y que *hablarían*, como usted suele decir, al que llegaba por la mar alborotada, una con sus campanas, otra con sus cañones!

No hay que decir si este murmullo dulcísimo de la memoria y la imaginación femeninas, poderosas y vivas en la doncella cuanto en la más privilegiada de su edad y de su sexo, entra-

ban por los atentos oídos de Juan, y caían en lo más escondido de su corazón.

Aquella gratísima confianza, aquel abandono de la palabra, aquel entregarse del pensamiento de Cecilia a su propio pensamiento y tomar en éste cuanto éste podía darle, escapando luego sobre sus alas satisfecho y enriquecido como el pajarillo gozoso con la paja hurtada para su nido o la semilla para sus hijuelos, seducían y embriagaban a Juan, no por hechizo inusitado y nuevo, sino porque siempre, siempre son novedad y encanto los gozos íntimos del alma, como lo son la luz y serenidad de un día de sol en pos de las tenaces lluvias y cerrazón del invierno.

Otras veces, con ocasión de los nadadores que escarceaban entre las olas, hablaba Cecilia de natación.

—Yo quisiera saber nadar—decía.

—Pues no es empresa imposible, ni aun difícil siquiera—respondía Juan.

—¿En cuánto tiempo se aprende a nadar?

—En un verano.

—¿Quién me enseñaría?

—Yo, si usted me lo permitiera; si no, Germán, o Vitoriano, u otro cualquiera de los bañeros, que son abonadísimos para ello.

—¿Y cuándo podría llegar hasta donde usted llega?

—En sabiendo nadar, el día que usted quiera.

—¡Qué delicia! ¿Y no le da a usted miedo verse solo tan lejos?

—Sí, señora.

—¿Y cómo se aleja usted entonces?

—Porque no hay placer más dulce que castigar al miedo, o, por mejor decir, a la carne miserable que teme y tiembla. El eterno combate del espíritu con la materia. ¿No ha oído usted de un rey que se estremecía todo al entrar en las batallas? Pues para corregir a su cuerpo de flaquezas, lo metía siempre en lo más duro y peligroso de la pelea. Y del emperador Carlos V se cuenta que al ajustarle sus armas, el yelmo y la coraza, palidecía y se azoraba, y luego de armado asombraba al soldado más viejo con su intrepidez serena. La voluntad es el arma de la vida, Cecilia, y hay que cuidar de ella y no consentir en que se tome de la herrumbre por falta de ejercicio.

—Pero esos señores arriesgaban la vida con justo motivo: para dar ejemplo, primero, después para defender sus estados o su corona. Mas aventurarla al gusto inútil de un capricho...

—Nunca es inútil ponerse en ocasiones de ver más claro o sentir más hondamente la vida del alma y su poder. Y usted, que es piadosa, ha de comprender mejor que otra criatura, cuánto avivan allá dentro de las aguas la idea de Dios y la confianza en su misericordia, la soledad, el desamparo y la cabal conciencia del peligro. La oración, como el bien, tiene formas sin número, además de la hermosísima del Padrenuestro que usted repite todos los días. Y cuando esa forma no es la más familiar y usada, absorbe y emplea hasta los mínimos ápices de la atención y no permite distracciones.

IX

A pocos días ya le parecían a Juan pocas y breves las horas de la mañana que pasaba junto a Cecilia, y después de pelear algún tiempo con la idea de serles molesto a las señoras y hacerlas pensar que abusaba de su condescendencia y buena acogida, discurrió visitarlas igualmente por la tarde; visitas tales cuales las pide el lugar y la estación, al aire libre, sobre la arena, o sobre alguno de los riscos que baña el mar, o en los senderos que los cruzan y ligan.

La tarde la gastaban las señoras de Valpuesta, con felicísimo acuerdo, en dar largos paseos por la costa. La primera tarde que Juan vino con intento de verlas, no las halló por consiguiente, ni quiso preguntar qué camino habían tomado; porque a medida que el cariño crecía en su pecho e íbale pareciendo cosa propia cuanto a Cecilia atañía, costábale mayor trabajo, y aun le desagradaba decir su nombre a indiferentes, y aún hablar de ella, por la propia razón de que dentro de su alma no había otra conversación ni otro cuento que ocupase sus potencias. ¡Matices misteriosos del sentimiento!

De manera, que la tarde aquella le pareció tristísima, y el Sardinero una soledad, la mar sombría, y las peñas de la costa erizadas, secas, estériles e inabordables.

Mañanas antes, Cecilia, en una de sus explosiones de curiosidad, había preguntado a Juan:

—¿Hay en Cabo-Menor alguna cosa especial que valga la pena de ser visitada?

Y Juan, con su acostumbrada calma y buena fe, había contestado:

—Sí, por cierto, hay fósiles curiosísimos.

Y Cecilia, con su ímpetu y viveza naturales, había dicho volviéndose a su madre:

—Mamá, será preciso que vayamos a ver los fósiles de Cabo-Menor.

A la verdad, y por la misma razón de que Cecilia sabía lo que son fósiles, no sentía el más mínimo interés hacia aquellos de cuya cercanía la daba Juan noticia. Pero era su naturaleza naturaleza expansiva, en la cual radiaban el pensamiento y la voluntad, alcanzando a cuanto la rodeaba, con tanta vehemencia y celeridad como radiaba el calor de su corazón hasta las delicadísimas extremidades de su gallardo cuerpo.

Nada más había dicho la inquieta niña, mudando de golpe, y según costumbre, su atención y su palabra a objeto diferente. Pero en el ánimo de Juan había surgido la idea de que si la imaginada visita a los fósiles se llevaba a cabo, le competía de derecho á él la guía y acompañamiento de la expedición.

Y esta idea con otras se agitaba en su ánimo cuando venía la malograda tarde al Sardinero.

Anochecía cuando aparecieron las señoras de Valpuesta

acompañadas de gentes varias de uno y otro sexo, con quienes había sido el encuentro al regresar de paseo en las cercanías de la Magdalena.

—No creíamos que usted acostumbraba venir al Sardinero por la tarde—dijo a Juan la madre de Cecilia.

—Señora—respondió Juan—, tampoco es costumbre la de venir por la mañana, sino gusto, acrecido desde que tengo el de encontrar a ustedes y conversar con ellas un rato, gracias a la oportunísima recomendación de Adolfo.

—¿Y por qué no vino usted más temprano y hubiera usted ido con nosotras á paseo?—añadió Cecilia—. Pero otra tarde nos acompañará usted, ¿verdad?—continuó sin dejar a Juan espacio para contestar—. Justamente tiene usted que llevarnos a ver los fósiles de Cabo-Menor.

Uno de los hechizos de Cecilia más eficaces en el corazón de Juan y que ahondaban instantáneamente su ya profunda llaga, era éste, a saber: que de improviso y cuando menos él lo imaginaba, se adelantaba a sus pensamientos y vivos deseos, ofreciéndole, como ahora, perspectivas dichosas, en cuya esperanza y anticipado goce se embriagaba su alma.

Resuelta, pues, que fué la visita a los fósiles, y señalado día para ella, cuando éste vino, y antes de mediar su tarde, estaba Juan al pie del Grande Hotel, en cuyo balcón del piso principal, y entre sus búcaros de flores, le esperaba Cecilia de Valpuesta.

Eran ella y su madre resueltas andadoras, y se habían equipado para la jornada. Falda corta y abasquiñada, borceguíes dobles, alto quitasol, que a la vez era cayado y para-

guas, sin otros arrequives ni perifollos más que el necesario anteojo de campaña colgado de su correa cruzada al pecho. Aun el velete azul que solía defender sus rostros había sido arrollado y *cargado*, que diría un marinero, alrededor de la chata copa y estrechas alas de sus sombreros de playa.

Antes de que Juan pusiera el pie en el primer escalón del vestíbulo, ya se oyó la voz de la muchacha apurando a su madre a bajar desde el descanso de la escalera interior, por la cual no tardó en aparecer rauda como un pensamiento.

Salieron, pues, los tres peregrinos, y al salir, y a la par que se abotonaba la manopla de sus guantes de gamuza, decía Cecilia:

—Usted guía y manda, señor don Juan; estamos a las órdenes y a la obediencia de usted, que sabe el camino. ¿Por dónde vamos?

—Ustedes elegirán—respondió Juan—; mi opinión es que tomemos por arriba para bajar al otro Sardinero.

Y señaló a las canteras de la punta del Rastro que separa los dos arenales.

Comenzaba a subir la marea, y aunque húmeda la arena, porque el breve tiempo que permanece descubierta entre marea y marea no deja al aire enjugarla, el paso estaba franco por bajo de la escarpada punta.

Cecilia reparó en ello, y al punto dijo:

—¿Y por qué no hemos de ir por el arenal?

—Estará mojado—dijo Juan.

—¿Qué importa?—replicó Cecilia.

La madre se caló las antiparras, o *quevedos* que se llamaban

a la sazón, para enterarse del caso. Pura fórmula y costumbre, porque sin discutir ni contrariar el parecer de la niña, le aceptaban tomando todos tres por la bajada que lleva al término de la jurisdicción femenina en la casa de baños y su territorio. ¡Cuán claro testimonio de que una voluntad sola gobernaba las tres almas!

Un reparo grave se ocurrió a Juan al tiempo que aceptaba y seguía el gusto de Cecilia; mas no halló de pronto fórmula ni manera de proponerle. Callóse; pero esta pluma mía, más resuelta que la lengua de Juan, te dirá, lectora, cuál fuese su reparo.

En la playa del Sardinero grande, al Norte del Sardinero chico, y a la otra parte del peñón que los divide, acude a bañarse una nube, que tal nombre merece, de gentes, singularmente al caer el día. Forman la muchedumbre en su mayor parte familias pobres de labradores de tierras de Campos y Castilla, y provincias de León, Palencia, Zamora y Salamanca, las cuales se alojan por punto general en Miranda y barrios altos de la ciudad, y en las casas de labor derramadas en los alrededores.

Así, que llegada cierta hora, no ya la carretera, sino las veredas y trochas que caen por la falda septentrional de la colina del Alta a morir en la costa y el barranco de las Llamas, son otros tantos humanos hormigueros que hierven con el vaivén continuo y el cruzar de gentes.

Inúndase de ellas la playa; unas, más recatadas, se acogen al amparo del quebrado cantil en que rompe allí el continente; otras, no tan melindrosas, se establecen en pleno arenal a los cuatro vientos del cielo, y a los cuatro mil ojos de transeuntes,

curiosos e impertinentes, que andan o sestean por los alrededores.

Tal debió parecer la ribera egipcia del mar Rojo cuando acampaba en ella la muchedumbre de Israel, fugitiva del cautiverio de los Faraones.

La arena se cubre de paños de infinitos colores, y la orilla del agua de trajes variadísimos, desde el más elemental, reducido a cierta prenda íntima que los pulcros no nombran ante personas de distinto sexo, hasta el más complicado y compuesto de falda, jubón y pañuelo en la cabeza.

Grandes contingencias tiene el desnudarse y el vestirse en la playa abierta, donde travesea el retozón nordeste, sin poder que le vaya a mano y refrene sus atrevimientos y exploraciones indiscretas, y ataje las tercerías con que atrae y apacienta curiosidades desvergonzadas. Mas, vestidas de su inocencia, a lo que parece, aquellas innumerables criaturas, púberes e impúberes, se consideran tan invulnerables a los descuellos del viento, como a deshonestidades de miradas atrevidas.

Y luego de aviadas, patriarcalmente presididas por el varón que es su cabeza, las familias, en cándida promiscuidad de edades y sexos, se dirigen al agua cogidos sus individuos de las manos; rosarios vivos que el frío o el empuje de la primera ola rompe y desgrana entre las espumas de la margen.

Por dicha era temprano, y apenas comenzaban los aduares a salpicar el vasto trecho que se extiende entre la punta del Rastro y los arranques de Cabo-Menor. Además, la conversación con Cecilia era facilísima, a causa de la espontaneidad y llaneza de su condición, ayudadas, como sabemos, por la ne-

cesidad de expansión y movimiento que agitaba su espíritu, de manera que si al recato y decoro de sus ojos hubiera convenido distraerlos, llamando a determinado asunto su atención, fácilmente lo consiguiera su escrupuloso acompañante.

Nunca se entumecía aquella imaginación ni se agotaba, y menos ahora, que tenía cerca nuevas tierras, lugares de antes no vistos, y se miraba puesta en tanta ocasión de episodios inesperados, íntimos, de estos que tan poca parte ocupan en un libro, y tanta suelen ocupar del alma, que se contienen a lo sumo en dos frases brevísimas, y se dilatan y extienden por la vida a las mayores distancias de la memoria.

¡Con qué delicia satisfacía Juan a las preguntas infinitas, desiguales, varias, inesperadas e infantiles de Cecilia, vuelos de brisa rápidos y sin rumbo, que apenas sentidos giraban alejándose a un horizonte invisible, sumiéndose en un mar sin fondo, ascendiendo a desvanecerse en un cielo sin color y sin límite!

Pisaban una caloca o *porreto*, y Cecilia preguntaba el origen y naturaleza de la extraña planta; hollaban una pluma blanca o cenicienta, y la recogía y clavaba en su sombrero, divagando acerca del ave de la cual había sido abrigo, timón o remo. Delante de ellos huían saltando los *píos*, lanzando el grito que los da nombre, abriendo sus alas recortadas y nerviosas, que parecen corvas aletas de pescado, repicando sus levísimos tarsos, persiguiendo con su agudo pico los pulgones e insectos que se albergan en los despojos que la marea arroja, y llamaba a Juan a perseguirlos y acosarlos. Las huellas que hallaban en la arena la ofrecían asunto de adivinación; ¿a quién pertene-

cían? ¿Eran recientes o viejas? ¿Adónde iba, de dónde venía el pie que las marcó en el suelo? De una piedrecilla redondeada y bruñida por el agua, a un pedazo de madera o a un trozo de cable, roídos por la humedad y abandonados; del *cabrilleo* del mar a los *cirros* del cielo; de una figura que cruzaba el paisaje a una res que pastaba en la sierra; del punto adonde se encaminaban a aquel del cual habían salido; de la nave a la carreta, de la costa al campo, de lo sombrío a lo risueño, de lo trivial a lo imposible, volviéndose, parándose, divagando en giros ociosos o disparados como rauda exhalación luminosa, corrían y se mudaban el discurso y la palabra de la deliciosa niña, dando interés y vida y frescura a hechos menudos, a observaciones triviales, a frases usadas y comunes.

Juan ocurría en cuanto alcanzaba el poderoso preguntar de Cecilia. A su izquierda descubrían las tendidas lomas de Cueto, surcadas de cercas de piedra seca, y la refería cómo en tiempos antiguos estaban pobladas de viñedos, para ligar cuyas cepas y sarmientos vagos cada propietario—de ellos los cabildos de mareantes de San Pedro y San Martín—poseía las necesarias mimbreras en el cenagoso marjal de las Llamas, a cuya inmediación se encontraban. Y le contaba el pasado del pintoresco pantano, cazadero de lagunejas y ánades, aun cuando él por su parte nunca hizo allí más proeza que la de apalear ranas en sus charcas y regatos, y su deseca y canalización y la fundación del caserío que a su vista humeaba, presidiendo a los cuadros de hortaliza y tablares de mies en tierras enjutas arrancadas al dominio de las estancadas aguas.

Y luego, llegados al cabo del arenal, las rocas parecían ce-

rrarlas el paso. Juan las descubría una subida en la roca misma sobre que está fundada la batería de San Juan, y las resueltas damas la preferían a rodear tierras adentro para trepar a la loma del cabo, y la ruda ascensión, penosísima y llevada a término con ayuda de Juan y de su robusto cayado, ayudándose a veces las señoras con sus propias manos y manchando sus guantes en la gredosa caliza, era nueva ocasión de risas y festivos comentarios.

Cuando los azares de la desigual conversación ponían a Juan en asunto que le fuese favorito y especialmente grato, tampoco callaba pronto, y cierto del oído de Cecilia, y dándose al placer de entretenerla, descubríala el íntimo fondo de sus pensamientos. Gracias a que era feliz, y ellos, por consiguiente, tranquilos, blandos y esencialmente generosos.

El camino que llevaban está cortado por el desagüe de un arroyo, cuyas aguas, en otro tiempo represadas, alimentaron molinos, de los cuales aún se notan ruinas que dan al paraje su nombre: «Los Molinucos». No podían las damas salvar la honda quiebra, bajando y subiendo sus ásperas vertientes sin el apoyo de masculino brazo, y Juan se le ofreció sucesivamente a ambas. Guiaba y sostenía a Cecilia a tiempo de terminar un párrafo no breve, en que ponía de manifiesto la resignada paciencia de su alma y el contento con que aceptaba de la suerte la oscuridad e insignificancia de su vida.

—Según eso—decía Cecilia—, ¿no le pide usted nada al cielo?

—Le pido muchísimo—contestaba Juan—; algo en qué creer y alguien a quien amar.

—¿Y se lo concede a usted?

—Hasta ahora lo he tenido, y espero en la misericordia de Dios que no me faltará.

Cuando llegaron a los deshechos peñascos que presenta Cabo-Menor al mar para quebrar su furia, apenas reparó Cecilia en los fósiles, en aquellas esculturas labradas por el tiempo y la vida sobre las gigantescas lanchas de la piedra, en aquellas volutas de enorme radio, testimonios de una creación anterior y superior a la creación conviviente; en aquellas señales indelebles de una época misteriosa de la tierra y de su inundación y yacimiento bajo las aguas.

Mayor atención y cuidado le merecían la inmediata casilla de los carabineros y el género de vida que en ella podrían hacer, y las gallinas que allí criaban y se veían picotear la grama, y la vista de la costa y del Sardinero, que desde allí se abraza en pintoresca extensión, con un fondo admirable de montañas.

X

¿Seré yo tan poco venturoso, o serás tú, lectora mía, tan esquiva o dura de entrañas, que leídos estos diálogos y escenas, no aciertes a explicarte el efecto que a Juan causaban y dudes de que eran incentivo constante y pábulo de su pasión?

No atiendas a las palabras que les oyes decir; mas figúrate el sitio y pinta en tu imaginación la apacible tarde, la vecindad del mar y su rumor perezoso, los rojos celajes que se copian en las aguas y tiñen de calientes reflejos las arenas, las rocas y la campiña; recuerda la melancolía incomparable del paisaje, que alguna vez y en alguna hora, puesto que eres mujer, se habrá enseñoreado de tus pensamientos alegres o tristes, y recuerda, últimamente, las ocasiones en que has visto a un hombre beber lentamente la amorosa ponzoña que tus ojos y tus labios destilan, sin que la fiebre que mina sus entrañas filtre en las tuyas, y habrás acertado la verdad del caso, no poniendo mayor reparo en lo insuficiente y confuso de la pintura.

Con mujeres tan dignas de ser amadas, «si la lengua calla, el pensamiento discurre», decía nuestro Cervantes, y no vedándose el contento de mirarla, al cabo los extremos de bondad y

hermosura que Cecilia tenía debían hacer su obra en el alma ardiente y dócil de Juan.

Cecilia agradecía vivamente a Juan su reserva, y que no llegase al punto decisivo de una declaración formal, porque era buena, agradecida y al propio tiempo leal, y no podía consentir en engañarle con dudosas palabras, ni se avenía a herirle con una repulsa glacial y desdeñosa.

Y Juan no aventuraba el grave paso porque veía claro el mal término que tendría y el ningún pago que hallaría su cariño, contentándose perezosamente con que Cecilia se dejase amar, con que no le huyese, ni se mostrase enojada o harta de su conversación y constante compañía; con seguirla a todas partes, en la ciudad y en la playa, metiéndose cada vez más adentro el hierro en la herida hasta hacerla mortal e incurable, pensando a ratos tristemente a solas en el ningún camino que andaba hacia el corazón de Cecilia, falto de energía para romper sus fatales ataduras y con viril resolución castigar su pecho, obligándole a la fuga, que huir es no pocas veces acto de valor incomparable, que tiene por prenda segura la victoria.

Mas ¿cómo huir a veces? ¿Cómo robarle al alma súbitamente su mayor contento y la breve suma de sus menguadas dichas?

Hay criaturas en quienes parece plugo al Hacedor mostrarse único dueño de la belleza absoluta y poseedor de sus arcanos, haciendo evidente que el arte humano, por exquisito y sublime que sea, nunca lo abraza todo, ni apura en su expresión los ideales.

Cecilia poseía hasta lo sumo la gracia y la nobleza de la forma.

Recostada sobre el césped de la marina, castamente recogidos sus pies bajo la falda, doblada la mórbida cintura, contemplando extática el mar, era gentil modelo de mármoles griegos; pero arrodillada sobre las losas de la catedral, caído el negro velo sobre la frente y puestos en el altar sus admirables ojos, se transfiguraba en una de esas imágenes que el arte cristiano esparció en sus aras para consolación de corazones tristes, oriente de esperanzas nuevas, manantial de benéficas lágrimas, y causa misteriosa de místicos arrobos y súbitas vocaciones.

La devoción sincera de la mujer hermosa es acaso el espectáculo que trae más viva y religiosa luz a las almas solitarias y entenebrecidas, y las encamina al cielo.

La comunicación del alma femenina con Dios parece la más directa, la más cabal, la más eficaz, la más estrecha. ¿Consiste tal vez en que son atributos comunes a entrambos, los más tiernos atributos del Señor, el candor, la bondad, la compasión y la mansedumbre?

La oración responde al destino de la mujer sobre la tierra: amar y vivir para lo amado.

La oración del hombre es egoísta; pero en el fervoroso murmullo de los piadosos labios femeninos nadie sueña oir el nombre de la que ora; la mujer arrodillada siempre pide por otro; niña, por sus padres; madre, por sus hijos; cristiana, por los pecadores; doncella casta, pura y enamorada, por alguien cuyo nombre no se escapa a su corazón inquieto, donde lo leen los ángeles mensajeros que llevarán su plegaria hasta el Altísimo.

En semejante hora había visto Juan a Cecilia orando, húme-

das las pestañas con aquella bruma de los ojos que parece va a cuajarse en lágrimas, brotándole de los trémulos labios aquellas frases que tienen más de suspiro que de voz. ¡Qué no diera él por imaginarse y creer que en aquel corazón o entre aquellos labios andaba su nombre!

No tenía tan corta experiencia de la vida, y especialmente de las mujeres, Juan, que se le ocultase el porvenir funesto de la pasión desatinada a que se dejaba ir con doloroso deleite.

Pero selladas por fatal destino esas naturalezas criadas para dominio absoluto del sentimiento, van ciegas al martirio, y con paso resuelto y ánimo caluroso caminan a encontrar la hora y la causa funestas de su desesperación y de su muerte.

La ardiente región en que moran les ofrece misteriosos goces, alegrías inefables pagadas a precio del latir sin tregua de su corazón, cuyo agitado compás abrevia el plazo trabajoso de la vida; y tristezas infinitas, sin nombre ni forma, descaecimientos del alma, tinieblas súbitas en que vaga suprema y consoladora la pálida visión del suicidio.

Su existir no se mide por las palpitaciones regulares de la sangre humana. Apuran en un momento el bien y luego les quedan largas horas vacías, horas de soledad y hastío. Una salvación única tienen: la de convertir a Dios la aspiración incesante de su ser, el ansia nunca satisfecha de amar, la de purificar con la pasión del cielo la hoguera inextinguible en que se consumen.

La mujer es cifra y compendio de su existencia; un nombre de mujer encierra y resume cada uno de sus actos desde aquella causa purísima e inocente del amor primero, infantil y tími-

do, hasta esotra adoración postrera del alma que sobre el alma pesa y la entristece, porque ni sabe despojarse de ella ni puede confesarla envanecida y satisfecha a la limpia luz del claro día.

Entre una y otra, ¡cuántos y cuán diversos y cuán violentos y dolorosos y cuán desesperados latidos del corazón! ¡Cuántas apariciones risueñas, o deleites, o fúlgidas o pálidas; cortejo perenne de las melancolías del espíritu, alimento de su soñar, evocación dulcísima en cuya contemplación se aisla, se sume, y para gozar codiciosamente de ella busca la inmensa soledad del aire libre!

En el vago y fantástico tropel pasa la muerta, envuelta en casto sudario, cruzadas sobre el seno las orantes manos, esperanza inefable del que cree que la mujer ama en el cielo cuanto amó en la tierra, y en tal creencia deja reposar su confianza de ser perdonado y redimido, y pasa la agraviada con lágrimas en los ojos, sin rencor en el pecho, privilegio incomparable de la ternura femenina, y la seducida acaso por un rayo engañoso de gloria, agradecida todavía a ese reflejo inmortal que la gloria vertió sobre su nombre, y ufana del propio sacrificio.

¡Oh, cuántos rostros de diversa tez y diverso gesto, de razas varias y condición distinta, pero animados todos por ese reflejo divino, dicha imposible de ser pagada por el hombre, de la pasión honda y ciegamente sentida!

De tales hombres era Juan. De los misterios de la pasión amorosa, exaltada y sombría, pocos o ninguno ignoraba. Los que no había probado por sí los había visto en amigos suyos, y sabía de cierto cómo el capricho femenino cuando llega en sus vuelos desiguales y fantásticos a cautivar la atención de

un hombre, empeñándola en seguirle curiosa primero, en alcanzarle porfiada después, va poco a poco llamando a sí las facultades todas del alma y concluye por absorberlas todas y esclavizar su albedrío. Así seguía los vuelos de la poderosa fantasía de Cecilia, rindiéndose poco a poco a su invencible hechizo, viendo llegar la hora en que ya robada a su espíritu la voluntad y a su corazón la energía, caería a los pies de la adorada mujer diciéndola: «tuya es mi vida, mi alma, mi conciencia, mi ser entero; en cambio dame tu cariño». ¿Sabes ya, lectora amantísima, cuanto deseabas saber del corazón de Juan?

No seáis rigorosos con su flaqueza vosotros, varones fuertes a quienes la Providencia reveló, o las ásperas contradicciones de la vida enseñaron, el difícil secreto de regir o distraer las blandas inclinaciones del corazón, ocupando la mente en las viriles sendas por donde caminan el deber austero y las legítimas ambiciones.

No le echéis encima el peso de vuestro desdén soberano, de vuestra sentencia irrevocable, si no habéis visto vuestra fortaleza y vuestro cabal dominio del propio albedrío, puestos en pruebas parecidas a aquella en que su razón y su voluntad desfallecieron. Dejad su sentencia a más alta e infalible justicia que la justicia humana; que acaso no hay más terrible castigo que soñar con la dicha y sentir que es expiación merecida de antiguas faltas la de no alcanzarla jamás.

XI

Era el día en que el cabildo de mareantes de San Martín de Abajo celebra en su ermita de Miranda la fiesta de sus santos patronos los mártires de Calahorra, Emeterio y Celedonio.

Sol espléndido y cielo claro eran tributo de la naturaleza al religioso acto y ceremonias.

Misa mayor con músicos y capilla de la Catedral, sermón panegírico al aire libre y procesión triunfal de las devotas imágenes, suelen ser los cultos que solemnizan el piadoso aniversario.

Y por cierto que cuando la palabra divina se derrama por el abierto horizonte del mar y las montañas, y sucede ser el orador hijo de la misma tierra, de la misma costa donde pretende levantar a Dios los humildes corazones, trayéndoles la prenda de las promesas celestes confirmadas en el divino sacrificio; cuando habla a su auditorio con la voz cariñosa del compatriota, de su hermano en dolores, de su confidente en penas, de su compañero y amigo en públicas tristezas y calamidades comunes; cuando les comenta y decora las sublimes palabras que el evangelista Lucas les acaba de decir en el Evangelio: *In patientia vestra possidebitis animas vestras:* «Sed pacientes y tendréis señorío absoluto sobre vuestras almas»; es decir,

«ni la persecución ni la miseria serán poderosas a venceros, y con el lauro de la victoria y la gloria de la pelea os presentaréis a la posesión y dominio del eterno premio que durará más allá de los siglos y cuanto dure su otorgador el Dios increado, que no tendrá fin como no tuvo principio»; cuando esa palabra y esa verdad consoladoras del revelado libro entran por los oídos rudos del marinero y caen dentro de su corazón creyente y sencillo, viniendo de los labios de un hombre al cual conoció niño, amó adulto y ahora venera sacerdote, han de tener cierto soberano y escondido poder, que las haga más eficaces y certeras, porque en ellas viene con el perfume del amor en Cristo, obligación suprema del bautizado, el aroma del amor del conterráneo y amigo, del hijo de la propia madre, el amor común de la patria, necesidad primera y augusta inspiración del hombre.

Los chopos del camino están engalanados con guirnaldas de innumerables banderas de infinitas formas, colores y dibujos; cornetas, grimpolones, gallardetes, ampolletas unas, cuarteladas otras, con sus aspas, dados, orlas, fajas, cruces, roquetes, escaques o estrellas las demás, colocadas todas en sarta de un árbol a otro cruzando el paso; porque no hay náutica fiesta religiosa o civil sin banderas.

¡Quién ignora lo que son las banderas para el marinero! Reloj que le marca la salida y la puesta del sol, blasón que declara su gente, señal que revela su puerto, divisa que distingue su casa, grito de angustia, clamor de auxilio, voz de alarma, lengua de los ojos, que con sus colores, sus movimientos y el punto y altura del aparejo en que flamea, habla dominan-

do con mudo decir el estruendo de la tempestad y los fragores innúmeros del combate.

Desde el pabellón que larga ufano el buque al tomar puerto para gritar a gentes y escuadras el nombre de la patria, hasta el lúgubre trapo amarillo que iza al tope de trinquete para decir que dentro de sí lleva la peste y el contagio, cuántos acentos y frases varias, cuántos trances y aventuras, cuántas esperanzas y temores que despierta y trae y resucita y repite en el alma marinera el jirón de pintada lanilla sacudido por el viento.

Símbolo de lo mudable y aventurero, memoria de lo arriesgado e inseguro, lucen entre las verdes hojas, emblema de la paz y sus oficios. La bandera se ha recogido al árbol, el mar a la tierra, la navegación a la agricultura, para homenaje a Dios y triunfo de sus escogidos. El árbol, solariego de sus firmes dominios, deja el mejor lugar a la peregrina, y mientras hace de sus desgajados ramos tapiz para los pies del sacerdote, deja que cuelgue en alto la bandera y santifique las puntas que mojó la borrasca y destejieron los huracanes, besando con ellas al pasar la ungida frente.

La procesión sale a correr la engalanada carrera a compás de las músicas y los cánticos sagrados. A ella asisten autoridades de marina, comisiones del clero, y en las dos largas filas de fieles que alumbran al cortejo dominan los rostros bronceados y curtidos, y los hombres mutilados en la mar por la pólvora o la faena.

Ahí van los regidores del cabildo, con sendos blandones encendidos en las manos. La cera indica jerarquía en las proce-

siones: los marineros llevan velas, sus prohombres y los convidados de categoría blandones o hachas de cuatro pabilos. Los regidores son veteranos de la mar, han pagado su deuda a la patria a bordo de los barcos de guerra, han manejado las carronadas en batería, y puestos sobre las vergas han saludado con la gorra en la mano la antigua bandera española, al grito de ¡viva la reina!, hermoso grito para pelear y arriesgar su vida un hombre, sea cual fuere la raza y el nombre de la mujer por quien la ofrece; ¡hermoso grito que no tiene rival en castellano, como no sea el de ¡viva España!

¡Oh tristeza! ¡Oh días aciagos! Ya el soldado y el marinero español no tienen más enemigos que soldados y marineros españoles, y contra ellos fuera sacrílego grito el de ¡viva España! Ya el soldado español, cuando vence, hace trofeo de banderas españolas, que debía apretar recatadamente contra su pecho, y regadas con lágrimas que las limpiasen de traidoras manchas, esconderlas en el más oscuro recinto del templo consagrado a las batallas, donde fueran sufragio de valientes, ofrenda de arrepentidos, oración militar que perpetuamente hablara al cielo pidiendo a Dios con el perdón de las recientes culpas la merecida palma de las glorias antiguas.

Entre dobles hileras de luces, y en hombros devotos, caminan los bustos de los mártires de Calahorra, teñidos con la sangre del suplicio y orlados con el laurel del vencimiento, y preside al piadoso cortejo, acompañada de los oficiantes y clero, la soberana Reina de los Angeles, la Señora del cielo, *la Estrella de la mar,* sin cuya invocación e imagen no hay devoción ni cultos de gente marinera. Ella resume su fe; bajo todas

sus advocaciones la veneran; allá en la procelosa costa tiene santuario y altar especiales, con el título amparador y materno de Virgen de la Mar; y ¡Virgen mía! es la voz primera que a sus duros pechos arrancan el desaliento y la desesperanza, lo mismo en plagas terrestres que en marítimos azares.

Algunos faltaban a la fiesta, que por más pobres y necesitados no podían hacer al religioso descanso el sacrificio de un día de mar bella y viento propicio. Esos en igual hora cruzan el Océano tendiendo sus anzuelos al voracísimo bonito, y entre bordada y bordada, puestos los ánimos y acaso los ojos si ven tierra, en la ermita de sus patronos, se juntan con el pensamiento al reposado coro de sus hermanos y compañeros.

Detrás se agolpa el fervoroso pueblo femenino, las mujeres del Arrabal y la plaza del Pescado, tan enérgicas en su devoción como en su comercio, en sus oraciones como en sus quimeras; las hijas del aire libre y del sol, que al sol y al aire libre viven, aman, compran, venden, riñen, oran, se agarran, cantan, lloran y pelean. No saben de recogimiento interior ni mentales oraciones, como no saben de urbanos recatos; y lo mismo que en voz alta y de puerta a puerta, de balcón a balcón, allá en su barrio ventilan y tratan sus domésticos negocios, venturas y desgracias, alegrías y penas, así van ahora repitiendo en voz alta las eternas cláusulas de la oración dominical, y las del Ave María que entienden mejor, y las de la Salve, que parece compuesta para ellas; que si hay vida que sea destierro, donde el gemir y el llanto sean ocupación constante de la garganta y de los ojos, y cuyas amarguras para ser llevadas, necesiten de

divinas promesas y esperanzas de inmortales coronas, es la suya.

Juan asistía a la fiesta.

La santa religión de sus padres tenía en su alma hondísimas raíces, cuyo secreto sospechaban pocos, y sentía profundamente que de la hondura lastimosa donde al hombre sumen sus iniquidades y torpezas, su miseria y cobardía, únicamente le fe absoluta en Dios, la confianza en su poder y en su misericordia pueden sacarle y redimirle y volverle a la dignidad de su destino misterioso, tornarle a ser hombre, hombre de razón y de conciencia, enseñado por el escarmiento a la necesidad y a la obligación de la doble virtud humana, el amor a Dios y el amor a sus semejantes.

Además, la honda poesía de los cultos populares, de su sinceridad ruda en ocasiones y de sus infantiles candideces, resonaba en el alma de Juan, consolándole de las tristezas que el común escepticismo de las gentes doctas le causaba, y manteniendo en su corazón la ilusión más poderosa a reanimarle y sostenerle, la certidumbre de las virtudes patrias y la esperanza en los patrios destinos.

XII

Con tales antecedentes, fácil será imaginar el ánimo con que terminados los cultos en la ermita de los Mártires, bajaba Juan en tan solemne día al Sardinero.

El cielo estaba claro, el sol magnífico, la mar tan serena que parecía dormida, y ni por acaso señalaba con un grumo de espuma a lo largo de la costa su choque contra las piedras o sus desmayos en la playa.

Desahogado el corazón con esas lágrimas secretas que dentro de sí mismo vierte cuando siente a solas y de veras las caricias sin nombre de religiosas esperanzas, libre el espíritu de espinas y desahogado de peso, ¡qué día esperaba a Juan! ¡Qué dulcísimas horas junto a Cecilia! ¡Qué elocuencia iba a hallar para hablarla, para entretenerla, para lograr de sus ojos la más honda y cariñosa de sus miradas, para hacerla más grata que nunca su palabra y el humor melancólico y poético de su ingenio!

Sentíase tan colmado de ideas y de imágenes, dueño de un verbo fácil, melodioso y rico, y con el alma bañada en tan vivas luces, que a engañar su deseo venían lisonjeras esperanzas de hallar acaso en Cecilia señales ciertas de compasión amorosa. Y más y más encendido en quiméricos sueños, acari-

ciado por el risueño semblante de la naturaleza, saltándole el corazón de gozosa impaciencia, bajó el camino abajo hasta el Sardinero y entró en la galería

Las señoras de Valpuesta no estaban en su acostumbrado lugar.

Descubriólas abajo en el arenal: la señora leía mientras Cecilia conversaba íntimamente con un caballero, ambos a la sombra de un mismo quitasol.

Dióle un vuelco el corazón a Juan. Acercóse, y después de los ordinarios saludos, no halló más conversación para sí que la de la excelente madre de Cecilia. La de su hija, y sus dulces miradas y aquellas ternezas inexplicables que Juan había soñado sin gustarlas jamás, eran todas para el recién llegado, el novio de que hablaba Adolfo en su carta, y del que Juan, en su incuria natural, apenas se había acordado una vez sola.

El sol que lucía dentro de su alma se apagó de golpe; el mar de sus amarguras rompió de nuevo la cárcel en que le habían cerrado sus esperanzas, e inundóle el corazón, y un pensamiento malo se apoderó de su espíritu.

Miró al mar, y el mar le pareció su consolacion suprema y su refugio.

Allá montando el cabo de Ajo humeaba un vapor ya señalado en la torre de la Atalaya, y algunas lanchas boniteras, saliendo tras de Cabo Menor, comenzaban a pasar dispersas y colmadas, cobrando el puerto.

Miró aquella alegría del paisaje Juan, aquella alegría que otros días se le aposentaba en el pecho, desalojando calladamente de él alguna mala sombra o escondida pena, y que aho-

ra no hallaba entrada al mismo pecho, porque todas se las había cerrado su desesperada tristeza; y encaminándose despacio a la caseta, pidió a Raimundo su traje, y, vestido, se fué al agua.

Al bajar la escalera de la solana, Raimundo le señaló el vapor que se acercaba, y le dijo:

—Hoy hasta el vapor no para, don Juan.

—¡Buen viaje! —le dijeron con afectuoso acento varios amigos.

Y Juan, mirándolos, sonrió tristemente sin contestar, y se zambulló, según su costumbre, en la primera ola que venía.

La resolución que llevaba al mar era la resolución de no volver a tierra.

Muchas veces, en sus largos ejercicios por el agua, al sentir los avisos primeros del cansancio, habíase dicho Juan y pensado cuán fácil cosa sería apurar en breve espacio sus fuerzas un hombre, y en las imaginaciones de su mente, discurriendo y comparando, había llegado a persuadirse de que puesta la fatiga en su más alto punto invade la razón, la perturba, y el nadador halla la muerte impensadamente, sin verla venir, sin sus tristezas y horrores, si es cierto que horrores y tristezas sean el necesario cotejo de la aparición suprema.

Así son las almas débiles, flacas contra el dolor y contra la ventura. Súbense en alas de pasajeras lisonjas de la fortuna a cielos cuya luz y cuyo ambiente no pueden soportar sin peligrosos desvanecimientos; ni el castigo las doma, ni la adversidad las corrige, ni el duro azote de la vida las vigoriza y fortalece; y el dolor, inesperado siempre, las derriba y sume en

abismos, sin encontrar remedio a su caída sino el de punibles y cobardes determinaciones.

Juan hendió las aguas con su resolución acostumbrada, no sin sentir el acostumbrado y benéfico influjo del baño, tan poderoso sobre su espíritu aun en la hora funesta de su desorden y extravío. Mas no volvía la cabeza hacia la playa, temeroso de sí mismo y mal seguro de su constancia.

A medida que Juan bogaba mar afuera, parecía que menguaba el peso sobre su alma, y que la intensa amargura y desesperación que había sentido se calmaban y hacían soportables. Y él, triste, pensaba y se decía: «¡Oh!, yo sabía que en el mar estaba mi remedio; yo os ahogaré conmigo en estas ondas amadas, dolores sin consuelo, y no seré ya más presa cobarde y voluntaria de terrenas pasiones e ilusiones homicidas.»

Ya llegaba adonde solía ser término de sus acostumbrados viajes. Las lanchas boniteras venían a toda vela buscando puerto. Una de ellas pasó entre Juan y la playa. Conociéronle algunos marineros, antes por el lugar donde le veían, que por alcanzar las facciones de su rostro, y uno de ellos dijo:

—¡Buena estrepada, don Juan! ¿Adónde se va? ¿Quiere entrar a bordo?

—Buenos días, Vicente, contestó el nadador, y ya la lancha, lanzada como saeta a impulso de sus dos anchas y cuadradas velas, iba a distancia que no podía salvar la voz humana.

Siguióle involuntariamente con los ojos, y aquella imagen de vida despertó una nueva tristeza en su corazón, que parecía haberlas agotado todas.

—¡Qué será de mí, cuando vosotros hayáis desembarcado en el muelle con la alegría de la felicísima pesca!, pensó Juan; y para huir del importuno pensamiento, redobló sus esfuerzos braceando vigorosamente.

En tanto, el vapor llegaba a la altura de la peña de Cantabria, y al enfilar la gola de la bahía, largaba sus banderas, celebrando la fiesta y el dichoso arribo. Y más crudo y más triste volvió el pensamiento de la llegada de los navegantes, de su acogida en el muelle, de las gentes que a aquella hora cruzan las calles de la ciudad o llenan sus paseos, de la bahía empavesada con las banderas del domingo en los topes de sus buques, de la propia casa, de los amigos, de la esperanza que acaso aguarda escondida al volver de un día desesperado, a quien por más abandonado de ella se tenía. Y alojándose en lo más sensible y lastimado del corazón de Juan, le atormentaba con rigor nuevo.

Morir en la hora en que todo en torno nuestro se alboroza y ríe gozoso de vivir, y morir por mano propia de hastío y de tristeza, porque hastío y tristeza han sido cuanto la vida nos daba, es dolor incomparable y noche sin fondo, donde el alma se consume y se pierde.

La mar engaña mucho; parece terso espejo sin ondulaciones ni manchas, liso como lámina de cristal, sobre la cual refleja la luz y resbala el viento; pero aun sosegada y en calma, tiene allá en remota distancia de la ribera el acompasado vaivén con que se mueven mudas y pacíficas sus inmensas olas. Así se ve en serena lejanía aparecer y desaparecer el negro casco de un bote en el seno de dos olas sucesivas, así aparecía y desapare-

cía la cabeza del nadador, átomo perdido en la soledad de las aguas. Soledad y silencio y tristezas, anuncios de la eterna noche, y la fatiga que llegaba ya no cariñosa y blanda a advertir como en los días dichosos, sino súbita e implacable, auxiliar y arma de la muerte, obediente al loco e impío llamamiento.

El instinto y la costumbre mostráronse más poderosos, sin embargo, que la desesperación. Al amargo de la postración que asía de sus trémulos brazos y le ceñía la garganta, Juan se volvió involuntariamente a mirar la tierra, y al descubrirla tan distante como nunca la viera, y la playa sola, dormida en el espléndido sol de la siesta, y los lejanos collados coronados de árboles, y las casas esparcidas por la campiña, y la ermita de los Mártires escondida entre sus acacias, sintió un desconsuelo inexplicable, el vago terror de su obra, y un deseo de vivir tan desapoderado y violento y ansioso, como lo había sido su deseo de muerte.

Arrepintióse; la fiebre del miedo corrió por sus venas y paróle la angustia los latidos del corazón.

¡Con qué callado frenesí llamó a la vida! ¡Quién para recobrarla volvería a sus músculos la energía y brío que él había gastado en huir de ella!

Juan devoraba con febriles ojos el espacio que le alejaba del arenal. Cuando en el soberbio compás de sus ordenados movimientos le levantaban sobre sus lomos las silenciosas olas, medía ansioso, a cada brazada y estremecimiento de su cuerpo, las brazadas que le faltaban todavía y la travesía que le restaba. Cuando caía en el hondo hueco de dos olas, y entre la

tierra y él corría un muro insuperable de sonantes aguas, oprimíase su pecho desalentado.

Y llamando en su ayuda cuanto de voluntad y nervio en sí sentía, reduplicaba sus esfuerzos para avanzar.

¡Inútil porfía! Menguábanle las fuerzas al nadador; sus músculos yertos no obedecían a su voluntad desesperada; tendía los brazos, y un dolor súbito se los plegaba y recogía; acelerábanse su respiración y sus pulsos, y las vigorosas plantas trémulas y cansadas, batiendo sin compás las aguas, no acertaban a dar impulso sensible al cuerpo. Aquella acción enérgica y movimientos armoniosos con que sorteando el vaivén de las olas convertía en varonil deleite sus riesgos y amenazas, habíanse trocado en desacorde convulsión, latidos irregulares de la vida, que comenzando a morir, comienza a perder su vigor y su hermosura, la expresión externa de su voluntad, de su poder y de su fuerza.

Juan pensó que no volvía ya a pisar tierra.

Pensó que Dios castigaba sus impíos intentos, y que su voluntad soberana le mandaba la agonía, la muerte que él había buscado primero, y de las cuales había querido huir después. La infinita tristeza del no ser le invadió el espíritu, y al sentirla tan honda, tan amarga, tan sin consuelo, pensó que acaso a los ojos misericordiosos del Señor fuera expiación bastante de su delito.

No tardó en declinar la luz de su razón, borrando de su conciencia la noción clara de su situación presente. Irguióse de pronto sobre las aguas, y clavó los ojos ya desalumbrados en el sol, quizás buscando la puerta del cielo, quizás el tribunal

del juez a quien debía cuenta de su vida y cuyo perdón necesitaba, quizás queriendo asirse con la voluntad a algo tan remoto y sublime que tuviera atracción y fuerza bastante para sacarle de las fauces del abismo que invenciblemente le sorbían. ¡Ah!, ¡quién reducirá a palabras todo aquello que piensa, siente, llora y ruega una alma, en el instante tremendo de apartarse para siempre del cuerpo en que ha vivido!

Y luego exhaustas las fuerzas, y apagada la voluntad, Juan dobló blandamente el cuello y tendió su cabeza sobre las aguas, las cuales, corriéndole un diáfano velo sobre los ojos y los labios, separándole del aire vital que había respirado, consumaban su obra haciéndole cadáver.

Dulce y tranquila muerte si la aurora del perdón asomó en el ocaso de la vida; dulce y tranquila muerte en el seno de la creación espléndida y magnífica, en los brazos del mar que habían sido con él tan cariñosos y leales, tan benéficos y hospitalarios, sin lúgubre aparato en torno, sin lágrimas ni sollozos de seres amados, sin horizonte de penas y dolores ajenos imposibles de consolar y desgarradores de sentir.

La playa estaba solitaria. El sol bajaba del meridiano, y la marejada murmuraba deliciosamente sobre la arena.

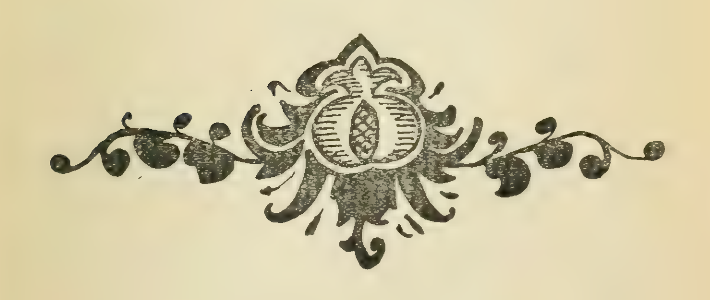
Raimundo dormía tendido en la galería, y hubiera dormido hasta la consumación de los siglos si no hubiera tenido más despertador que su despertador acostumbrado. Asombróse de la desusada voz y el desusado pescozón que le recordaran del sueño; miró al mar y no vió nada; corrió al cuarto de que se había servido Juan, y halló allí sus ropas; puso los ojos en el reloj, y la hora le dijo que no era posible baño que tanto dura-

se; y así se engendró la noticia de lo sucedido, que Juan se había ahogado.

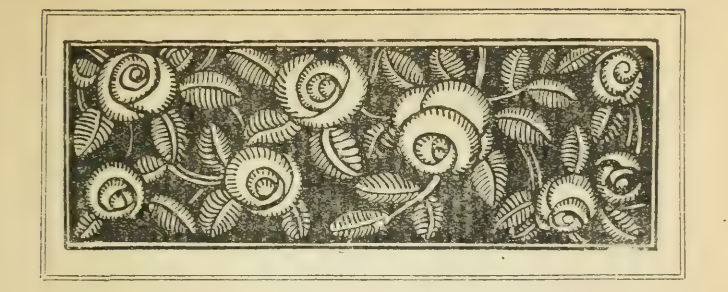
Su cuerpo, traído a flor de agua por la marea, apareció en aquellas rocas a mediodía de la playa, donde suelen mariscar galanes y damas, que en algunos días no se acercaron a ellas.

Su oración fúnebre la pronunciaron los bañeros hablando en corro por la tarde del suceso del medio día.

—¡Las veces que se le había dicho que no saliera tan afuera! ¡Que un día no había de volver!, dijo uno. ¿No habéis oído el refrán que dice, que «el mejor nadador es del agua?» añadió otro.



LA LUCIÉRNAGA





AY quien se acuerde ya de lo que era el Sardinero de Santander mientras lo hizo veraniega corte suya el rey Amadeo? ¿Vibran todavía en algunos oídos aquellas músicas militares que atraían y mezclaban y confundían en uno tantas voluntades y opiniones enemigas domadas por el irresistible poder de la armonía? ¡Oh, cuántas palabras hizo olvidar y cuantos votos hizo romper quienquiera que fuese, soldado o cortesano, jefe o subalterno, aquel en cuyo ánimo o cortés o taimado, nació tan acertado pensamiento!

Fieles a imaginadas lealtades unos, a soñados odios otros, seducidos por lo bello del sacrificio, porque en verdad el sacrificio es tan bello, que aun de memoria y sin voluntad de ser realizado seduce, y es glorioso desdeñar mentalmente a quien puede y brilla, y vale, no ya en sí, sino por lo que supone y

significa y representa, habíanse jurado muchos no parecer en el radio de la pasajera corte.

Quién, leyendo una de esas hojas que a expensa de la paz y de la justicia halagan interesadas inclinaciones fomentando rencores, y befando del dios ajeno, pretenden ensalzar el dios propio, como si el menosprecio de la menor de sus deidades no alcanzase al Olimpo entero, habíase dicho frunciendo el ceño y doblando el papel: «tiene razón, lo haremos como lo dice, con ellos ni al cielo, y entre ellos y nosotros el abismo», y fortalecía su pecho con falsas resistencias no sentidas, pareciéndose a aquel cauto consultor del almanaque, que según las prevenciones del profético libro se viste de invierno sin aguardar a sentir frío, o de verano antes que el calor le ofenda.

Quién—perdona, ¡oh cortesía!, si la implacable justicia de la historia me obliga a sacrificar tus fueros a sus leyes,—quién, al poner la postrera flor o lazo postrero en sus cabellos delante del espejo, y al tentar la doma de insubordinado rizo, se prometía a sí misma condenar a destierro y obscuridad temporales sus gracias y hermosura, antes que consentirlas en ser ornamento preciado de un concurso donde habían de recrearse regios ojos, acreditados a la verdad de enamorados y galantes.

Y ciertos ánimos robustos, nutridos en la doctrina austera de la republicana Roma, émulos de aquellos fortísimos varones que se inmortalizaron con haber perecido en insensatas luchas de soberbia a soberbia, y de poder a poder, jurándose a sí propios «no comer pan a manteles» con tirano alguno, ni

con quien de raza de tirano venga, o con ella tuviese consorcio, alianza y lazo de sangre, o afecto, u obediencia, ni peinarse las barbas, ni hacer número en el servil gentío que con su presencia sola adula al poderoso y conserva en su ánimo el abominado sentimiento de su prestigio y su autoridad, también se desnudaron de la severa toga por no ser traje adecuado y de recibo entre españoles del siglo XIX, y vistiendo a su palabra y gesto el estilo común de los mortales y contemporáneos, fueron, vinieron, entraron y salieron, ni más ni menos que lo hacían espíritus débiles, dóciles a cortesanas flaquezas, y que nunca soñaron en la fabulosa y áspera integridad de los primeros latinos.

Una marcha bélica, un resuelto vals, una melodía dramática de estas familiares al oído, que tan suavemente despiertan recuerdos, acarician el alma y ponen al sentimiento y al instinto por encima de toda fría determinación y reposado intento; el sentido poético, nunca muerto ni ausente en nuestra raza, y luego ¿por qué no decirlo? el amor de patria que siempre se goza en oir de labios extraños la ponderación y alabanza del amado suelo, eran causas más que sobradas para derribar en tierra edificios impremeditadamente levantados, con mejor deseo que cimientos, y para disculpar contradicciones y olvidos de orgullosos propósitos, que al cabo somos todos de linaje de pecadores: los héroes los engendra más a menudo la ocasión que la voluntad, y no es tan desdichada la prole humana ni tan menguada de virtudes, que sea ofensa inconquistable de nuestra altivez, ni hemos de tener a providencial castigo el formar obscurecidos en su muchedumbre.

Y había seducción poderosísima en aquella hora crepuscular, en aquella ribera grandiosa, en aquel murmullo de gentes, apagado a trechos por la voz solemne y trágica de las olas: en aquellas metálicas vibraciones que esparcían en el aire la voz inmortal del genio humano, sus lamentos, sus imprecaciones, sus cantares y sus himnos.

Había yo no sé qué inexplicable hermosura en aquel hervor de vida tan potente y nutrido y cálido oído de cerca, y que lejos desaparecía como un hálito mudo en la inmensa soledad del paisaje. Había un contraste enérgico y magnífico entre el desierto soberano de las aguas y el bullicio de la tierra, el campamento militar y las luces pálidas que al venir el día esmaltaban cerros y hondonadas, y aquel Océano, grave y soberbio, profundo y obscuro, que no consiente ser iluminado por otra luz que la centelleante y viva de las estrellas.

Yo sé de alguien que no se ha olvidado de aquellos días y aquellos casos, y este alguien es Anselmo.

Anselmo es un mozo que hasta ahora, Dios le mantenga en tan feliz ignorancia, jamás supo si la tierra donde vivía era regida bien o mal, por la voluntad antojadiza de un hombre único, o por los caprichos encontrados y quebradizos de una muchedumbre; ni se cuidó de cavilar en si el gobierno de los hombres es abstracción que consiste en perpetuas divagaciones y controversias, y que para cada resolución y decreto suyo ha de acudir al razonamiento y la discusión, tratando, antes de sentenciar, de convencer al delincuente de la conveniencia de

su pena, y preguntando antes de mandar si el que ha de obedecer se resigna a ser obediente; jinete, en suma, que en los tiempos de Esopo, no tan remotos ni tan discrepantes de los nuestros, salva la extensión de ciertas facultades humanas, hubiera encargado al caballo que intentase regir la forma y proporciones del freno y bocado que le habían de contener y el filo del acicate que le había de aguijar. O si, por lo contrario, el gobierno de los hombres reside, como sentía Saavedra Faxardo, más en la voluntad que en el entendimiento, y sea, por consecuencia, asunto de actividad y energía, obra perseverante y permanente del espíritu y del brazo, tan vigilante y resuelto el uno para prever y mandar, como preparado y fuerte el otro para herir; equilibrios, en suma, cuyo fundamento y apoyo es el temor, único freno del hombre; temor de Dios en el creyente, temor de sí mismo en el honrado, temor de la ley en quien ni al cielo ni a su conciencia oye y acata.

Veinte años, salud cabal, cuerpo robusto y alma apasionada, ausencia de cuidados, mesa puesta a la hora de costumbre sin haber de prevenirla ni necesidad de costearla, bolsillo provisto cuanto basta a no mendigar deseos ni sentir envidias; en resolución, hijo de familia, y de buena familia, era Anselmo, en la hora que le encontramos llegando al Sardinero, el prototipo y norma del hombre feliz, tanto, que para tener colmada felicidad no le parecía bastante la poseída.

¿Qué le importaban las humanas diferencias y los celos que dividen a los hombres y encarnizan sus odios y ensangrientan los días harto breves y trabajosos de su vida?

Nunca le había quitado el sueño el que Tácito hubiera de-

jado escrito que «es menor quiebra aceptar el príncipe que tenemos a mano, que andar a buscarlo fuera» (1), y el que a políticos modernos esta máxima hubiese parecido cosa añeja y de ninguna conveniencia en los tiempos actuales, y por tal merecedora de olvido completo. Todas las leyes le parecían buenas, porque no estaba dispuesto a levantarse contra ley alguna; aunque, a decir verdad, no sé yo si él se daba cuenta de si había leyes, puesto que por costumbre y enseñanza las obedecía, sin necesidad de someterlas previamente a juicio personal y propio.

Pero entre las leyes que ignoraba, a ninguna obedecía tan ciega y gustosamente como a esa dulce e impetuosa ley de la naturaleza y de la sangre, que lleva a los mozos a enamorarse y seguir los pasos de una mujer y los vuelos de su fantasía harto más difíciles de seguir que sus pasos.

Cuando una rubia y una morena, ambas de quince años, hacen voluntaria amistad y recíproca alianza, no hay amistad, ni alianza, ni afecto humano que tan pertinaz se muestre, ni tan entero sobreviva a los azares de la fortuna y al diente voracísimo del tiempo. No hay contienda posible entre ellas, ni caben celos. Repártense el mundo como el día y la noche se reparten el tiempo.

El día a veces quiere imitar a la noche y se oscurece y anubla sin llegar nunca, ni pretenderlo, a la melancolía y teme-

(1) *Minori discrimine sumi Principem, quam quoeri.*

roso prestigio de las tinieblas; la noche, por su parte, trata periódicamente de parecerse al día, y enciende un sol descolorido y sin rayos, que ni quema ni abriga.

La noche ama y vela, el día enamora y aletarga; la noche llora, el día ríe; la noche padece y el día abrasa.

Noche y día hermanos, mitades del tiempo que entre sol y sol mide los pasos de la vida, eran María y Ana. María la noche, pálida y morena, con rocío en las pestañas, niebla en los labios, alas de sombra perezosa y tibia en sus cabellos lánguidos y negros; Ana el día, fuego en el aire y movimientos, calor en la sonrosada tez, y orla de rayos vivos en sus anchas guedejas rubias, pelea constante del viento y de la mano, del viento que las desordenaba y revolvía, de la mano que las aplacaba y reducía.

Vístelas ahora como mejor cuadre a tu gusto, lector aficionado, de azul y rojo, de lila y jalde, de ceniza y púrpura o de negro o de blanco: con tal que las cargues poco de telas y guarniciones, que las calces menudo y las cubras la cabeza con velo negro a María, con sombrerillo de paja a Ana, te las habrás pintado tales cuales solían ser en aquella estación y en aquellos días de que vamos hablando.

En tanto que sus madres o las señoras a cuyo cuidado estaban fiadas, descansaban en los bancos de la beneficencia, entre cuyas desplegadas hileras paseaba la gente, ellas, cogidas del brazo, lo andaban todo, entraban en la galería, bajaban al arenal, cruzaban el puente sin nombre sobre el antiguo arroyo de las nutrias, llegaban hasta el pinar, y de sus excursiones y descubiertas eran llamadas por los primeros ecos de la banda

militar, puesta en círculo bajo los miradores de la quinta del marqués de Casa-Pombo.

Llegábanselas entonces los muchachos que antes no se habían atrevido a seguirlas o acompañarlas, y era cuando propiamente se repartían el mundo ambas niñas.

Ya entiendes, señora, qué mundo sea este de que hablo, mundo viviente, inquieto, voceador, petulante, confiado, seguro, que durante los días mejores de la vida hierve y bulle en torno de las que como tú sois gala de una generación, contento de los ojos y dulce orgullo de la nativa tierra. Mundo de gente moza, enamorada y resuelta, «cuyos bozos brotaron en vuestros alientos»; como dice con apasionada palabra Lope de Vega, un maestro en ternezas a quien tú no conociste, ni tienes de sus hechos mayor noticia. De este mundo son parte el hombre, que será un día dueño de tu mano, el que haya de serlo de tu corazón, y estotro de quien mejor amada hayas sido, y que, menos venturoso que entrambos, vivirá lejos de ti, indiferente y olvidado con tu imagen honda e indeleblemente grabada en el pecho.

¡Cómo se robaban la palabra y el momento de llamar la atención de la rubia o la morena, con un decir, un chiste o una frase de doble sentido! ¡Qué poco atendían a la música! ¡Cómo subían la voz a compás de los *crescendos* de la banda, y cuando la banda súbitamente *apianaba*, salían resonando sus altas y discordantes voces, con gran descontento y gesto displicente de los fervorosos que escuchaban con atención profunda y volvían la cabeza hacia el alborotado corro, a cuyas evidentes señales de disgusto, obedientes los mancebos,

se comedían y bajaban el diapasón, no sin bajar al propio tiempo la cabeza ruborizándose algunos de ellos, para no ser menos que las niñas, que también se ruborizaban!

Cesada la música, o antes de que cesase, fatigadas las doncellas de su quietud, poníanse a pasear, donde eran acompañadas únicamente de los más audaces o de los más resueltos. Porque es cosa de admirar cuánto mayor número de galanteadores hay *a pie firme* que en movimiento. O porque les avergüence o no les cuadre el ir a compás de procesión encajados en la marea de gentes, dando involuntario gusto a oídos curiosos y ojos indiscretos, o porque no acierten a concordar el paso con el discurso, o por otra causa recóndita e inaveriguada, es probado que con mayor soltura y facilidad acuden los hombres a la mujer sentada que a la mujer en movimiento, esto en fiestas y confusiones al aire libre, que en salas y tertulias cerradas sucede punto por punto lo contrario.

Anselmo no era audaz ni resuelto, pero el súbito levante y marcha de las niñas le cogió enganchado en tan interesantísimo diálogo con ellas, que tirando de su oído y de su alma se lo llevaron consigo.

Dicen fisiólogos que el varon, en sus aficiones, busca siempre o tiende hacia lo que sea contraste y complemento de su naturaleza y economía; y pretenden probarlo, estableciendo que el hombre moreno se enamora de mujer rubia, el pequeño de mujer alta, y viceversa; mas contra semejante ley son tantas y tan frecuentes las excepciones, que la invalidan y anulan.

Aquí se verificaban el doble ejemplo de la regla y la excepción, de manera que era caso para satisfacer a entrambas opiniones. A Anselmo, hombre vehemente y explosivo, se le iba la voluntad tras de Ana, la mujer-día, más conforme con su modo de ser y aficiones, en tanto que a María, la melancólica noche, le hacían gracia suma los donaires y galanterías del joven Anselmo.

Anselmo, novicio y corto, no se atrevía aún a enamorar delante de testigos, y usaba el método que pudiéramos llamar *por tabla*, método de principiantes, encantador como espectáculo y manifestación de cándida inocencia, tanto más preciosa cuanto menos duradera, pero ocasionado a fatales quebrantos y graves equivocaciones.

Así, aun cuando los sutiles tiros de su amante facundia y los lazos de su corazón enamorado iban mentalmente y de propósito dirigidos a Ana, la mirada y la frase, que eran las armas con que despedía los unos y disponía los otros, señalaban a los ojos y a la persona de María, la cual, inocente y dada a sentir y amar, recibía el golpe y la herida y los bendecía.

Quejábase Anselmo de desdeñado y mal querido, queja común y poco sincera de todo varón en recuestos amorosos, donde descubre dos de sus vicios mayores: la perfidia y el egoísmo; pérfido porque intenta sorprender los afectos compasivos de su amada y arrancarle confesiones prematuras; egoísta porque con no reconocerse querido se excusa el hombre de querer.

¿Hago bien en decir estas cosas? Quizás no; quizás alguno de mis lectores de incipiente barba se sofoque y reprenda esta

inoportuna franqueza mía, y la titule con mal nombre, fundándose en que parece mala fe revelar secretos y descubrir artimañas, porque no hayan de ser ya de provecho al que los denuncia y explica; mas no te acalores ni ofendas, fogoso mancebo, y sabe que siendo yo de tus años, el machucho a quien yo oía revelaciones iguales y quejándome de ellas, me decía que otro tanto le aconteciera a él en sus verdores, lo cual no había sido impedimento para que obrase como si nada fuera, y sin que en modo alguno le ofendiera o estorbase la luz que a sus perseguidas podrían haber llevado las impertinentes declaraciones de su respectivo predecesor y machucho. Otro tanto puedo yo repetirte, y otro tanto acontecerá hasta el postrero día de la humanidad a cuantos se sucedan en el dichosísimo empleo de tener veinte años, pecho tierno y el mundo por delante.

Ana oía los lamentos de su enamorado como oía la voz del viento en lontananza y el son del mar en la ribera, sin darles precio ni compasión alguna; pero María se ablandaba y le daba lástima, no de que Anselmo no fuese querido, puesto que ella sabía lo contrario, sino de que padeciera la amarga pena de creerlo así.

Paráronse cuando las señoras las llamaron, y era al propio tiempo que Anselmo clamaba contra la tiranía de su suerte y el rigor del cielo, que le condenaban a vivir sin cariño y sin esperanza, desdeñando cuando él se deshacía en ternuras, indiferente cuando su pecho ardía en amores; y casi a una voz, pero con harto diferente acento, respondieron ambas niñas:

—No le querrán a usted porque tampoco usted querrá mu-

cho, decía Ana; porque es cosa sabida que a quien bien quiere le quieren; y daba golpecitos con el cabo de su sombrilla en la punta de su pie.

—¡Exigirá usted tanto!, decía María; pero sea usted constante y logrará segura correspondencia. Y María no daba golpecitos ningunos, sino que a ella se los daba el corazón en el seno; y en cuanto a mirar, no sabía donde ponía los ojos, porque con la puesta del sol todo le parecía sonrosado, el cielo y la tierra, el mar y las personas, y aun aquello que ella no podía ver, como eran sus propias mejillas, en las cuales sentía la sangre que se las abrasaba y encendía.

Anselmo quedó contentísimo de la respuesta de Ana, y no hizo el caso menor de las palabras de María. ¡Qué entendimiento el de Anita!, pensaba en su experiencia. ¿Cómo ha sabido decirme que me amará en cuanto yo acierte a persuadirla de que la amo; y se repetía a sí mismo su frase: «a quien quiere bien le quieren». Tiene razón, ni podía decirme más a la altura en que estamos, ni podía decirme menos si no le soy antipático y desagradable.

Lectora, sospecho que te dan ciertos humillos de que Anselmo era fatuo. No lo era, no era más que niño y enamorado. Y su pensamiento íntimo y su propósito ferviente desde aquella hora fueron apurar todos los medios y tentar todos los caminos sin cansarse ni desesperar, para llevar al ánimo de Ana la certidumbre de su cariño.

En aquellos días solía suceder que retirada a la ciudad la gente del Sardinero cuando no había baile en el Casino, se juntaba de nuevo a terminar la noche paseando en el muelle,

que con luna y marea crecida es de los más admirables y deleitosos paseos que pueden imaginarse.

Por eso Anselmo, llegada la hora de despedir a las damas al estribo de su coche, les hizo la siguiente pregunta insidiosa:

—¿Hasta luego en el muelle?

—Hasta luego, dijo Ana sin pensar lo que decía.

—Hasta luego, dijo María no diciendo verdad, pues entre ella y Anselmo no había luego, siendo constante, la presencia del muchacho en la memoria de la niña.

Anselmo dejó partir el coche, y evitando compañías que pudieran perturbar su apetecida soledad, aguardó a que la noche avanzase para tomar el camino de la ciudad.

Era de los agradecidos que apenas sienten caer en su alma un átomo de dicha, se cierran sobre sí a saborearla y gozar de ella, colmada la medida del deseo presente, pagada con usura la donación completa del propio albedrío. Con ese átomo de favor, mirada, sonrisa o palabra ambigua, hacen lo que el mendigo ciego con la tarja de dos cuartos que en su regazo arroja el pasajero: principia por palparla primero, la soba después, la besa en seguida, y por fin se santigua con ella; su acto primero es el del instinto humano, que averigua la ley del cobre y la cuantía de la moneda; luego supone al metal alma capaz de sentir las caricias del agradecimiento, y por último le santifica y convierte en objeto con que ora y bendice a Dios por haber puesto en el pecho de su prójimo el sentimiento de la limosna.

A la luz de esa gratitud expansiva y profunda tendía la mi-

rada en torno suyo Anselmo, y todo le parecía bueno y ocasión de ensanchar su ánimo, poblándosele la memoria de todas las dulzuras probadas en su no larga vida, porque es condición de nuestra naturaleza, que así como un nuevo dolor renueva todos los dolores añejos, así una alegría se multiplica y crece con el cortejo de las pasadas alegrías.

No hay voz de ruiseñor que imite las melodías que le arrullaban el corazón, ni cántico de alondra bañándose en los rayos primeros de la mañana suena tan gozoso y magnífico como a los oídos de su alma enajenada el misterioso arrullo de las futuras horas.

Leve peso y dulce de llevar le parecía la vida; y tan blandamente se dejaba ir en vuelo sobre las entusiastas alas de su ilusión, que no había para él cansancio imaginable ni fatiga posible. Ni supo por cuál vereda de cuantas trepan de la costa a la colina le trajeron sus ciegos pies, ni el camino podía hacérsele largo, entretenido como venía y halagado en la hechicera conversación de su enajenado pensamiento. ¿Subió por el fresco atajo de los plátanos, donde al riego del agua crece pomposa y sin segar la hierba, donde la zarzamora y las hiedras tejen dosel y amparo esmaltado de blancas campanillas al rústico lavadero? ¿Tomó el sendero que serpea entre los copudos pinos, o siguió instintivamente el corvo lazo con que la carretera abraza y vence la áspera subida?

Fuese por donde se fuera, llegó arriba, a *la media luna*, desde donde los paseantes tardíos y perezosos echan una mirada al risueño y animado espectáculo de la playa, antes de dar la vuelta a casa. La mágica e irresistible atracción del horizonte

abierto, poderosa aún en la oscuridad nocturna, detuvo a Anselmo haciéndole volverse, mirando a la marina. Al mismo tiempo comenzaba a oirse la retreta, la llamada del soldado a su alojamiento y al descanso. Para traerle al comenzar del sueño imágenes caras y placenteras, las músicas militares tocaban temas españoles. Materno arrullo de la tierra nativa, caricia lejana de todo lo amado, resucitadas memorias infantiles que pueblan las soledades del alma, ahuyentando de ella el pesar y el descontento, que en vísperas de batalla infunden al corazón desconocidos alientos, diciéndole que no peleará solo y olvidado, sino acompañado y seguido por los ojos del deseo, por amorosas inquietudes, defendido acaso de la muerte por previsoras y fervientes oraciones, y en trance de mala fortuna, santificada por ellas su agonía.

Anselmo veía lucir los pálidos faroles que señalaban el frente de banderas de los batallones acampados, y las espaciosas calles que separaban sus tiendas. Más lejos negreaba la espesa y tendida bóveda del pinar sombrío, y luego la sombra interminada e indecisa, en que la noche mezcla y borra tierra y cielo, sin que los humanos puedan señalar y distinguir dónde terminan las aguas y dónde comienzan.

¡El mar y la guerra!, ¡qué asuntos para la imaginación enamorada y suelta del mancebo! «¡Si yo fuera marino!, ¡si yo fuera soldado!», pensaba, «entonces habría en mi profesión, en mi vida, algo que hablara eficazmente al corazón de Ana. Inseguridad de la vida, peligros constantes, ausencias y despedidas, a poco cariño que por mí sintiera, cómo lo avivarían en su pecho!»

Y a tiempo que esto decía miró y vió luciendo dentro de un matorral de zarzas que hay a la izquierda del camino, la viva luz de un gusano fosforescente.

¿Has reparado en los matices maravillosos de la breve luz de la luciérnaga? ¿Has mirado bien en su intenso brillo, en su clara limpieza, en su resplandor suavísimo? ¿No te ha parecido alguna vez pedazo de una estrella rota, algo celeste y sublime caído por desventura al suelo, y tan ajeno y distinto de cuanto le rodea y toca como si perteneciera a naturaleza diferente, a un mundo de aquellos que la ciencia describe y los ojos ven; pero a los cuales ningún otro sentido humano llega, y cuyos portentos imaginados alimentan sin agotarse los sueños del espíritu humano y la inspiración perenne de la humana poesía?

No hay como un enamorado para estimar y comprender cuanto de bello y expresivo yace escondido en la naturaleza, o indiferente a los corazones fríos y encerrados dentro de sí mismos.

Los azulados destellos de la luciérnaga le parecieron a Anselmo preciosísimos; le hablaron inmediatamente de Ana, de su belleza, de su ternura y de la infinita ventura de merecer su cariño, y al mismo tiempo le decían: «si nos llevases contigo y allá en el paseo del muelle nos presentases a Ana y nos ofrecieras para compañía y esmalte de las frescas flores que adornan su sombrero, ¡qué nuevo la parecería el homenaje, qué lisonjera la memoria! y ¡cuánto la agradecería! Porque una hoja

de árbol del bosque, una florecilla de la sierra, una cáscara de la playa se la ofrece a su dama cualquier enamorado; pero una luciérnaga, un ser que vive y luce, y del cual lo que pueda tener de feo y bajo desaparece envuelto en los rayos maravillosos de su luz astral, una luz que puede ser emblema de tantas cosas y ofrecerte argumento para decirle tantas lindezas y para que ella en su imaginación viva y pronta se figure y se cuente otras infinitas cosas más, todas en provecho tuyo y y bien de tu cariño, no es dón usado ni frecuente, y por lo mismo debe ser más agradecido y meritorio».

No hay que decir si la luciérnaga convenció a Anselmo; tomóla delicadamente con los dedos, no sin que las zarzas castigasen la violación de domicilio, y se la puso cuidadosamente en su sombrero de paja, a cuya cinta se agarró el insecto.

Arrancóse a su contemplación, siguió su jornada y dominó la cumbre de Miranda; desde allí, dejando a su espalda el horizonte de la costa, veía delante de sí un horizonte distinto: la mansa bahía embozada en los vapores de la noche, los montes vecinos borrando en la oscuridad sus masas, que tanto parecen nube como parecen montaña, y la mancha opaca y tenebrosa de la ciudad, esmaltada de sus luces desiguales, ya móviles, ya fijas.

Venía bajando por aquella parte del camino que se dijo vía Cornelia y hoy se llama paseo de la Concepción. Camino del Calvario lo llama un amigo tuyo, quien sin duda lo anduvo atarazadas las sienes por las agudas espinas de tus desvíos, y

a su término apuró el hondo vaso de hiel de un mortal desengaño.

Pasaban aquellos cochecillos que vuelan cuesta abajo y arrastran cuesta arriba, y cuyas macilentas caballerías, así que llega septiembre y el fin de su tormento, han perdido todo instinto, incluso el del hambre, y no se mudan de donde las sueltan, ni aun convidadas por la vecina hierba o el medido pienso, si no las azuza a comer el mismo látigo que las azuzó a trabajar. ¡Lamentable espectáculo!

Pasaban, pues, los cochecillos, y en ellos gentes de buen humor y amigos de Anselmo que le acosaban con sus chanzas y motes a la luz que traía en su sombrero. Y él seguía su camino ufano, meditando en su próximo triunfo y calculando los pasos que le quedaban por andar hasta el muelle.

Andado que los hubo halló el paseo como pocas veces concurrido, y templando su velocísimo paso, ayudando a sus ojos y a su deseo con la luz del gas, espiaba cada rostro de mujer que pasaba, esperando ver el de Ana.

Muchos, muchísimos pasaron, amigos o indiferentes, que le saludaban, o con la voz o con el gesto, con una sonrisa franca o con una cortesía afectada, a lo cual él, respondiendo como podía, seguía adelante más aguijado cada vez por su impaciencia.

Vió venir a María, y le saltó el corazón en el pecho; también a María le hizo desusado movimiento el suyo diciéndola: «ahí viene». Pero al emparejar Anselmo vió que no era Ana, sino otra u otras muchachas las que acompañaban a María, y pasó de largo, entendiendo que más adelante vendría Ana. Llegó al

cabo del paseo y no la vió; dió vuelta, recorrió de nuevo las losas y las caras, y no tuvo mejor suerte. María entretanto se decía a sí propia: ¿qué tendrá Anselmo, por qué no se acercará?

Por fin, al cabo de tres o cuatro vueltas y de cerciorarse de que Ana no estaba en el muelle, Anselmo se llegó a María y la preguntó:

—¿Y Ana?

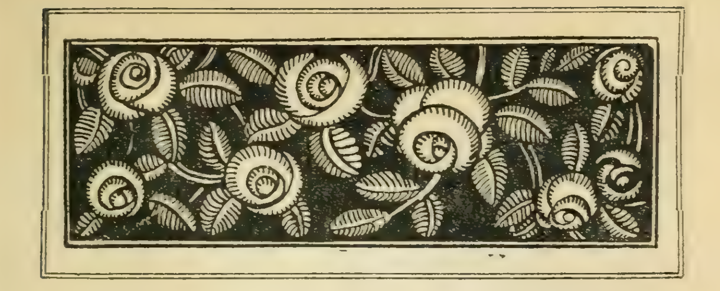
—En su casa—contestó María.

Tan de nuevas le cogió a Anselmo la noticia, que en aquel mismo punto le cortó sus esperanzas, le cortó sus vuelos y le cortó la palabra; tanta era su confianza de encontrar a Ana y tan poderosamente había soñado en el encuentro.

Acompañó un rato a María, y luego despidióse bruscamente; se llegó a la orilla del agua, y quitándose el sombrero lo sacudió sobre el agua, donde se apagó la luciérnaga.

¡Oh! Si él tuviera juntas en una luz única las de todas las luciérnagas que ha de ver morir y apagarse en su vida, ¡cuán largos horizontes descubriría y cuán claro y fácil sería su camino!





ÍNDICE


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 13 05 03 001 1